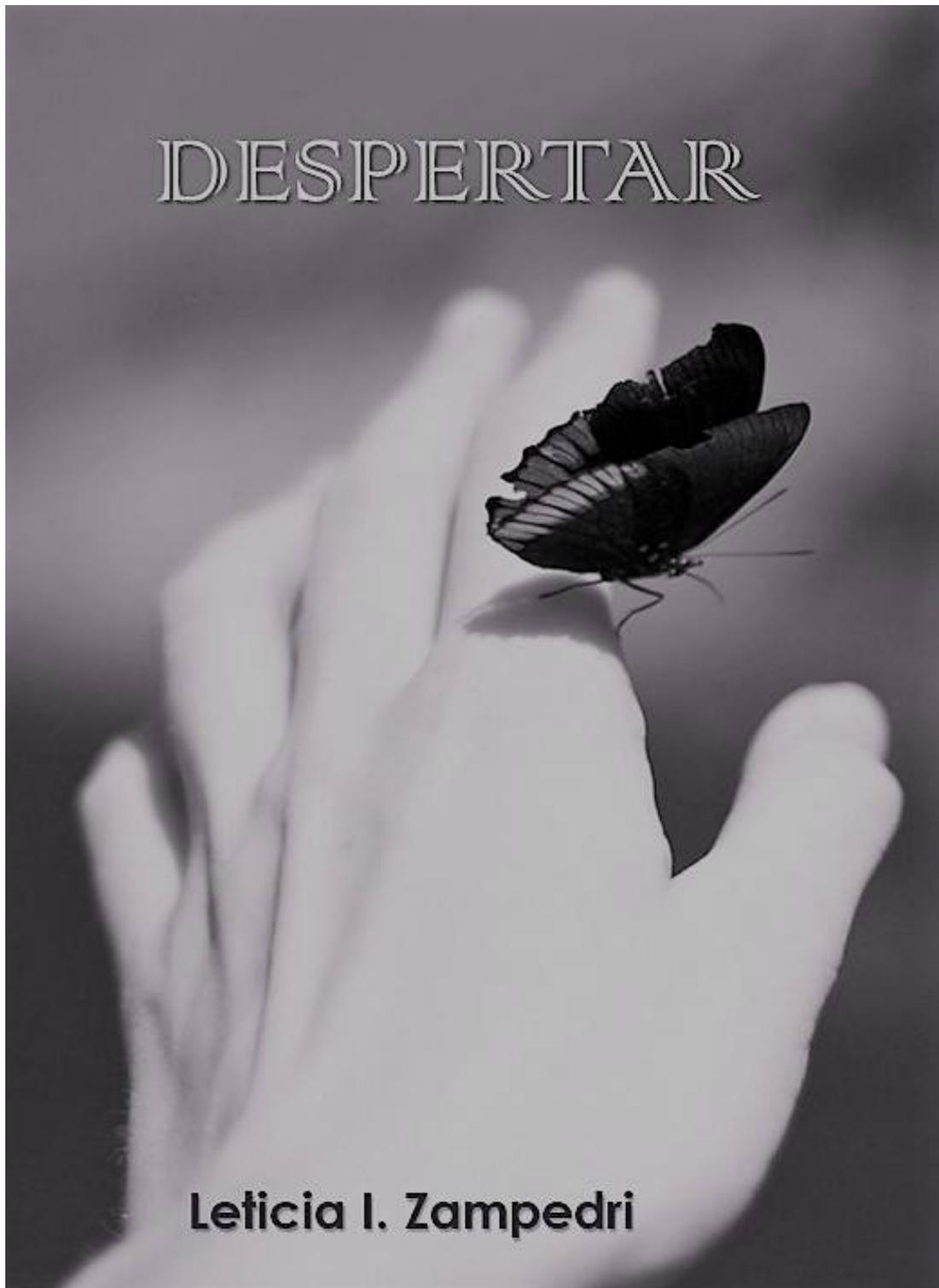


DESPERTAR

leticia zampedri



Capítulo 1

Calelcalú : dónde todo comienza

La ruta se extendía gris y húmeda frente a nosotras. Dos días atrás, habíamos dejado la ruidosa y turbulenta ciudad de Buenos Aires, con una temperatura de más de veinte grados y un cielo completamente despejado y azul para emprender viaje hacia un destino desconocido, al menos para mí. Ahora, el sol que nos había acompañado durante todo el día de ayer se ocultaba detrás de un techo de nubes grises que no parecía tener fin.

Me acomodé en el asiento del copiloto y observé a través de la ventanilla las montañas cubiertas por los árboles cuyas copas se inclinaban a causa del viento. Algunas gotas de lluvia salpicaban el parabrisas y lo único que nos rodeaba eran extensas hectáreas de bosque, rocas grises y mucho musgo.

A mi lado, tía Clara subió la calefacción mientras intentaba sintonizar, sin éxito, alguna estación de radio. Miré mi celular que seguía marcando que no teníamos conexión. Suspiré frustrada.

En el sur del país, y casi perdido entre montañas, había un pequeño pueblo llamado Calelcalú, una insignificante localidad casi desconocida, de clima mayormente frío y húmedo rodeada por exuberantes y extensas hectáreas de bosques. Según me había informado, no era un destino popular para los turistas por encontrarse bastante alejada de la ruta principal o de los puntos turísticos más famosos de la región, aunque bastante conocida entre cazadores y pescadores por su estratégica ubicación. Sus márgenes estaban bordeados por dos lagos cristalinos, convirtiéndola en un importante centro pesquero de salmónidos.

Mi tía se fue conmigo de aquel lugar después de la muerte de mamá cuando yo apenas tenía unos meses y nunca había regresado desde entonces. Ahora, a mis diecisiete años y después de la repentina muerte de mi abuelo, las dos nos exiliábamos ahí.

—Mía —me dijo por décima vez desde que habíamos dejado atrás los altos edificios de la ciudad —, intentá calmarte, ¿sí? Estoy segura de que te va a encantar el lugar.

Torcí un gesto. Deseaba que así fuese, de verdad. —Solo espero tener conexión a Internet —murmuré.

—No esperes tener mucha suerte con eso. Calelcalú está casi aislado, pero supongo que con tantos avances, la señal habrá mejorado en estos años.

Seguramente, el gobierno local habrá instalado alguna antena.

Mantuvo la vista fija en la ruta mientras hablaba. La miré intentando no mordirme el labio inferior y asentí en respuesta. Lo cierto era que Clara se veía feliz de regresar y ya había hecho todos los arreglos en el pueblo. Incluso, había logrado que me aceptaran en el colegio a pesar de que las clases ya habían comenzado hacía algunas semanas. Si bien le había asegurado que podía tomarme un descanso para adaptarme y comenzar el año entrante, no logré convencerla. Éste sería mi último año en la secundaria y no iba a permitir que me lo perdiera por nada en el mundo.

«Todo va a salir bien», me había dicho firmemente convencida. Sin embargo, yo no estaba tan segura de poder adaptarme tan bien como ella esperaba.

Aunque en el fondo de mi mente, debía admitir que me sentía bastante intrigada. No había conocido muy bien a mi abuelo. Era una persona solitaria y más bien tosca con quien había tratado pocas veces en sus esporádicas visitas al departamento donde vivíamos con mi tía. Que yo pudiese recordar, sólo había ido un par de veces en ocasiones especiales como el aniversario de la muerte de mi madre o mi cumpleaños, pero todas sus visitas habían terminado en discusiones con Clara. Se iba luego de dos días de haber llegado y nunca había logrado pasar mucho tiempo con él.

Durante el viaje, estuve tentada a preguntarle acerca de su vida varias veces, pero las palabras simplemente se quedaban atragantadas en mi garganta. Ni mi tía ni yo éramos muy habladoras y la mayor parte del tiempo nos comunicábamos con monosílabos. Funcionábamos bien así.

Mientras avanzábamos por la angosta ruta, intercambiamos unos pocos comentarios más sobre el clima, que era húmedo y frío en esta época del año, pero eso fue todo. El resto del viaje, miramos a través de las ventanillas en silencio mientras escuchábamos algunos de sus cds favoritos.

Luego de varias horas de un constante zigzag de curvas, nos encontramos con el cartel que daba la bienvenida al que a partir de ahora sería nuestro hogar. No era fácil llegar hasta allí. Muchas horas de viaje por una carretera casi solitaria, con poca señal telefónica, el pueblo, rodeado por el exuberante bosque nativo, era casi una zona blanca.

"Bienvenidos a Calelcalú", se leía sobre un fondo de madera un poco avejentado por el paso de los años y la poca mantención. El cartel en sí lucía amistoso. Tenía dibujado varios pinos recreando el bosque, un pequeño río que lo atravesaba y dos pescadores felices con sus grandes presas en las cañas. Distaba de ser un cartel llamativo, pero debía

reconocer que quien lo realizó se había esforzado.

Finalmente, llegamos a la entrada y continuamos viaje por la que parecía ser la calle principal. Debía admitir que me sentí cautivada. Las condiciones arquitectónicas de la localidad poseían un cálido estilo alemán que, junto con la singular belleza del paisaje alpino, recreaban un cuadro de ensueño. Todas las edificaciones llevaban elementos locales como madera y piedra y no se observaban construcciones altas sino que la mayoría no superaba los dos pisos. A simple vista, lucía amistoso.

Atravesamos el pueblo y tomamos un camino de ripio que se adentraba aun más al interior del bosque. Clara condujo por uno o dos kilómetros hasta que un estrecho sendero nos llevó hasta una cabaña de madera. Clara estacionó frente a ella y suspiró hondo. Finalmente, habíamos llegado.

Era una pequeña casa de dos dormitorios y aunque se veía descuidada y vieja, me encantó. Rodeada de árboles en el medio del bosque verdoso, parecía sacada de un cuento de hadas.

—¡Guau, tía! ¡Me encanta! —exclamé con sinceridad.

Mi nuevo hogar era más amplio que el departamento de dos ambientes que alquilábamos en Buenos Aires y tenía un enorme patio en donde podría, al fin, conseguir una mascota.

—Me alegra que te guste —dijo mi tía, bajándose del auto y recostando su brazo sobre la puerta abierta. Observaba la casa con una expresión extraña, como si su mente estuviese siendo invadida por recuerdos de su pasado aquí. Clara tensó su rostro y pude notar que se mordía la parte interior de las mejillas. Tal vez, los recuerdos no eran del todo agradables, pensé, pero no quise indagar al respecto.

Ambas contemplamos el lugar en silencio por varios segundos hasta que las gotas de lluvia comenzaron a volverse más pesadas e intensas y nos obligaron a comenzar a movernos.

Corrimos a través del patio e ingresamos a nuestro nuevo hogar. Adentro estaba oscuro y un fuerte olor nauseabundo me hizo contener la respiración. Era una mezcla a humedad y encierro. Habían pasado pocas semanas desde la muerte de mi abuelo; sin embargo, todo el interior tenía el aspecto de haber estado abandonado por mucho más tiempo. Casi se podría decir que se parecía al refugio de algún cazador, al estilo que se ven en las películas estadounidenses, pero de género terrorífico.

Mientras miraba a mi alrededor, no pude evitar imaginar qué clase de vida llevaba mi abuelo. Observé a Clara, que soltaba suspiros sonoros y algunas palabras de enojo mientras encendía las luces y pateaba las sillas

que se le atravesaban en el camino. El buen humor que parecía haberla acompañado durante el viaje, se había esfumado así que supuse que lo mejor sería dejarla sola. Sacudí la cabeza y observé la escalera de madera descolorida que ascendía al primer piso. Se veía bastante segura y decidí ir a inspeccionar.

El segundo piso era aun más oscuro. Había dos habitaciones de igual tamaño y un pequeño baño al final del angosto pasillo. Todo lucía rústico y descuidado.

Elegí la habitación más pequeña, con vista al patio trasero. El suelo era de madera y a juzgar por el color opaco, nadie los había encerado por mucho tiempo. Las paredes estaban pintadas de color amarillo claro y algunos manchones de humedad decoraban las esquinas. El techo era a dos aguas y la única ventana de la habitación estaba cubierta por unas viejas cortinas de encaje blanco.

Para mi sorpresa, la cabaña estaba bien amoblada. La cama, de una plaza y media, tenía un colchón bastante cómodo. Incluso, había un placar marrón de tres puertas y un escritorio antiguo en donde podría colocar mi computadora portátil si lograba que la señal de internet llegase hasta el lugar.

Caminé hacia la ventana y la abrí corriendo las cortinas para observar el paisaje exterior. Suspiré nostálgica. A partir de ahora, este sería el panorama cuando me despertara cada mañana. No había nada que ya no hubiese visto a lo largo del camino hasta aquí. Árboles, musgo y helechos. Todo estaba en completa calma, salvo por...

Sacudí la cabeza y cerré los ojos con fuerza. Un bulto oscuro parecía haberse movido entre los troncos de los árboles. Fruncí los labios intentando calmarme. No, no era real, pensé en mi fuero interno intentando convencerme. Cerré la ventana con fuerza y me senté en la cama. El silencio a mi alrededor era abrumador, pero necesario para calmarme. Tomé tres respiraciones controladas y relajé mi cuerpo hasta que estuve segura de que me encontraba lista para enfrentar a mi mente de nuevo.

Caminé hasta la ventana y la volví a abrir. Todo parecía tranquilo. Contuve la respiración durante varios segundos y entorné los ojos. Las hojas de los helechos comenzaron a moverse y me petrifiqué. No es real, me obligué a pensar mientras inclinaba mi cuerpo hacia afuera. Lo que sea que había en el bosque, no era real. Real, eran las gotas de lluvia que me mojaban el rostro. Real era el viento que me golpeaba la piel, pero esa sombra...

Mordí los labios con fuerza y me obligué a mantener la vista fija al bosque. No me iba a acobardar. Algo a la derecha se volvió a mover

haciendo que las ramas secas emitiesen un sonoro crujido. Rápidamente, giré mi cabeza en dirección al sonido, pero el alivio me recorrió de punta a punta en cuanto las patas de un pequeño ciervo se asomaron detrás de las oscuras hojas. Casi solté una carcajada. Definitivamente, tenía que dejar de ser tan paranoica.

Desde que había comenzado a sentir presencias extrañas a mi alrededor, mi cuerpo estaba en continuo estado de alerta. No era una habilidad de la que me enorgullecía, sino todo lo contrario, ya que por lo general me causaba mucha inquietud. Aunque intentaba con todas mis fuerzas ignorar la sensación, nada de lo que hiciera parecía dar resultado. Cuando estaban cerca de mí, sentía como si una potente corriente eléctrica se dispersara por todo mi cuerpo y cada uno de mis sentidos se maximizaba.

A diferencia de lo que la mayoría podría suponer, no me atemorizaban, pero el hecho de saber que estaban ahí, me hacía sentir intranquila.

Sin poder evitarlo, un recuerdo chispeó en mi cabeza. Tenía quince años en ese entonces y me encontraba regresando del colegio con mi mejor amiga. Estaba anocheciendo y no había demasiadas personas transitando por las calles del barrio en dónde vivíamos con Clara, que a pesar del bullicio que lo rodeaba, aun mantenía cierta tranquilidad provinciana. Caminábamos un poco apresuradas, con el miedo latente que siempre suele asechar a las chicas que andan solas, pero riendo sobre algún chisme del momento. Fue entonces cuando noté «algo». Me tomó por sorpresa. Fue como si de repente mi cuerpo se viese alertado por una corriente eléctrica, como si algo que estaba dormido en mi interior despertara de golpe y comenzara a latir dentro de mi pecho. Mis ojos tomaron vida propia y mi visión se dirigió hacia uno de los sectores más oscuros de la calle, justo donde la luz de la vereda no alcanzaba a iluminar. En ese lugar, un pequeño techo de cemento ofrecía de refugio a las personas que aguardaban el colectivo.

Sin saber por qué, supe casi de inmediato que «eso» no era humano. Tal vez, era la forma en que estaba parado, casi encorvado mientras apoyaba la mano sobre la pared de cemento de la parada de autobús, o tal vez era el aroma que despedía, un aroma que nunca antes había percibido.

Me detuve casi de golpe. —Esperá —le dije a mi amiga, mientras la tomaba fuertemente del brazo.

Mi amiga dejó de reírse y me miró preocupada. —¿Qué ocurre? —dijo, alarmada.

—¿Ves eso? —consulté, señalando hacia el lugar.

Carla entrecerró los ojos, luego se encogió de hombros. —No sé qué es lo que querés que vea.

—Es...un hombre de aspecto extraño —dije, dudando.

—¿Estás segura? —Carla miró con más intensidad, inclinando la cabeza—. No veo a nadie.

—Está ahí —dije, elevando la voz. Debí haberlo hecho en un tono bastante alto, porque la extraña criatura se percató de mi presencia y todo su cuerpo giró para verme. Se me heló la sangre. Su rostro pareció desfigurarse por una leve milésima de segundo mientras que su mirada destelló furia y sorpresa al mismo tiempo. De repente, su cuerpo giró sobre sí mismo ocasionando una especie de remolino para luego desaparecer dejando un pequeño rastro de polvo maloliente flotando en el aire.

Estaba segura de que había balbuceado unas cuantas palabras sin sentido y que mi boca había quedado abierta a causa de la sorpresa. —Mía, ¿estás bien? —consultó mi amiga, luciendo realmente consternada a causa de mi comportamiento —. ¿Querés que llame a tu tía?

No supe bien cómo, pero logré negar con la cabeza y retomar el control de mi mente, que se había quedado en blanco. —No te preocupes, debió ser mi imaginación —dije, intentando sonar convincente.

Carla frunció el ceño no muy segura de mis palabras y continuó observándome dudosa. Tuve que sonreír para tranquilizarla. —Es que estoy susceptible por una película que vi anoche —mentí y mi amiga pareció morder el anzuelo porque su expresión se relajó.

Después de aquel día, ese tipo de episodio comenzó a hacerse más frecuentes. Y cuando mis amigas comenzaron a dejarme de lado o a especular sobre mí, me di cuenta que lo mejor era fingir que no pasaba nada y con el tiempo me había vuelto una experta en ello.

Suspiré con cierta tristeza ante ese recuerdo, pero inmediatamente lo volví a enterrar en mi memoria. Decidida a no dejarme abatir, corrí las cortinas y me dispuse a organizar mi futuro cuarto.

Bajé hasta el auto para buscar mi valija. Clara ya había sacado la suya y ahora estaba llevando una caja con nuestras pertenencias entre sus manos. Habíamos traído pocas cosas. Si ibamos a empezar de cero, lo haríamos bien. Solo empacamos algunas ropas de abrigo, sabiendo que el clima sería frío, el resto lo habíamos puesto en cajas y la donamos a la iglesia del barrio.

Una de las cosas buenas que tenía mi tía era que nunca me molestaba. Parecía como si tuviese la habilidad de intuir cuándo necesitaba estar sola. Como en este momento. Me dejó tranquila para que me instalara.

Mientras sacaba las prendas de la maleta y las colocaba dentro del ropero, la idea de que a partir de ahora este sería mi cuarto, mi lugar, comenzó a hacerse más real. A partir de ahora, este sería el techo que miraría al despertarme.

El lunes comenzaría las clases en la que sería mi escuela hasta finalizar el año. Un nudo se formó en mi estómago. Si bien Calelcalú era descripto como un pueblo pequeño, su población era bastante numerosa, aunque estaba segura de que la mayoría de los habitantes se conocían entre sí. Yo iba a ser la chica nueva, la novedad.

Solté un suspiro y mordí mi labio inferior. No era una chica llamativa. No tenía curvas definidas, mi piel era casi tan blanca como la nieve, mi cabello no era largo, sino que apenas me llegaba a los hombros y mi cuerpo, bueno, estaba lejos de ser escultural. Era delgada y menuda.

Tal vez, podría pasar desapercibida.

Cuando terminé de ordenar la ropa, Clara me avisó que, finalmente, había logrado encender el calefón. A diferencia de nuestro antiguo departamento, que contaba con conexión de agua caliente, aquí debíamos encender uno que era a leña, lo que significaba, encender fuego y todo eso, algo que había empeorado el humor de mi tía.

Tuve que contener una carcajada ante su aspecto. Tenía cenizas esparcidas por la cara y el pelo y sus manos estaban teñidas de carbón. —No te atrevas a reírte —me amenazó, antes de dar la vuelta y bajar las escaleras maldiciendo.

Sacudiendo la cabeza, busqué una toalla limpia y me dirigí al pequeño cuarto de baño. Cerré la puerta a mi espalda y me contemplé en el pequeño espejo mientras intentaba desenredarme el pelo húmedo con mis dedos. Tal vez, el clima ya había comenzado a afectarme porque mi aspecto se veía casi demacrado y poco saludable. Mi tía siempre me decía que envidiaba mi piel porque era casi perfecta, sin pecas ni rastros de acné, pero a mi parecer, era demasiado blanca. Además, ahora que me encontraba rodeada de un paisaje opaco, parecía estar más pálida que nunca. Torcí una mueca deseando que nadie creyera que estaba enferma.... no quería que especulasen sobre mi estado de salud, aunque evitar que lo hiciera.... bueno, era inevitable. ¡Todos especularían y hablarían de mí! Mi dolor de estómago se incrementó. No me gustaba ser el centro de atención y tampoco estaba acostumbrada a que la gente me

notase.

No era una persona muy sociable. Tal vez, mi carácter solitario se debía a que había heredado el carácter hosco de mi abuelo o a que mi cabeza no funcionaba como la del resto de las personas, pero no lograba simpatizar con el resto del mundo. Aunque la causa no importaba. Nunca había sido una persona amistosa y me sentía bien con ello, pero esperaba al menos poder agradarle a alguien. Tener uno o dos amigos sería algo bueno.

Suspiré hondo. Faltaban aun dos días para el lunes, hasta entonces, tenía que tranquilizarme. Además, no podría ser tan malo. Después de todo, yo no era una completa extraña. Mi abuelo había vivido aquí y mis padres también.

Esa conclusión me ilusionó. No sabía mucho de ellos. Mi madre había muerto en un accidente cuando regresaban a casa después de haber sido dada de alta tras mi nacimiento —el mismo accidente que también se había cobrado la vida de mi abuela — y mi padre, por su parte, había desaparecido mucho antes de eso. Esa parte de mi vida era una hoja en blanco para mí.

Clara siempre se había mostrado reacia a hablar sobre el pasado, pero ahora, yo estaba aquí, donde mi historia había comenzado y estaba segura de que al fin comenzaría a obtener respuestas.

Capítulo 2

Primer encuentro

Me resultó muy difícil poder descansar bien durante el fin de semana de nuestra mudanza. El siseo contante del viento resonando entre las ramas de los arboles del bosque no me permitían conciliar el sueño. Estaba acostumbrada a dormir con los ruidos de la ciudad, pero los sonidos de las montañas eran completamente nuevos para mi sistema. Además, una extraña sensación de inquietud no me dejaba tranquila. Era consciente de que la casa más cercana estaba a más de un kilómetro de distancia, separada por el bosque espeso, pero no podía dejar de sentirme observada.

La primera noche incluso me había levantado dos o tres veces para asomarme por la ventana intentado ver a través de los árboles oscuros. En ninguna de ellas noté nada extraño, pero mi cuerpo no dejaba de estar alerta. La segunda noche, opté por cubrirme la cabeza con la vieja y descolorida colcha y me coloqué la almohada por encima. Aunque no fue una solución mágica, al menos pude conseguir algunas horas más de sueño.

La mañana del lunes, cuando abrí la ventana, una densa niebla cubría el paisaje boscoso que se extendía más allá del patio trasero. El cielo estaba teñido de un color gris oscuro y las nubes de movían impulsadas por una brisa helada. Lejos había quedado el clima cálido y el cielo azul de Buenos Aires, pensé con resignación mientras me colocaba una camiseta térmica debajo del uniforme.

Cuando bajé las escaleras, me topé con una pila de cajas abiertas apiladas en el borde y deduje que mi tía había pasado el resto de la noche del domingo terminando de guardar las cosas viejas del abuelo y desempacando las nuestras.

Entorné la vista y la encontré de espalda frente a la cocina. Al escucharme, se dio vuelta y me saludó con una mano mientras sostenía una espátula en la otra. Caminé hasta ella y me senté en la descolorida mesa redonda.

-Buen día -me dijo y colocó una taza con café y dos tostadas quemadas frente a mí. La observé con el ceño fruncido -No pude localizar la tostadora, así que improvisé unas tostadas en la cocina a leña -Se justificó.

Qué rico, pensé con ironía. -Está bien -dije, finalmente.

-¿Pudiste descansar esta vez? -consultó, sentándose a mi lado.

-Ajam -mascullé, mientras mordía una tostada e intentaba reprimir una mueca.

El resto del desayuno se desarrolló con normal tranquilidad. Mantuvimos silencio la mayor parte del tiempo. Me preguntó si estaría bien yendo a la escuela sola y asentí. Había recorrido el camino la tarde anterior. El recorrido era simple. Había una sola calle asfaltada que atravesaba todo el pueblo y que conducía hasta única salida de la localidad. La mayoría de los edificios importantes se encontraban ubicados en el borde de la misma, así que una vez que saliese del angosto sendero de tierra, la ruta me conduciría sin mayor inconveniente.

Clara me deseó suerte antes de marcharse a su nuevo trabajo. Una pareja de ancianos que conocían a mi abuelo necesitaban a alguien para que atendiera su negocio y cuando se enteraron de que nos mudaríamos aquí, inmediatamente le ofrecieron el puesto.

Una vez que se fue, aproveché el tiempo para examinar la casa ahora que las pertenencias de mi abuelo ya no se encontraban desparramadas por todo el lugar y el asfixiante olor a humedad había desaparecido. El ambiente era pequeño. La cocina estaba compuesta por una vieja mesa de roble redonda rodeada por cuatro sillas tapizadas en color marrón oscuro. Las paredes estaban revestidas por madera hasta la mitad y el resto había sido pintado de amarillo claro. Las alacenas eran de color marrón oscuro y el suelo seguía el mismo patrón que el de mi habitación. Nada de lujos.

Una barra de madera dividía la cocina de la pequeña sala de estar que contaba con dos sillones antiguos con tapizado a cuadrillé y una pequeña mesa ratona de roble oscuro. Sobre la misma, mi tía había colocado un viejo jarrón de porcelana y un portarretratos con una foto que ambas nos habíamos sacado la vez que fuimos de vacaciones a la playa. Frente a los sillones, había un hogar con algunos troncos de madera en su interior y alguna braza aun ardiendo. Mi tía debía haberlo encendido la noche anterior mientras acomodaba los pocos objetos que habíamos traído dentro de las cajas que entraban en el baúl y en el asiento trasero del auto.

Miré el reloj colgado en la pared. No quería llegar demasiado temprano, pero tampoco quería ser de las últimas en ingresar. Cuanto menos llamase la atención, mejor. Mientras me terminaba de alistar no pude evitar pensar que lo más útil hubiera sido traer mi antigua bicicleta, pero ahora ya era demasiado tarde para arrepentirme de haberla vendido antes de la mudanza.

Tomé una respiración profunda y busqué el abrigo grueso que estaba colgado en el perchero al lado de la puerta de entrada. Me lo coloqué y, sin darme tiempo para acobardarme, salí de la casa. Una suave llovizna caía desde el cielo gris, pero no era lo bastante fuerte como para mojarme así que me coloqué la capucha y emprendí mi viaje.

La escuela se encontraba ubicada a algunos kilómetros antes de llegar al centro, con las montañas de fondo como firmes guardaespaldas que custodiaban todo el lugar. Como el resto de las construcciones, la fachada estaba cubierta de enormes piedras grises y madera, pero había tantos árboles alrededor que no podías verla en su totalidad sino hasta que estabas al frente del misma.

Tomé una profunda respiración y me alenté a caminar por el sendero de piedras que se extendía hasta las escaleras de la entrada. Sin dudarlo dos veces, esquivé un grupo de chicas de no más de diez años que charlaban animosamente con sus mochilas en la espalda, sin molestarme por hacer contacto visual. Una vez que llegué a la puerta principal, la empujé con fuerza y entré.

El cálido ambiente calefaccionado me dio la bienvenida e, inmediatamente, noté que estaba mucho más luminoso adentro que afuera. Las paredes blancas se extendían inmaculadas a lo largo de todo el pasillo y una alargada fila de sillas azules acompañaba una de las paredes, simulando una sala de espera. A mi izquierda, un mostrador alargado dividía el pasillo de una pequeña oficina vacía que funcionaba como recepción. En la pared de mi derecha una enorme placa de corcho cumplía el rol de cartelera y estaba cubierta de noticias pegadas con tachuelas de diferentes colores.

Inspeccioné el lugar hasta que localicé el cartel que me indicaba donde se encontraba la Secretaría y caminé hasta allí. La oficina era pequeña. Un escritorio de madera en el medio de la habitación con una computadora de las viejitas encima, dos sillas de plástico negra frente al mismo para que los visitantes se sentaran y un mueble con puertas de vidrio lleno de carpetas y libros al fondo. A mi derecha, un enorme reloj de pared blanco marcaba la hora.

Solté una pesada respiración y esperé. Diez segundos después, una de las puertas del interior de la oficina se abrió y una mujer de cabello oscuro y ondulado entró al lugar. Ni bien se percató de mi presencia, sonrió.

- ¿Te puedo ayudar en algo? -Me consultó, en un tono demasiado amable.

-Soy Mía Suarez -le respondí.

De inmediato, sus ojos se abrieron. —Claro, la nieta de Rafael. Te estábamos esperando —me dijo, mientras buscaba entre una pila de hojas apiladas al lado de la computadora una ficha con mis datos personales y algunas hojas adjuntadas con un clip —Precisamente, aquí tengo tu ficha, la llave de tu casillero y una copia con los horarios.

A continuación, me hizo un rápido resumen de los profesores, señaló con un círculo verde el aula que me correspondía y me dio un folleto con algunos talleres extra curriculares que podía tomar si me interesaba. Me dedicó otra de su amplia y blanca sonrisa y me dijo que esperaba que me adaptara al lugar lo mejor posible. Intenté forzar mi mejor sonrisa antes de agradecerle y comenzar a caminar por el largo pasillo.

No sabía dónde ir ya que no había entendido nada de sus explicaciones, pero me quería alejar de ella antes de que comenzara a hacerme preguntas personales. Era buena calculando el tiempo que las personas demoraban en pasar de los formalismos a las preguntas chismosas, pero era mucho más buena evitándolas. Tomé el papel con las indicaciones en mis manos y lo observé durante algunos segundos intentando memorizarlo. De acuerdo a las anotaciones, debía tomar el largo pasillo a mi izquierda, cruzar al patio interno y caminar hasta el edificio del frente. El instituto se dividía en escuela primaria, que era dónde me encontraba en este momento, y secundaria, que era a donde me debía dirigir, pero no se veía muy complicado, así que me sentí animada. Guardé el papel en la mochila, me la colgué del hombro y respiré profundo antes de comenzar a caminar.

«Podés hacerlo», me alenté. «Nada malo va a pasar». Al final, empujé la puerta de vidrio y comencé a caminar a través de la alargada galería con dirección al edificio que tenía frente a mis ojos. En la parte superior se leía un cartel que decía «Escuela Secundaria de Calelcalú».

Caminé con pasos acelerados a través del patio intentando mantener mi cabeza escondida dentro de la capucha y pasé a través de algunos grupos de jóvenes que charlaban animosamente antes de ingresar a los respectivos salones e ingresé al lugar. Ni bien atravesé la puerta, me encontré con un enorme salón. Me tomé unos segundos para inspeccionar el lugar. A mi derecha se encontraba la oficina del preceptor mientras que a mi izquierda unos pequeños letreros me indicaban que en esa dirección se encontraban los baños y la cafetería. Frente a mí, un largo y angosto pasillo se extendía hasta el final del edificio. Las paredes del lado derecho estaban revestidas de casilleros de metal, mientras que las puertas de las aulas se enfilaban a la izquierda. No era un edificio muy grande, pero debía reconocer que era mucho más lindo que mi anterior colegio.

Fingiendo valentía, atravesé el salón y comencé a caminar por el pasillo apenas transitado por algunos estudiantes en busca de mi casillero. Cuando lo localicé, guardé mi abrigo, los guantes de lana y la bufanda en

su interior para luego dirigirme a mi destino.

El aula era pequeña y se encontraba casi vacía. Miré la hora en mi reloj y me di cuenta de que aún faltaban seis minutos para que tocara el timbre, así que solté un suspiro de alivio y caminé hasta un banco al final del aula contra la ventana. Me desplomé en el asiento.

De a poco, el aula se fue llenando de chicos que se iban ubicando en los demás lugares. Todos me observaron con expresiones amistosas y me saludaron amablemente. A todos, les devolví el saludo con la misma cordialidad.

—Este asiento está ocupado — Una voz poco amigable me llamó la atención.

Giré mi cabeza para encontrarme con una chica que me miraba con expresión airada. Mi primera impresión fue que estaba demasiado bronceada para vivir en un lugar con tan poco sol y la segunda, que era extremadamente hermosa. Su cabello rubio se rizaba en las puntas cerca de la cintura y lo llevaba suelto a pesar de que las normas del colegio lo prohibían. Era alta, delgada y la hubiese podido comparar con un ángel si no hubiese tenido esa expresión tan airada en el rostro. Y si no apestase a plástico, pensé.

—¿Sos sorda? Te dije que este lugar está ocupado.

—Um, lo siento —murmuré, sintiéndome torpe y me apresuré a tomar mi mochila y cambiarme al asiento de al lado.

—Éste también —dijo, con tono igual de descortés.

Me removí incómoda. Recorrí el resto de la habitación con la mirada, pero nadie se ofrecía a indicarme en dónde me podía sentar. Un nudo se formó en mi estómago.

—Ey, por acá —Me dijo alguien.

Mis ojos localizaron a dos chicas que me miraban con expresión amable. Una de ellas, la que me había llamado, era castaña de tez casi tan clara como la mía y la otra, también pálida, de pelo negro. Me caminé hasta allí con pasos inseguros y aunque no quería parecer antipática, tampoco pude devolverle la sonrisa con la misma intensidad que ella.

—Sentáte acá. Está desocupado —me dijo amable.

Asentí. —Gracias.

Amplió su sonrisa. —Soy Ángela —se presentó.

—Mía.

—Sí, ya todos sabemos quien sos —rio graciosa, aunque no pude captar el chiste—. No te preocupes por Julieta, es odiosa con todos. No te lo tomes personal —asentí, mientras apoyaba la mochila en mi nuevo asiento—, no deja que nadie se siente cerca de Sebastián. Está obsesionada con él —Su voz era burlona y divertida, pero seguía sin captar el chiste.

—¿Quién es Sebastián? —me aventuré a preguntar. No pude evitar sentir curiosidad por la persona que había provocado aquella reacción en la chica. Miré de reojo hacia allí, pero el banco estaba vacío todavía

Rió. —Ya lo vas a conocer —interrumpió divertida la otra chica—. Yo soy Carla.

Le sonreí y asentí con la cabeza. Sin embargo, no pudimos seguir con la conversación porque el profesor hizo su ingreso al aula. Sus expresiones mostraban desilusión por no poder continuar conversando, aunque por mi parte supo un alivio. Las dos se veían tan curiosas que daban un poco de miedo.

Todos se pusieron de pie y saludaron al profesor, quien nos dio los buenos días y nos hizo un gesto para indicarnos que podíamos tomar asiento. Tomé una respiración profunda y caminé hasta él. Vacilando, le entregué la ficha con mis datos al hombre de mediana edad, casi calvo, que tenía frente a mí. Permaneció observándome durante algunos segundos y luego asintió. Finalmente, me dijo que podía volver a tomar asiento y agradecí que no me hiciera presentar frente a toda el aula.

Sentada en mi pupitre, podía sentir la mirada de todos los estudiantes clavándose en mi espalda como dagas afiladas. Intenté tranquilizarme y mantuve la vista fija en la página del manual de Filosofía que estaban trabajando. No parecía complicado.

El resto de la mañana transcurrió de forma similar. La profesora de Matemáticas, la señorita Pérez se tomó unos minutos para convertirme en el centro de atención y obligarme a presentarme. Balbuceé una torpe descripción, me sonrojé y tiré mi libro al suelo cuando me volví a sentar en el pupitre.

Después de tres horas clases, empecé a reconocer los nombres de quienes serían mis compañeros el resto del año. Durante los breves minutos de descanso que teníamos entre clase y clase, algunos de mis compañeros se acercaban para presentarse. No logré mantener una conversación fluida con ninguno de ellos; la mayoría parecía acercarse solo por cortesía, me

preguntaba si me gustaba el lugar y luego se iba.

La hora del almuerzo fue la más larga y difícil. Todos me observaban expectantes, pero mantenían sus reservas. Busqué con la mirada a las chicas que se sentaban junto a mí, pero no las encontré, así que me ubiqué en una de las esquinas de la cafetería con mi pequeña lonchera entre mis manos. Como no sabía cuáles eran las opciones que la escuela ofrecía, preferí llevar mis propios sándwiches, aunque no sentí apetito para nada. Mientras observaba mi comida como si fuese lo más interesante del universo, una chica se sentó a mi lado. Se presentó como Nadia de cuarto, la hija de la secretaria. Era menor que yo, así que deduje que su madre la había obligado a acercarse a mí para hacerme sentir bienvenida. Me limité a sonreír mientras la escuchaba hablar sobre los cursos y las actividades que podíamos realizar después de clase. Supuse que también la había enviado para convencerme de anotarme en alguno de ellos.

Cuando el reloj indicó que debíamos regresar a las aulas, se despidió amablemente y desapareció por el pasillo como si alejarse de mí fuese su prioridad número uno. Torcí un gesto porque no podía culparla.

Ángela y Carla se unieron a mí en el pasillo de regreso al aula. Se disculparon por dejarme sola y mascullaron algún comentario sobre la organización de un evento o algo así en el que estaban involucradas. Me sentía bien con ellas. Eran amables, aunque un poco curiosas, pero supongo que no podía culparlas.

El chico de la discordia nunca apareció y procuré no darle muchas vueltas al asunto.

Al fin sonó la campana que indicaba el final de las clases. Me despedí de mis nuevas compañeras y me dirigí lentamente a la salida. Afuera, el viento soplaba con fuerza y el frío me golpeó en la cara haciéndome temblar así que me envolví con mis propios brazos para darme calor.

Comencé a caminar con prisa mientras algunos estudiantes me sobrepasaban. Me sorprendí al darme cuenta de que muchos de ellos contaban con movilidad. Ver a chicos de mi edad con vehículos no era común en Buenos Aires, pero deduje que las normas aquí debían ser diferentes.

Cuando bajé al camino de tierra que conducía hasta mi casa, una extraña sensación me recorrió la espalda. Me sentí observada y no pude evitar sentir algo de miedo. Saqué mi celular del bolsillo solo para darme cuenta de que no tenía señal. Suspiré frustrada y continué viaje, sin embargo, no había hecho ni diez pasos cuando lo vi por primera vez.

Estaba apoyado contra la corteza de un árbol, casi escondido entre la vegetación a pocos metros delante de mí sobre el costado derecho del sendero y me miraba fijo. La expresión de su rostro era de lo más extraña y hostil e hizo que se me erizara la piel.

«No lo mires y va a desaparecer», repetía la voz en mi cabeza mientras aceleraba el paso. Podía sentir sus ojos sobre mí, pero intenté ignorarlo.

Cuando pasé frente a él, lo miré de refilón. Seguía observándome, pero ahora su mirada reflejaba confusión y la expresión de su rostro mostraba una ligera contrariedad. Volví a desviar la vista.

«Ignóralo y se va a ir», me repetí con más convicción y continué caminando con pasos firmes y ligeros hasta que estaba segura de haberlo dejado atrás.

—Así que vas a ignorarme —Su voz fría y ronca retumbó entre los árboles y me golpeó de lleno.

Me detuve en seco. Ver cosas que las demás personas no podían no era una novedad en mi vida, pero escucharlos hablarme era definitivamente un nuevo giro. Haciendo acopio de todo mi coraje, me di vuelta. Seguía en el mismo lugar que antes, pero ahora su posición estaba más rígida. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho, a la defensiva.

-¿Podés hablar? —exclamé, sin ocultar el asombro en mi voz.

Tenía el aspecto de un joven de mi edad y aunque estaba a varios metros de mí, no pude evitar darme cuenta que poseía una belleza devastadora, casi inhumana. La expresión de su rostro era de lo más extraña, una mezcla entre hostil y curiosa.

-¿Esperabas que fuese mudo? -me dijo, con voz burlona.

Pude notar que su sonrisa torcida dibujaba un pequeño hoyuelo en su mejilla derecha que desentonaba con su expresión fría y arrogante.

Me encogí de hombros -De hecho, no sabía que pudiesen hablar -dije sincera, pero fue más un comentario para mí misma que para el espíritu que tenía en frente -Los demás nunca lo habían hecho.

Su mirada brilló. —Tal vez, no les diste tiempo.

Pude notar que pretendía ofenderme con su comentario, pero no logré captar su indirecta. Apoyé todo mi peso sobre una pierna y lo observé. Era verdaderamente guapo y era una lástima que estuviese muerto, pensé

con cierta tristeza.

- Mirá, te voy a dar un consejo. ¿Por qué no cruzas el túnel? Ya sabés...buscá la luz. De verdad, vas a estar mejor -le aconsejé intentando modular las palabras de manera lenta, para que pudiese comprenderme bien.

Frunció el ceño y se inclinó hacia delante -¿Qué querés decir con "buscar la luz"? -Esta vez sonaba molesto.

No me sentía muy segura con mis palabras, así que tragué saliva y tomé coraje. -¿Tenés algún asunto pendiente que no te deja partir? —Intenté mostrar compasión. Tal vez, podría ayudarlo.

El azul de sus ojos se oscureció. Su mirada era intimidante, casi tanto como su belleza. —¿Acaso estás queriendo jugar conmigo? Porque no es divertido.

—No, para nada —Me apresuré a decir —. Solo quiero ayudarte.

Parecía realmente sorprendido ante mis palabras y toda su frente se arrugó en una expresión de desconcierto y luego torció un gesto divertido. Él era, sin dudas, el espíritu más singular que jamás haya visto antes.

—¿Y cómo pensás ayudarme? —me desafió.

Me tomó desprevenida. No tenía idea. Incliné la cabeza y medité.
—Bueno, no estoy muy segura —dije sincera.

Entonces, su expresión volvió a cambiar. Se tornó tensa y sus ojos chispeaban con frustración. Parecía como si quisiese herirme, pero a su vez se veía como si luchaba contra alguna fuerza que le impedía moverse.

Abrió la boca para hablar, pero el sonido de un auto acercándose lo detuvo. Me hice a un lado y saludé al lugareño con un movimiento de cabeza. La secuencia no duró más que algunos segundos, pero cuando volví a mirar en su dirección, ya había desaparecido. Una mezcla de alivio y decepción me recorrió el cuerpo. Querer seguir viéndolo no era, exactamente, una buena idea, pero no podía evitarlo. Este singular espíritu había causado un gran impacto en mí.

Permanecí en el lugar por algunos minutos más antes de continuar con mi marcha. Mientras avanzaba, escaneaba el bosque a mi alrededor, pero no había rastros de él y aunque una parte de mí se sentía agradecida, había

un pequeño deseo tirando dentro de mí. ¿Lo vería de nuevo?

Cuando llegué a casa, Clara aun no había regresado del trabajo. Eso no difería mucho de la rutina que llevábamos cuando aun vivíamos en la ciudad aunque debía reconocer que me sentía un poco inquieta. Subí a mi habitación con la mochila después de quitarme el abrigo y de prepararme un té para calentar mi cuerpo.

Dejé la tasa sobre el escritorio y saqué los libros. Tenía tarea que terminar, así que aprovecharía este momento de soledad. Me cambié el uniforme de la escuela por un pantalón de algodón suelto y una camiseta y me senté.

Intenté concentrarme en las actividades que tenía que resolver, pero mi mente no me estaba ayudando. Además, la paranoia se estaba apoderando de mí. Tenía esa extraña sensación de estar siendo observada, sin embrago, cuando me asomaba por la ventana veía nada fuera de lo común. Para aplacar mis nervios, decidí revisar el celular.

Tenía dos mensajes. Mi amiga me había escrito.

«Hola! Cómo va todo por allá? ¿Qué tal es el lugar? Mandá fotos!»

Suspiré y leí el siguiente mensaje.

«¡Hey! ¿Por qué no me respondés? ¿Ya te olvidaste de mí? =)»

Sonreí y contesté. «La señal es terrible aquí. El lugar no está mal, exceptuando el clima =(»

Presioné enviar y luego tomé una foto desde mi ventana para mandársela, pero cuando quise enviarla, noté que la señal ya se había ido. Frustrada, dejé el celular en el mismo rincón en el que había estado, que parecía ser el único punto de señal en toda la casa y retomé la tarea de matemáticas.

En ello estaba cuando Clara regresó. Me apresuré a guardar todo y bajé a recibirla. Me saludó y comenzó a organizar la cena. Puso a hervir una olla con agua y sacó unos filetes del congelador de la heladera.

— ¿Qué vamos a comer? —pregunté con recelo.

—Filetes con fideo blanco y manteca —contestó mirando dentro de la heladera —Corrección, fideo sin manteca —añadió al darse cuenta que aun nos faltaban muchos alimentos en la casa.

—Por mí está bien —contesté y me acomodé en una de las sillas.

— ¿Cómo te ha ido el primer día? —me preguntó con cierta ansiedad en la voz luego de colocar la carne en el sartén.

—Bien —Fue mi respuesta seca.

Abrió el paquete de fideos y los volcó dentro de la cacerola. —¿Ya te has hecho de amigas?

Me encogí de hombros. —Se podría decir que sí. Hay dos chicas que han sido muy amables conmigo, aunque la mayoría prefirió tomarse mi presencia con cautela.

Hizo una mueca. —En eso, la gente del lugar no ha cambiado en nada.

No hice ningún comentario al respecto y la ayudé a poner la mesa. Por mi estaba bien si todo continuaba así. Solo me quedaba un año de colegio, así que hacer muchos amigos no estaba entre mis metas.

—¿A vos cómo te fue? —quise saber.

Soltó un suspiro. —Estuvo tranquilo. Aun no es temporada de pesca.

Asentí. La tienda en donde trabajaría mi tía se dedicaba a vender insumos para pescadores, así que deduje que no era un negocio muy rentable durante los meses fríos de invierno que se avecinaban.

Cenamos en silencio. Recogí la mesa mientras Clara se ponía a lavar los platos. La escuché quejarse de la falta de electrodomésticos y tuve que sonreír -acá no teníamos ni microondas ni lavavajillas. Cuando terminamos de organizar la cocina, ambas nos dirigimos a nuestros cuartos. Supuse que ninguna de las dos estaba lo suficientemente agotada como para dormirse tan temprano, pero tampoco teníamos mucho para hacer.

Esa noche fue silenciosa, por fin, sin embargo, tampoco logré descansar bien.

Capítulo 3

Confrontamiento

A la mañana siguiente me levanté sintiéndome aturdida. No había podido descansar bien y las pocas horas que había conseguido dormir fueron invadidas por sueños de los más extraños. Por fortuna, mi tía decidió no experimentar en la cocina y solo desayunamos galletitas con té e intercambiamos algunas pocas palabras.

Afuera, el cielo continuaba gris. Clara se ofreció a acercarme, pero me negué. La observé buscar las llaves del auto sintiéndome ansiosa.

—¿Segura que no querés que te acerque?

Negué nuevamente. —No hace falta. Además, tendrías que desviarte de tu camino —justifiqué mi decisión.

Frunció el ceño y me observó. Finalmente, cedió. —Está bien —se encogió de hombros—, nos vemos tarde.

Ni bien su auto se perdió detrás de las cortinas de árboles que rodeaban la cabaña, me apresuré a emprender mi viaje.

Caminé todo el trayecto hasta la escuela con dos sentimientos contradictorios tirando dentro de mí. Por un lado, el deseo de volver a encontrarme con la misteriosa criatura que no había dejado de acechar mis pensamientos y, por el otro, el miedo de que ese deseo se hiciera realidad. No apareció y aunque debía sentirme aliviada, estaba decepcionada.

Ingresé al predio de la escuela y me sentí feliz de que muchos de los chicos con los que me cruzaba me saludaban amistosos. Reconocí a Ángela y Carla de inmediato. Estaban paradas bajo uno de los techos de la galería. Cuando me vieron llegar, me hicieron señas con las manos.

Junto a ellas, había dos chicos más. No recordaba sus nombres, pero estaba segura de que también iban a nuestro curso.

—Hola —saludé al unirme a ellos.

Todos me saludaron alegremente.

—¿Te acordás de ellos? Van con nosotras. Él es Julián y él Matías —los presentó al notar que yo no recordaba sus nombres.

Ambos me sonrieron y tuve que sonreír en respuesta. —¿Qué te ha parecido el pueblo? —consultó Julián, el chico de ojos oscuros y cabello rizado.

—No pude recorrer mucho —comenté y esperaba dar por terminada la respuesta, pero todos me miraban expectantes de que continuase —, pero es... acogedor.

Todos rompieron a reír e hicieron comentarios graciosos con respecto a mi descripción de la localidad. Me reí con ellos solo por intentar integrarme. Eran amables y no quería caerles mal tan pronto.

Algunas gotas comenzaron a caer y no pude evitar soltar un suspiro de fastidio. —Tendrás que acostumbrarte a la lluvia, aquí llueve bastante seguido.

—Sí, puedo verlo. Temo que eso es lo que más me va a costar —dije, sincera.

—No es tan malo una vez que te acostumbras —quiso alentarme Carla.

—Igualmente, durante los meses de verano no llueve tanto —expresó Julián.

Sonreí. —Sí, ya verás que a pesar de la lluvia te va a encantar vivir aquí —comentó alegremente Ángela.

Deseaba ser tan optimista como ella.

—Será mejor que vayamos entrando —sugirió Matías, quien parecía ser el más reservado del grupo.

Todos asentimos y comenzamos a caminar con dirección al aula, pero tan solo habíamos hecho unos pocos pasos cuando algo llamó mi atención. Un auto lujoso, de esos que solo se ven en las películas, ingresó al predio a toda velocidad y estacionó al borde de la vereda. Miré a mi alrededor para ver la reacción de los demás, pero nadie pareció darle importancia ya que todos continuaron su marcha hacia el edificio sin siquiera molestarse por voltear a mirar.

Entonces, la puerta trasera se abrió y una chica extremadamente hermosa bajó de él. La piel se me erizó. "No es posible", pensé al darme cuenta que ella no era una humana común y corriente. Toda su presencia emanaba esa aura extraña que tanto me perturbaba.

Aun no terminaba de recuperarme de mi conmoción cuando la puerta del acompañante se abrió. En ese momento, tuve que contener el aliento. Era

la misma criatura que había visto en el bosque el día anterior.

Impulsada por la curiosidad, mis ojos viajaron hasta el lugar del conductor aunque desde mi posición no pude distinguirlo; sin embargo, estaba segura de que unos ojos azules desafiantes me observaban detrás de los cristales oscuros.

Sacudí la cabeza y aparté la vista sintiendo que el pulso me temblaba. Quién estaba detrás del volante encendió el motor y salió del estacionamiento con la misma prisa con la que había entrado. Mordiéndome los labios, busqué con la mirada al par que se había quedado en el colegio.

Caminaban sincronizadamente a través del patio, sin preocuparse por las gotas de lluvia que mojaba sus abrigos. En ningún momento hicieron contacto visual con ninguno de los demás estudiantes que cruzaban. Parecían inmersos en su propio mundo.

Aturdida por sus inquietantes presencias, todo lo que podía hacer era mirarlos hipnotizada porque sus rostros eran de una belleza inhumana y devastadora, como solo los seres celestiales podían alcanzar. ¡Claro que no podían ser humanos!

El que había visto el día anterior era alto y delgado y tenía el cabello color oscuro. Lo llevaba despeinado a propósito como si quisiera demostrar un aspecto rebelde y desestructurado. Por otro lado, la chica era todo lo opuesto a mí. Alta y escultural con una figura curvilínea, del tipo que salían en la tapa de las revistas de chimentos que compraba mi tía. Su cabello era rubio y rebelde, pero de aspecto sedoso y brillante y le caía en cascada hasta la mitad de la espalda.

Físicamente, no se parecían, pero había cierta mimetización entre los dos, como un lazo invisible que los unía y me hizo pensar en qué tipo de relación tendrían.

A pesar de su exagerada belleza, ese no era el motivo por el que no conseguía apartar la mirada. Mi sangre parecía que había comenzado a fluir con más rapidez y mis músculos tiraban hacia ellos, como si mi cuerpo quisiera obligarme a ir hasta allá.

—¡Hey! —me llamó la atención Ángela al notar que había dejado de caminar. —¿Qué ocurre? —consultó y luego se giró para buscar lo que había llamado la atención. Se rió. —Ahhh —exclamó, y volvió a reír.

Sacudí la cabeza intentando recomponerme. —¿Quiénes son? —pregunté confundida.

Los miré detenidamente. Tenían los hombros tensos y la espalda rígida mientras caminaban con la mirada fija hacia adelante.

—Él de adelante es Sebastián —murmuró risueña.

Con que él era el famoso Sebastián dije para mis adentros. Parecía un nombre demasiado común para alguien tan.... perturbador. No encajaba.

Entonces, como si hubiese escuchado mis pensamientos, ladeó levemente la cabeza para observarme. Me miró con esos ojos llenos de ¿odio? No estaba segura, pero parecía querer matarme con la mirada. Inquieta, me apresuré a desviar la vista. ¿Qué estaba pasando?

—¿Quiénes es la chica?

—Es su hermana —comentó y rio ante la expresión de sorpresa en mi rostro —Ella se llama Esmeralda y el que conducía el auto era Damián. Los tres son hermanos.

Pestañé varias veces, sorprendida. Tal vez, en este lugar esas misteriosas criaturas convivían con los humanos. — ¿Son de acá?

—Mmm, no. Sinceramente, nadie sabe muy bien de dónde son. Llegaron hace algunos meses más o menos. Viven en una casa bellísima rodeando la montaña por la carretera, en el lado Este del pueblo.

Mentalmente, repasé el camino y me di cuenta que yo también vivía en ese sector del pueblo.

—Su madre es paleontóloga, por eso se mudaron. Creo que dirige un estudio sobre restos de dinosaurios en las montañas—continuó —. Son huérfanos de padre, aunque aun no he podido averiguar qué le pasó —Hizo un gesto — En fin, ellos dos comenzaron el instituto este año y van a nuestro curso.

—¿Los dos?

—Ajá —dijo, soltando una risita —.Esmeralda y Sebastián son mellizos. Increíble, ¿verdad?—comentó al ver el asombro reflejado en mi expresión —Damián es un año mayor, por eso no concurre a la escuela. Una verdadera lástima, porque es el más guapo —se lamentó.

Mientras manteníamos esta conversación, dirigía miradas furtivas hacia los hermanos. Mi corazón había comenzado a latir con más rapidez y sus bombazos chocaban contra las paredes de mi pecho. Las manos comenzaron a sudarme y una sensación extraña, de hostilidad, comenzó a picar dentro de mí. Ese sentimiento me asustó, ya que no era una persona

que se comportase de esa forma. No solía ser hostil, ni tenía sentimientos de odio hacia otras personas.

Mordí mi labio e intenté escodarme detrás de Ángela mientras ingresábamos al edificio detrás de ellos. Al entrar al aula, Ángela fue a sentarse junto con Carla en sus respectivos asientos y los dos chicos hicieron lo mismo. Tímida, caminé lo más rápido posible hasta mi lugar intentando mantener la vista apartada de Sebastián y su hermana, pero antes de sentarme no pude evitar mirar hacia su asiento.

Por supuesto, estaba siendo abordado por Julieta quien parecía esforzarse por llamar su atención con una conversación sobreactuada. Parecía un poco aturdido y tuve que reconocer que sentía un poco de pena por él. Entonces, nuestras miradas se encontraron. La expresión de su rostro era de lo más extraña y hostil. Pasmada, aparté la vista sintiendo como mis mejillas ardían y me apresuré a darle la espalda.

Nuestro profesor ingresó casi de inmediato y la clase comenzó con normalidad. Intenté concentrarme en la materia. Por desgracia, la clase versó sobre la composición celular, un tema que ya había estudiado, pero de todos modos, tomé apuntes y fingí interés.

Más de una vez, no pude controlarme y miré de refilón sobre mi hombro en su dirección. Me di cuenta de que mantenía su postura rígida, como si estuviera conteniéndose. Su mano derecha apretaba con fuerza la lapicera. Sentada detrás de él, su hermana parecía coincidir con él. Podía sentir su desprecio hacia mí.

La hora parecía no pasar nunca. ¿Se debía a que la lección del profesor era extremadamente aburrida o a que estaba esperando a que saltara sobre su asiento y me tomara del cuello? Ninguno de los dos se movió de su lugar.

¿Qué les pasaba? ¿Se comportaban de esa forma habitualmente? Con razón parecían no tener amigos dentro del instituto. Descarté la idea de que fuese algo personal. No me conocían, ¿o sí? ¿Podía tener algo que ver con nuestro encuentro en el bosque? Sin dudas, no había sido amable. En mi mente, se formaron las conclusiones más extrañas.

Si todos los demás podían verlos, entonces no eran como las demás criaturas que había visto en el pasado. Sin embargo, estaba segura de que no eran humanos como todos nosotros, aunque tampoco lograba deducir por qué convivían con el resto de los humanos.

¿Acaso eran conscientes de que no eran humanos? Recordé mi encuentro con el que se llamaba Sebastián y descarté la posibilidad de que lo ignorasen. Ellos sabían muy bien lo que eran, sin embargo, quien lo

desconocía era yo.

¿Qué eran?, mi mente no dejaba de pensar.

El timbre sonó en ese momento. Me sobresalté al oírlo mientras que Sebastián se levantó de su asiento con rapidez y abandonó el aula seguido de su hermana. No pude hacer otra cosa más que contemplarlo con la mirada perdida cómo se perdía por el pasillo.

Cerré la carpeta despacio mientras intentaba reprimir una incómoda sensación de enfado. Podía sentir como las lágrimas picaban detrás de mis ojos. Solía llorar cuando no podía algo me desbordaba, pero no era el momento ni el lugar indicado para dejarme llevar por mis emociones.

—¿Terminaste de guardar? —Una voz me sacó de mi trance. Alcé la vista para encontrarme con Ángela y Carla que me observaban expectantes. Asentí apresurándome.

Caminamos juntas hasta el salón y nos ubicamos en uno de los bancos contra la ventana. Julián y Matías se nos habían unido en el pasillo. Todo el grupo hablaba de temas que no terminaba de entender. Tal vez porque era nueva, o tal vez porque mi mente aun no dejaba de pensar en Sebastián y en su hostil actitud. Lo busqué con la mirada durante todo el recreo pero no los localicé.

Cuando regresamos al aula, mi mirada inmediatamente se dirigió a su asiento. Ahí estaba. Cuando notó mi presencia, su cuerpo se puso rígido. Su hermana oscilaba la mirada entre él y yo. La chica intentaba mantener una expresión neutral y controlada, pero no llegaba a ser amable ni amistosa. Intenté no demostrarles lo mucho que eso me afectaba.

El resto de la mañana transcurrió de igual manera. No logré concentrarme en ninguna de las materias. En los dos recreos que siguieron, no lograba localizarlos. Solo compartíamos espacio durante las clases.

Ángela y el resto se esforzaban por integrarme y hacerme sentir parte del grupo. Me invitaron a pasar la tarde con ellos en casa de Julián, quien pareció decepcionado cuando rechacé la propuesta. Sin embargo, su rostro volvió a ilusionarse cuando mencioné que tal vez el fin de semana podría unirme con ellos a su día de picnic. No me agradaba la idea de ir a la playa con el clima así, pero parecía que a los jóvenes del lugar, la lluvia y el frío no eran ningún impedimento.

Al fin sonó la campana que indicaba el final de las clases y suspiré agradecida al reconocer el auto de mi tía esperando en el estacionamiento. Si bien no llovía, el viento era frío y soplaba con fuerza.

Como las veces anteriores, Sebastián y Esmeralda desaparecieron de mi vista en el pasillo. Caminé hasta la salida acompañada de mis nuevas amigas.

—¿Querés que te lleve hasta tu casa? —Ofreció Julián — Hoy vine en el auto —comentó orgulloso.

Para nadie pasó desapercibido que la invitación iba dirigida solo a mí. Hice una mueca. —Gracias, pero mi tía ha venido por mí —respondí, señalando con la cabeza el lugar en donde estaba estacionada.

—¡Guau! Tu tía sí que es joven... y guapa —señaló Carla.

Sí lo era. A sus treinta y pico, era una mujer muy atractiva. Su cabello castaño le llegaba por encima de los hombros y se rizaba en las puntas mientras que sus ojos marrones estaban lejos de parecer insulsos como los míos. Eran una mezcla de miel y avellana y siempre los había envidiado.

Me despedí del grupo y caminé hasta el auto. Antes de subir al vehículo, dirigí una rápida alrededor del campus. A través de los autos, reconocí la figura de Sebastián observándome fijo con la mirada llena de odio. Estaba lejos, pero podía sentir la frialdad que emanaba de ella. Tan fría que me heló la sangre en las venas más que el viento.

Sin ánimos de acobardarme, le devolví la misma mirada, aunque no estaba segura de que la mía fuese igual de intensa, y me senté en el asiento del copiloto.

Clara me recibió con una sonrisa. —Hoy cerramos más temprano —comentó, justificando su presencia.

La observé por un momento. Lucía inquieta y pude notar que su mirada barría el exterior. —¿Ocurre algo?

Mi pregunta pareció sorprenderla. —No, no es nada —respondió, pero su voz no logró convencerme, sin embargo, no insistí.

Me coloqué el cinturón de seguridad y Clara encendió el motor. Nuevamente miró a nuestro alrededor. Pareció no encontrar lo que estaba buscando y sus hombros se relajaron. Era un comportamiento extraño, pero desde que habíamos llegado todo lo era.

Antes de regresar a casa, pasamos por el pueblo a comprar provisiones. El supermercado no estaba muy lejos del centro, unas pocas calles más al sur, también junto a la carretera, y su fachada seguía estrictamente las normas de edificación de todos los demás edificios del lugar. Era como estar viviendo dentro de uno de esos libros de cuentos infantiles que leía

cuando era chica.

El mercado era bastante grande y la música que lo ambientaba evitaba que se oyera el sonido del viento golpeado contra los árboles que lo rodeaba. Tuve que admitir que era un lugar agradable. Posiblemente, le diría a mi tía que yo podía ocuparme de las compras de ahora en más, así tendría algo para hacer después de la escuela.

Cuando nos acercamos hasta el mostrador para pagar, la cajera nos observó fijo durante algunos segundos. Luego, sus ojos se abrieron con sorpresa. —Pero si eres la hija de Rafael. ¡Que gusto verte después de tanto tiempo! No solías visitar a tu padre cuando aun estaba con vida, querida.

No me gustó el tono de su voz porque sonaba a reproche. A mi lado, el cuerpo de mi tía se tensó. Forzó una sonrisa —Un gusto verte también, Amalia.

La mujer pasó por alto el comentario de mi tía. —Así que vivirás en la cabaña.

No era una pregunta. —Sí, así es —dijo mi tía, pasando las cosas del carrito al mostrador.

—¿Ya visitaste su tumba? —preguntó, entornando los ojos con cierta malicia — La semana pasada fui a llevarle flores a mi esposo y pasé por ahí. Está bastante descuidada.

—Aun no he tenido tiempo, pero ya iré —La espalda de Clara estaba rígida y se notaba que se esforzaba por ser amable.

—Sí, hazlo pronto. La tumba de un padre nunca debería estar descuidada —Señaló y luego sus ojos se concentraron en mí — Y esta chica es... ¿tu hija? Tu padre nunca mencionó que habías tenido una hija —dijo, inspeccionándome.

—Hija de mi hermana —explicó Clara, casi en un hilo de voz.

—Oh —Fue todo lo que dijo y continuó con su inspección —Sí, tiene los ojos y los rasgos de tu hermana, Dios la tenga en la gloria —dijo estas palabras mientras se persignaba.

Clara solo frunció los labios y mi estómago se contrajo. Quería salir de ahí lo más rápido posible. Retiraba mi anterior pensamiento. De ninguna manera, volvería aquí a hacer las compras.

—Amelia, te agradecería que me cobrases la cuenta. De verdad, llevamos

prisa —dijo mi tía, en tono poco amigable.

El rostro de la señora se arrugó y arrojó una maldición por lo bajo, pero no continuó hablando y comenzó a pasar los productos por el scanner de la máquina registradora.

—¿Algo más, querida? —Inquirió.

—No, gracias —contestó tajante.

Clara se apresuró a pagar y comenzó a guardar la mercadería con prisa. —¡Me alegro que hayas regresado, querida! Siempre es bueno regresar a nuestras raíces —comentó la señora antes de que abandonáramos el lugar.

Emprendimos el regreso en silencio. Quise preguntarle a Clara sobre la señora, pero me contuve. Mi tía llevaba una expresión conflictiva en su rostro, como si estuviese aguantando las ganas de llorar, así que preferí no presionar.

Al llegar a casa, mientras sacaba los comestibles y los acomodaba dentro de los estantes vacíos de la alacena, mi tía colocó un pedazo de carne en el horno y puso a hervir una olla con agua. Éramos un buen equipo, tenía que admitir. Siempre lo habíamos sido.

Después de eso, subí a mi habitación y me senté en una de las sillas de madera frente al escritorio. Até mi pelo y me descalcé. Tenía tarea de matemáticas para hacer, pero era fácil y no me llevó más que algunos minutos. Cuando terminé, jugué con la lapicera en la mano por unos momentos dibujando figuras sin sentido en una hoja en blanco mientras esperaba que Clara me llamara para comer.

Finalmente cedí al aburrimiento y me levanté. Sin poder evitarlo, caminé hasta la ventana y abrí las cortinas para espiar el exterior. No estaba segura de lo que esperaba encontrar, pero lejos de sentirme aliviada al notar que no había nada fuera de lo normal, mi frustración aumentó. Solté un suspiro y cerré la persiana de un golpe.

El misterio que Sebastián y sus hermanos representaban me estaba consumiendo; aún más, él me estaba obsesionando! No dejaba de pensar en la forma en que sus ojos me miraban, pero lejos de querer no volverlo a ver, como hubiera tenido cualquier persona normal y cuerda, deseaba encontrarlo nuevamente.

Decidí que sería mejor ponerme a hacer algo más productivo. Nada resolvería haciendo suposiciones al respecto. Antes de mudarnos había comenzado a leer Rayuela —una la novela que compré ante la insistencia de mi amiga Carina en la feria del Libro en Buenos Aires—, así que decidí

continuar con su lectura.

Había adelantado varias páginas cuando mi tía me llamó.

—Huele bien —La felicité mientras rodeaba la mesa y me ubicaba en el mismo lugar que me había sentado en la mañana.

—Gracias —me sonrió.

Como ya era una costumbre en nuestras cenas, comimos en silencio durante varios minutos. A ninguna de los dos nos disgustaba el silencio, así que nos complementábamos a la perfección.

—Y bien, ¿qué tal el instituto hoy? —me preguntó mientras se servía un vaso de jugo.

—Bien, mejor que ayer. Hice algunos amigos —respondí.

Mi comentario debió sorprenderla de verdad, porque noté que le costó tragar la bebida y me miró levantando las cejas. — ¿De verdad?

—Ajam —dije, dejando mi tenedor a un lado —Creo que ya formo parte de un grupo —dije, sintiéndome orgullosa.

—Eso es muy bueno —comentó mi tía.

Asentí. Estaba por mencionar al trío escalofriante, pero me detuve. —Me invitaron a ir al lago este fin de semana —comenté en su lugar —Hay un lugar llamado Bahía Escondida o algo así.

Mi tía asintió. —Conozco el lugar —Había nostalgia en su mirada —.Te va a gustar. Es precioso. Con tu mamá solíamos ir a acampar ahí.

Volví a asentir y un nudo se formó en mi garganta. Aguardé, pero Clara no comentó nada más. Esperaba que más adelante pudiésemos hablar de mi madre más abiertamente. Aunque Clara siempre me decía que me había contado todo sobre ella, tenía la sensación de que aun me mantenía oculto algo.

Cuando terminamos de cenar, recogí la mesa mientras mi tía se ponía a lavar los platos —acá, no teníamos lavavajillas—y, finalmente, subí a mi habitación.

Esperaba poder dormir algo esta noche.

Solté un suspiro y me levanté para cerrar las cortinas que había dejado abierta. Antes de regresar a la cama, me detuve unos segundos para observar el firmamento. Estaba nublado aún, pero algunas estrellas se las

arreglaban para brillar en el firmamento.

El cielo de la Patagonia era muy diferente al de la ciudad, pensé con cierta melancolía.

Sacudí la cabeza porque no quería ponerme sensible y tomé el borde de la cortina para cerrarla, pero un movimiento entre los arbustos del bosque llamó mi atención. Entorné la vista e intenté permanecer lo más quieta posible mientras observada a través de la oscuridad.

Tomando coraje, quité el seguro y abrí una de las hojas de vidrio para observar mejor. De repente, un olor particular puso en alerta a mi sentido del olfato. Inspiré hondo. Reconocía ese aroma, ¿dónde lo había sentido antes?

Me incliné hacia adelante y distinguí un par de ojos acechándome detrás de un árbol. Sí, eran un par de ojos azules, estaba segura.

No debía sentirme tan emocionada, pero lo estaba. Sin dudarlo, bajé las escaleras a toda prisa, intentando no hacer ruido para no alertar a mi tía que ya debía estar en su cama. Me calcé un par de botas y salí a la oscuridad de la noche por la puerta trasera de la cabaña.

Caminé unos cuantos pasos hacia el interior del bosque esquivando los helechos que crecían por doquier en el suelo. —Sé que estás acá —dije, en voz alta, mirando a mí alrededor mientras todo mi cuerpo se ponía en alerta. La adrenalina comenzaba a correr por las venas.

La idea de estar a solas con él en el medio del bosque me asustaba en cierta forma. Podía que fuese sexi, pero era una entidad extraña que me había seguido hasta casa y no solo un producto de mi mente, como había pensado otras veces. «Escalofriante» no era suficiente para empezar a describirlo.

—Así que sos una chica con agallas —Su voz, fría y ronca, llegó desde arriba.

Levanté mi cabeza en esa dirección. Sebastián se encontraba parado sobre una rama, en lo alto de un árbol de coihué. No estaba preparada para el golpe que significó volver a encontrarme con sus ojos y con su perfecto rostro. Tragué saliva y continué observándolo. En menos de un segundo, saltó y cayó ileso en una pose extravagantemente sensual a escasos pasos frente a mí. Lo miré con expresión cauta, pero la suya era inescrutable. No dijo nada, solo me miró fijo.

Toda mi intuición me decía que debía estar aterrada y que debía salir corriendo de ese lugar, pero no me moví. No era capaz de describir el torrente de emociones que palpitaba en mi interior; sin embargo, no iba a

permitirle tener ese grado de influencia sobre mí. Endurecí mi posición.

—Y bien, ¿cómo quieres hacer esto? —me preguntó, al fin.

Tuve que fruncir el ceño. Incliné mi cabeza y lo miré con expresión dudosa. ¿Qué pretendía hacer en el medio de un bosque a oscuras? Muchas hipótesis comenzaron a parpadear dentro de mi retorcida imaginación, pero esperaba no acertar en ninguna. — ¿Hacer qué? —dije, con el tono más frío posible mientras tragaba el miedo a través de mi garganta.

Una mueca muy parecida a la risa asomó en sus labios, pero se puso serio casi de inmediato y me observó desde su lugar. La intensidad de su mirada era tal que tuve que apartar la vista por un segundo.

Cuando volví a mirarlo, la expresión en su rostro era adusta. Sebastián me miraba con curiosidad y el punto de frustración de sus ojos azules era ahora aún más perceptible. Junté todo el coraje que tenía en mi cuerpo y le devolví la mirada, esperando que, esta vez, él apartara la suya, pero en lugar de eso, continuó estudiando mis ojos a fondo y con gran intensidad.

Se acercó unos cuantos pasos y comenzó a rodearme mientras me examinaba de punta a punta. Sentí su mirada recorrerme el cuerpo mientras me preguntaba por qué no gritaba o salía corriendo en busca de ayuda. Todo mi cuerpo estaba tenso, pero algo dentro de mí me mantenía amarrada al piso. Sabía que debía estar aterrada por lo que pudiese pasar, eso era evidente, pero no era mi caso. Sólo me sentía ansiosa, con los nervios a flor de piel, pero más aún estaba intrigada y fascinada.

Su cabeza se inclinó a un lado mientras caminaba a mí alrededor, hasta quedar frente a mí y me miraba como si yo fuese algún tipo de experimento científico que le llamaba la atención.

—Realmente no lo sabés, ¿no? —dijo de nuevo con gesto serio.

Tragué saliva. —Estoy segura de que hay muchas cosas que no sé —le contesté, sonando ofendida y fastidiada, pero había más verdad en esas palabras como nunca antes.

Su expresión pareció conflictiva durante una milésima de segundo, luego entornó la vista y me miró con aquellos ardientes ojos azules través de sus largas pestañas negras. El silencio se prolongó a nuestro alrededor.

Finalmente, sus labios se curvaron, mostrándome una pequeña y casi imperceptible sonrisa. ¡Dios! Su sonrisa era incluso más alucinante que su mirada.

—Es mejor así —dijo. Su rostro se volvió a poner muy serio.

— ¿A qué te referís? — le pregunté sin mirarlo a los ojos; era más fácil hablarle con coherencia de esa manera.

—Es mejor que no sepas muchas cosas —me explicó e hizo ademán para marcharse.

—¡Esperá! —lo detuve.

Me miró de costado, airoso. —¿Qué querés?

—Yo...no lo sé —dije sincera —, pero no quiero que te vayas.

Una chisma destelló en sus ojos. —Es un error que desees eso.

Tomé coraje y me adelante unos pasos. — ¿Porqué me odias? No recuerdo haberte hecho nada—Mi voz dolida delató mis sentimientos más de lo que hubiese querido.

Mi pregunta lo tomó por sorpresa. Su rostro se vio atravesado por una emoción conflictiva y su voz sonó temblorosa cuando me respondió. — ¿Qué te hace pensar que te odio?

Tragué saliva. —Hoy en la escuela... tú forma de mirarme.

—No te odio —respondió en seco.

Me mordí el labio. No le creí. Un crudo silencio se alzó entre nosotros. —¿Qué...qué sos? —dije, con voz temblorosa.

Sonrió de costado. —No te conviene saberlo.

Me enfadé ante su respuesta y le miré con gesto desafiante. —Tarde o temprano lo voy a descubrir—amenacé, pero mi voz era menos amenazante de lo que hubiese querido.

—Seguí mi consejo y olvídalo —espetó, mirándome sombrío.

—No puedo ni quiero hacerlo —exclamé.

Me devolvió la mirada de desafío. —No seas testaruda. A veces es mejor no saber muchas cosas.

—No estoy de acuerdo —Esperé, furiosa.

—¿Y qué pretendes ganar indagando en lo que no te conviene? —Su voz

contenía una nota de desdén.

—No se lo voy a decir a nadie. Solo quiero comprenderlo—procuré hablar despacio, pronunciando lentamente cada palabra. La sorpresa recorrió todo su bello rostro.

—¿Y qué crees que soy? —preguntó bruscamente.

—Sé que no sos humano —contesté, sin apartar la mirada de sus ojos.

Su boca se torció en una sonrisa airosa. —Con que sepas eso es suficiente —exclamó y con una agilidad impensable dio un salto hasta posarse en una rama gruesa. —Otra cosa —me dijo, desde lo alto —No andes sola por el bosque de noche. Es peligroso. Algún cazador de ciervos podría confundirte.

Entonces me dio la espalda y volvió a saltar.

—¡No te vayas!—grité, pero ya había desaparecido detrás de la copa de los árboles.

Estaba tan desconcertada que necesité varios minutos antes de poder moverme. Cuando pude retomar el control de mi cuerpo, caminé lentamente hacia la salida, siguiendo el mismo sendero por el que había ingresado. Caminé despacio, con la esperanza de que regresara, pero su aroma ya casi no se distinguía así que supuse que ya se había ido lejos.

Regresé a mi cuarto y me acobijé bajo las sábanas, pero estaba tan aturrida de emociones que a pesar del cansancio, el sueño no llegó a mí sino hasta la madrugada. Permanecí varias horas acostada boca arriba mirando el techo. Me puse la almohada encima de los ojos para intentar acallar mis pensamientos, pero no sirvió de nada, por supuesto.

Había muchas cosas que me intrigaban sobre Sebastián. Por un lado, estaba el hecho de que no era un ser común y corriente y por el otro, me inquietaba la hostilidad que sentía hacía mí. ¿A qué se debía?

Sin dudas, Sebastián representaba todas las cosas que yo ignoraba, así que no pensaba darme por vencida con él hasta que me diera respuestas. Estar cerca de él era...intimidante, pero la adrenalina que había corrido por mis venas cuando lo tuve cerca en el bosque se sintió casi adictiva, como si su aroma hubiese inyectado una poderosa droga en mi sistema. Eso no era algo normal, estaba segura. ¿Acaso me estaba volviendo loca? Siempre supe que era diferente. Ninguna de las personas que conocía podían ver las cosas que yo sí y todo esto que me estaba pasando ahora no hacía más que confirmármelo.

Había leído muchos artículos en Internet sobre personas que podían contactarse con seres del más allá, persona dotadas de facultades paranormales, pero nunca había tenido el coraje de indagar demasiado en el tema.

Tal vez, era hora de comenzar a hacerlo, pensé acomodándome mejor bajo las sábanas. Seguí dándole vueltas al asunto hasta que por fin logré dormirme, pero esa noche tuve el sueño más extraño.

-

-

-

-

-

-

-

-

-

Capítulo 4

Celos

En mi sueño, me rodeaba un paisaje gris y muerto. El frío se colaba por cada poro de mi piel, quemándola y el silencio era... doloroso. Una pequeña mariposa de alas coloridas revolotaba perdida. La seguí sin rumbo a través del paisaje árido hasta que una figura borrosa llamó mi atención. Caminé hasta ella. No podía verle el rostro y todo su cuerpo estaba rodeado de oscuridad, pero estaba segura que se trataba de Sebastián.

Levantó la mano y extendió la palma para que la mariposa se posara sobre ella, pero ni bien el colorido animal rozó su piel blanca, sus alas se tiñieron de negro. Entonces, Sebastián levantó la cabeza y sus ojos me miraron fijos, quitándome el aliento. Su mirada nunca había sido tan intensa y sus ojos eran ahora de un color negro abrazante.

Me desperté sobresaltada antes de que sonara el despertador. Si bien había dormido solo algunas horas, parecía como si el sueño hubiese sido eterno y aunque quise quitármelo de la cabeza, la imagen del Sebastián de mi sueño se quedó atascada en mi mente.

El resto del mes fue tenso, frustrante y angustiante en cierta forma. Continué siendo el centro de atención por un tiempo... la nueva, pero conforme pasaron las semanas logré integrarme y hablaba con casi todos mis compañeros de curso...«casi» todos.

Sebastián mantuvo su distancia y si por algún motivo pasaba a mi lado, fingía no verme. Su hermana hacía lo mismo. La situación me angustiaba y enojaba al mismo tiempo aunque a nadie parecía extrañarle el comportamiento hostil del duo de hermanos hacía mí.

—Ellos son así —me tranquilizó una vez Ángela cuando notó mi cara de frustración al intentar saludarlos. Un intento nulo, ya que ni siquiera se molestaron en mirarme. Estábamos en el aula, esperando a que el timbre indicara el inicio de clases—. No tienen amigos. La única que habla con ellos es Julieta y no porque quieran, sino porque está tan empeñada en ligarse a Sebastián que no le importa que la destraten.

—¿Creen que lo logre? —Carla se sumó a nuestra conversación sentándose en su asiento junto a Ángela.

—¿Qué cosa? —Consulté.

—Conquistar a «Sr. Perfecto».

La idea brilló en los ojos de Ángela. —Serían la pareja de oro. Los dos ricos, extremadamente apuestos... diría inteligentes, pero Julieta carece de esa cualidad.

Ellas rieron. Yo fingí hacerlo. Hubiese querido que la idea de Sebastián saliendo con Julieta, o con cualquier otra chica, no me hubiese molestado tanto. Desde que nos habíamos encontrado esa noche en el bosque, no podía dejar de pensar —y fantasear— con él por mucho que lo intentase. Seguía desconfiando de él porque no estaba segura de lo que era. No era un espíritu, estaba segura, pero tampoco era humano. Lo cierto era que me intrigaba, sin importar lo que fuese.

Además, había comenzado a desarrollar una necesidad por él que no entendía y mi deseo me asustaba y me fascinaba al mismo tiempo. Podía sentir su aroma por sobre todo lo demás y mi cuerpo reaccionaba instintivamente hacia él, como una especie de imán.

Antes de conocerlo, podía identificar el aroma de la mayoría de las personas a mi alrededor, pero no era el olor a su perfume o colonia, sino el aroma de su esencia. De esa manera, también podía identificar a los espíritus, o a lo que fuese que esas criaturas que veía eran. Nunca antes había intentado razonar mi habilidad, pero ahora parecía que no podía sacármelo de la cabeza. Una chica que «olía» a las personas no podía ser alguien normal. Sin embargo, lo que más me intrigaba era la forma en que todos los demás aromas del mundo parecían desaparecer de mi percepción al sentir el de Sebastián.

A la mañana siguiente de nuestro encuentro nocturno, lo había buscado, decidida a aclarar mis dudas, pero nuestra conversación no había terminado bien. Aguardé en una esquina del estacionamiento hasta que su hermano se habían alejado lo suficiente y le chisté. Un movimiento tonto de mi parte porque los tres voltearon en mi dirección. Los tres pares de ojos se clavaron como puñales sobre mí y luego continuaron su marcha como si nada.

Decidida a no dejarme abatir tan fácil, lo intenté una vez más. Esta vez, fue durante el recreo del almuerzo. Milagrosamente, su hermana había decidido interrumpir su custodia. Estaba sentado solo en un banco apartado del patio. Hacía bastante frío y casi todos los estudiantes se encontraban en la cafetería.

Me acerqué con cautela. Estaba leyendo un libro. A su lado, había una pequeña bandeja con un sándwich, pero no lo había tocado. Parecía demasiado interesado en su tarea. Fruncí el ceño ya que de todas las cosas que me hubiese imaginado de él, «amante de la lectura» habría sido lo último en la lista. Me paré frente a él y aguardé; sin embargo, no se

percató de mi presencia, sino que pretendió ignorarme.

Fingí que tocía para llamar su atención. Con toda la calma del mundo, levantó la vista y bajó el libro. Intenté forzar una sonrisa para mostrarle que venía en son de paz.

—Hola, Sebastián —hablé con tono agradable, pero solo me lanzó una de sus miradas gélidas y volvió su atención al libro.

—¿Me podés decir por qué estás tan empeñado en ignorarme? —le cuestioné con voz enojada esta vez. No respondió. —¡Ahg! Sos irritante.

Entonces, me miró y su boca se torció en una sonrisa airosa que hizo que la sangre que corría por mis venas se detuviese por un instante. Quería golpearlo, pero también sentí deseo de besarlo. Fue un sentimiento que me tomó desprevenida, avergonzándome. Estaba segura de que mi cara había enrojecido un poco, delatándome. Me sentí torpe.

—De verdad, Sebastián, necesito respuestas —Casi le rogué.

Entonces, sus ojos se fijaron en los míos. Aquel habitual punto de dolor en ellos se hizo más evidente. Intenté mantenerle la mirada, esperando que él apartara la suya, pero en lugar de eso, continuó analizando mis ojos con una intensidad que hizo que me recorriera un escalofrío por la espalda.

Cuando creí que al fin hablaría, la voz de Ángela nos interrumpió.

—¿Qué estás haciendo acá sola? —me preguntó, frunciendo el ceño.

—No estoy sola —la corregí y giré mi cabeza hasta el banco, que ahora estaba vacío.

Me atraganté con mis palabras. La expresión en el rostro de mi amiga se tornó de preocupación. —¿Estás bien? No te vi en la cafetería y salí a buscarte.

—Sí, sí —me apresuré a decir —. Yo... necesitaba tomar aire y me pareció ver que Sebastián estaba sentado acá —disfracé un poco la realidad.

Soltó un suspiro de alivio. Seguramente, había pensado que estaba loca. Después me sonrió dulcemente y envolvió su mano en mi brazo obligándome a comenzar a caminar hacia el edificio escolar. —Mía, entiendo lo que te pasa —habló, mientras marchábamos —, a todas nos pasó. Sebastián es... ini siquiera me salen las palabras! Extra, super caliente —sus palabras me causaron gracia al igual que la expresión en su rostro mientras lo describía e imaginaba —, pero no tenemos ninguna posibilidad con él. Créeme, tan caliente como luce su actitud puede

congelar al mismo infierno.

—Yo... no es lo que piensas, yo no... —me había puesto tan nerviosa que no podía hablar.

Ángela solo rio y yo me sentí muy avergonzada. Esa fue la última vez que intenté hablar con él, aunque estuviésemos a solo dos bancos de distancia.

Todos los días lo observaba llegar a la escuela. La rutina era casi siempre la misma, con alguna que otra excepción. Los primeros días, llegaban en el auto conducido por su hermano mayor, Damián, quién aguardaba unos minutos, intercambiaba una mirada helada conmigo y se iba sin siquiera prestar atención a los demás estudiantes que debían darle lado en el camino para no ser atropellados por él.

Sebastián comenzaba a caminar hacia el aula seguido de su hermana, que parecía escoltar cada uno de sus movimientos, como si se quisiera asegurar de que no se acercara a mí. Tampoco le agradaba a ella, aunque a decir verdad, eso no me afectaba. La única ventaja que podía rescatar de su determinación por fingir que yo no existía era que podía estudiarlos con tranquilidad.

Esmeralda tenía una actitud airoso que me intrigaba. Era como si le molestara tener que compartir el suelo con los demás mortales. Pero su actitud, lejos de perjudicarla, la había ubicado en lo más alto de la jerarquía estudiantil, en el eslabón en donde todas las chicas la admiraban. Había notado que muchas alumnas de los cursos inferiores estaban muy atentas al color que llevaba en sus uñas o a la forma en que se arreglaba el cabello.

Por su parte, Sebastián era el más popular entre las chicas. Más de una vez me había visto consumida por el injustificado ardor de los celos y había querido confesarles a mis compañeras que no era humano y que dejaran de fantasear con él, pero por supuesto no lo hice. Nunca me creerían de todos modos.

Una tarde mientras cruzaba por el estacionamiento luego del final de las clases una risa familiar llamó mi atención. Me giré para ver a Julieta apoyada seductoramente sobre un convertible rojo mientras Sebastián le sonreía. Me congelé.

Parecía contento y despreocupado y algo quemó dentro de mí. No recordaba haberlo visto así nunca. La urgencia de acercarme a Julieta y jalarla de los pelos hasta que estuviera a por lo menos a cinco metros lejos de Sebastián era difícil de resistir. En un momento, sus ojos se apartaron de los de ella y me encontraron. Su mirada me quitó la respiración. No supe describir con palabra lo que leí en ellas. Había cierto

sentimiento de culpabilidad y su rostro reflejó consternación. Tragué la injustificada sensación de traición y retiré mi mirada lejos de ambos. El sabor amargo me acompañó el resto de la tarde y también por la noche, cuando volví a soñar con él.

Desde ese día, me prometí que también aplicaría la ley de hielo con él. Fingir que no existía funcionó bastante bien, al menos durante el día. Por la noche, en mis sueños, la historia era completamente opuesta.

Cuando llegó el primer lunes de junio, el patio de la casa amaneció cubierto por una fina capa de nieve. Debían ser las primeras nevadas del año, reflexioné con frustración mientras echaba un vistazo por las ventanas de la cocina. El ambiente en el exterior no se veía muy acogedor y maldije mentalmente. No quería salir, prefería quedarme dentro, muy cerca del fuego que flameaba en la estufa. Mi tía bajó las escaleras dos minutos después que yo y se ofreció a acercarme al Instituto. Respiré aliviada al saber que no tendría que realizar mi habitual caminata matutina hasta el colegio con este clima.

Cuando me bajé del auto en el borde de la carretera, me detuve un segundo para observar el sendero frente a mí y estudié los pequeños copos de algodón blanco que se amontonaban al lado del camino y que caían erráticamente frente a mi rostro y encima de mi cabeza.

Pasé mi mano por mi cabello ahora humedecido y retiré la escarcha.
—Mierda —maldije, y me coloqué la capucha antes de comenzar a caminar hasta las escaleras que llevaban a la entrada del instituto.

Con cada respiración, una nube de humo de escapaba de mi boca y mi mal humor se intensificaba.

—Realmente no te gusta este clima —Apenas fui capaz de contener un gritito de sorpresa.

Giré mi cabeza para encontrarme con los penetrantes ojos azules de Sebastián. Estaba recostado al tronco de uno de los pinos que rodeaba la entrada.

Una voz me decía que debía ignorarlo, pero estaba tan feliz de que me hubiese vuelto a hablar que no pude evitar responderle. Era patética.

—No, no realmente —le contesté, observándolo desde la mitad del camino.

—¿Y qué hacés viviendo en el sur si tanto te desagrada? —me preguntó, levantando una de sus oscuras cejas.

Me encogí de hombros. —La parte masoquista en mí.

Sebastián se rio de mi comentario y su sonrisa hizo que mi estómago se encogiera. No estaba preparada para sentir lo que sentí al ver su perfecta sonrisa.

—Esto no es nada. Julio es aún peor. Ya sabés, más nieve... más frío. ¿Estás segura que tu parte masoquista podrá tolerarlo?

—¿Estás intentando convencerme de que me vaya de aquí? —repliqué, cruzándome de brazos.

—¿Está funcionando? —preguntó, jugando.

Solté un suspiro exasperado y comencé a caminar por el sendero. Rápidamente, estuvo a mi lado. Su cercanía no debería afectarme de la forma en que lo estaba haciendo, pero me gustaba. Sonreí levemente.

—Por lo que veo a ustedes, a "ustedes"—remarqué la palabra —sí les gusta el clima frío —exclamé, observando que solo llevaba una campera liviana arriba de la fina camisa del uniforme.

—¿Quiénes serían "ustedes"? —sonaba como si me estuviese probando.

Lo miré de reojo. —Lo que sea que "ustedes" sean —Utilicé el mismo tono.

Volvió a reír y mi corazón dio otro vuelco. —Nos recuerda a casa —exclamó, y el tono de su voz se había teñido de cierta melancolía.

Giré el rostro y lo observé detenidamente, estudiando sus perfectos rasgos. No sabía porqué podía ver seres como Sebastián y sus hermanos, pero por primera vez en mi vida estaba feliz de poder hacerlo.

—¿Qué? —preguntó con evidente incomodidad.

Me encogí de hombros. —Nada, solo me alegro de que hayas decidido dejar de ignorarme —expresé, con alegría.

Entonces, su rostro se tensó. —No, en realidad no —admitió.

Fue un golpe duro. Cerré los ojos e inspiré hondo por la nariz, sintiendo el frío cortante ingresar por mis fosas nasales.

—Entonces, ¿qué querés? —le pregunté sin abrir los ojos. Era más fácil de esa manera, así mi mirada no reflejaba la decepción que sentía.

—Lo siento —Su voz sonaba sincera — Ha sido mi culpa. No pude contenerme. Es que te veía tan linda enojada.

Mi corazón había dejado de latir, estaba segura. Parpadeé varias veces en busca de mi voz, pero parecía haberse extraviado en algún lugar de sus ojos. —Será mejor que me vaya —exclamó, con cierto pesar.

Miré a mi alrededor y noté que en el estacionamiento había llegado el auto que conducía su hermana. Torcí un gesto de rabia y lo seguí con pasos firmes.

Finalmente, se detuvo en su casillero. Como parecía dispuesto a continuar ignorándome, me interpose en su visión, con los brazos cruzados y la mirada desafiante. —No podés seguir ignorándome —dije, con vos firme.

—¿Por qué no? —preguntó, como si nada.

Mi pulso palpitó. Estaba por contestarle que una de las razones era que íbamos al mismo curso y la segunda que su indiferencia dolía, pero alguien me lo impidió.

Julieta. —Buen día, Sebastián —le dijo, sonriendo seductoramente. Luego, la expresión en su rostro cambió cuando me miró a mí. Me observó de arriba a abajo y me saludó por obligación. Después, me dio la espalda y su atención se focalizó por completo en Sebastián.

Me quedé parada ahí, con las palabras atravesadas en la garganta observando como ella se interponía en los dos. Podría haber dado media vuelta e irme, pero mis piernas parecían no querer funcionar.

—¡Mía! —La voz de Ángela me llamó. Mi mirada se dirigió una vez más a Sebastián. Sus ojos me observaron con pesar, pero inmediatamente se tornaron fríos.

No supe cómo sentirme. Si miserable por no poder hablar con él de la forma en que Julieta lo hacía o si enfadada por su actitud contradictoria.

— ¿Mía? —Llamó Ángela, de nuevo. —¡Mía, estás sorda! —se burló mientras tomaba mi brazo y me jalaba por el pasillo. Le agradecí que me hubiera sacado de esa situación y forcé una sonrisa.

—Oh, esa chica es un asco. ¿Tiene que ser tan insistente? Es decir, ¿no se da cuenta del papel patético que está haciendo? —dijo en voz molesta, mientras nos acercábamos al resto del grupo.

No respondí. Me sentía igual de patética.

Carla, Julián y Matías parecieron no notar mi consternación. La nieve que tenían sobre el pelo se derretía sobre las camperas y los tres se reían animosamente, como si estuviesen disfrutando del clima.

—Hola, Mía —me saludo Julián risueño —¿Cómo estás?

Fruncí los labios. —Bien —dije, intentando sonreír.

—Ésta es tu primera nevada, ¿no cierto? —preguntó Carla.

Tomé aire intentando reprimir una mueca. ¿Acaso no había otro tema sobre el que hablar que no fuese el maldito clima? —Sí, nunca antes había visto nevar —dije, intentando sonar amable.

Ángela se sobresaltó. —Eso es genial. Tenemos tanto que mostrarte. Deberíamos ir al cerro, a esquiar —dijo, sin ocultar la emoción en su voz y todos parecieron entusiasmados con la idea.

Antes de ingresar al aula, noté a Sebastián caminando por el pasillo en nuestra dirección, escoltado por su hermana esta vez. Notó mi mirada, pero prefirió ignorarme y me sentí aun peor.

La mañana pasó lenta y las clases me parecieron más abrumantes que lo habitual. Para la hora del almuerzo, me encontraba agobiada mentalmente.

—¡Aun nos queda la hora de matemáticas!—se quejó Julián, desde el otro lado de la mesa frente a Ángela y yo.

Carla rió. —¡Y recién es lunes!

—Y el clima es una mierda —añadí y todos rieron ante mi comentario. Yo solo torcí una mueca y bebí un trago de mi botella de agua.

—¡Aquí vamos de nuevo! —se quejó Ángela señalando con la vista algo en particular. Alcé la mirada para ver a Sebastián entrar por la puerta con Julieta pegada a su lado. —¿Creen que también lo persigue al baño?

Carla rió. —¡Pobre chico! No lo deja en paz ni a sol ni sombra.

—Él le habrá dado motivos para ser así —la voz de Julián resonó en mis oídos y golpeó dentro de mí porque tenía razón. Si ella se comportaba de esa forma, debía ser por algún motivo.

—Eso no le quita lo regalada.

—Solo estás celosa —se burló Julián.

—¡Claro que no! —se apresuró a decir—. Pero me molesta su actitud —se defendió y se llevó una papa frita a la boca.

Matías suspiró. —Tiene muchos problemas que hacen que actué como lo hace —su comentario llamó mi atención. Lo miré y me di cuenta que parecía preocupado.

Ángela rodó los ojos. —Si no lo sabes vos, que saliste con ella.

Abrí los ojos como platos. Definitivamente había mucho que no sabía acerca de ellos. Fruncí el ceño. Me costaba imaginar a un chico tranquilo y callado como él con alguien como Julieta.

Matías bajó la mirada hacia Carla. —Sí, lo hice, pero solo porque fui un tonto.

Carla sonrió y apretó su mano. —No eras un tonto —le dijo, dulcemente —, solo un poco ciego, y bastante lento en darte cuenta de algunas cosas.

—¡Dios! ¿Ustedes también comenzaran con las demostraciones públicas? —se quejó Ángela y todos reímos.

Por un momento, me sentí bien. Estaba feliz de pertenecer a un grupo y casi había podido olvidarme de Sebastián por unos instantes. Casi, porque su aroma era imposible de ignorar.

—¿Tenés en que irte después de clases? —me consultó Julián. Tuve que contener un suspiro porque todos los días me hacía la misma pregunta. Parecía como si su propósito en la vida era saber en qué me iba a casa después de clases.

Negué con la cabeza y pareció feliz con mi respuesta. —Puedo acercarte, si querés.

Se veía demasiado entusiasmado con la idea y estuve a punto de rechazar su ofrecimiento, —aunque eso significaba que debiera volver caminando —pero no lo hice. Miré de refilón hacia mi costado.

Sebastián se encontraba sentado en la mesa de la esquina junto a Esmeralda. Julieta ya se había resignado y ahora estaba en la mesa de al lado, conversando con otras chicas. Sus ojos oscuros me miraron con un brillo posesivo y por primera vez desde que lo conocía, me sentí poderosa. Él no era tan ajeno a mi presencia como me lo quería hacer sentir. Sonreí

para mis adentros y volví la mirada a Julián.

—Está bien —respondí.

Un estruendo me sorprendió y me hizo brincar en la silla. Todos miramos sorprendidos como Sebastián se había levantado de su silla arrastrándola sonoramente contra el piso ante la mirada atónita de su hermana y de todos los estudiantes. No pareció importarle. Caminó hasta la salida y se perdió detrás de la puerta.

No supe más de él en el resto de la tarde. Esmeralda se disculpó con el profesor de matemáticas argumentando que se había tenido que retirar porque no se sentía bien, pero sabía que era una mentira. En el fondo, estaba muy enojada con él. ¿Yo tenía que mantener la compostura mientras él me ignoraba y coqueteaba con Julieta en mis narices y él hacía un berrinche cuando yo aceptaba la invitación de un amigo? ¡Por Dios! Era casi enfermizo.... además, ni siquiera tenía derecho a haberse enojado. ¡Después de todo, no éramos nada! Ni siquiera nos hablábamos, pensé con tristeza.

«Y aun así sentís como si él te perteneciera», me susurró una voz en mi cabeza.

Capítulo 5

Acercamiento

El día siguiente fue mejor... y peor.

Fue mejor porque ya no nevaba, aunque una densa nubosidad aplanaba el paisaje.... y fue peor porque Sebastián no apareció.

Solo su hermana, con su ya frecuente mirada de desprecio, concurrió a clase, aunque ahora también me miraba con recriminación. Estuve tentada a enfrentarla y defenderme —yo no tenía la culpa del carácter inestable de su hermano —, pero no era lo suficientemente valiente.

Supuse que debería sentirme aliviada con su ausencia, pero estaba lejos de estarlo. Conforme pasaban las horas, me ponía cada vez más tensa. ¿Y si ya no regresaba a clases? ¿Y si ya no lo veía de nuevo? Tan retorcida estaba mi cabeza que prefería tener su desprecio a no tener nada de él en absoluto.

Cuando al fin concluyeron las clases, me apresuré a salir de la escuela y comencé a caminar a toda prisa hacia la salida. Tenía la tonta esperanza de encontrarlo en el bosque, como la primera vez, sin embargo, Julián y Ángela me interceptaron antes de cruzar la entrada. Como los tres vivíamos en la misma dirección, habíamos adquirido la costumbre de regresar caminando juntos. Me gustaba tener compañía, pero el día de hoy mi humor no era el mejor y me costó participar en la conversación que versaba sobre un campamento que estaban organizando. Yo solo me enfoqué en sonreír y asentir a lo que fuese estuvieran diciendo.

Mientras caminábamos, el flamante Audi de alta gama que conducía el hermano mayor de Sebastián nos cruzó a toda velocidad. Lo seguí con la vista hasta que se perdió tras la curva. A mi lado, Ángela suspiró.

—Ser tan lindos y tener tanta plata al mismo tiempo es injusto—comentó con gracia.

—La vida es injusta —exclamé, con la vista aun fija en el horizonte.

—El dinero no hace la felicidad —añadió Julián, en un tono un poco hostil—. ¿Acaso parecen felices? Siempre están solos y amargados.

La forma en que habló me hizo dar cuenta de que no los veía con buenos ojos, pero su comentario me hizo reflexionar. Había mucha verdad en sus palabra aunque no podía culparlos. Después de todo, no eran igual que el resto de nosotros. Era normal que no simpatizaran con el resto; aunque

debía reconocer que tampoco se esforzaban demasiado.

—Están solos porque son reservados —Los defendió Ángela—. Yo creo que con solo tronar los dedos, todos se pelearían por incluirlos en sus grupos de amigos. Son la sensación —finalizó.

No pude evitar sonreír ante su comentario. Estaba segura de que ella sería la primera en incluirlos, si se lo permitieran.

Recorrimos algunos metros más hasta que el camino se dividía en dos. Ellos vivían en el sector opuesto al mío, así que hasta ahí compartíamos trayecto. Nos despedimos y cada uno siguió su ruta. Observé el camino de tierra frente a mí y me adentré con ansiedad. Tal vez, Sebastián me estaría esperando. Cada día, cuando regresaba caminando, deseaba lo mismo. Cada día era una decepción, pero esta vez lo deseaba con más intensidad, así que la decepción cuando llegué a casa sin cruzarlo fue peor.

El resto del día pasó de la misma manera, al igual que la semana. Limpié la casa, hice la tarea y chateé con mis amigas de Buenos Aires.

Sebastián no volvió a la escuela. Todos los días esperaba con ansiedad hasta que sus hermanos estacionaban su lujoso auto y se bajaban, solo para sentirme miserable cuando él no llegaba. Intenté no pensar demasiado en las razones de su ausencia, pero no conseguía reprimir del todo la preocupación.

Cuando llegó el viernes ya me había resignado a no verlo.

Ni bien llegué a la escuela, me encontré con Ángela que me estaba esperando en la entrada, junto a los demás. Estaban charlando alegremente sobre un acontecimiento que al parecer tenía lugar el primer fin de semana luego de la primer nevada. Era una costumbre entre los jóvenes locales, me explicaron.

El primer sábado después de la primer nevada, los adolescentes del lugar se reunían en un claro en el bosque y acampaban en la nieve. El ritual consistía en pasar la noche en el frío del bosque, para "curtirse". Hacían fogata y se mantenían despiertos, charlando y dándose aliento para soportar el clima. Había ganadores y "desertados", que no toleraban el frío y abandonaban el campamento. Parecían realmente entusiasmados, pero yo me mantuve callada. Esperaba poder inventar alguna excusa para no tener que pasar por la experiencia.

Por puro hábito, eché una ojeada hacia el estacionamiento. Entonces, mi corazón dio un salto. Al lado del Audi conducido por Damián, se estacionaba otro igual de lujoso. Contuve la respiración mientras

Sebastián se bajaba de éste.

Me quedé observándolo como una boba. La sangre en mis venas parecía haber vuelto a cobrar vida. Me hubiese quedado ahí, parada, mirándolo embelesada, pero Ángela me tomó de brazo.

—¡Eh! Mía, vamos. Ya va a tocar el timbre.

Sacudí la cabeza para reconectarme y los seguí hasta el aula. Me senté en mi lugar y clavé la vista en la puerta, esperando su ingreso. Sus ojos centellaron cuando se encontraron con los míos.

Llevaba el pelo húmedo y despeinado y su deslumbrante rostro tenía una expresión más blanda. Esta vez, una leve sonrisa curvó sus labios cuando notó mi mirada. Todo mi rostro quemó mientras la confusión me invadió. ¿Había sido mi imaginación o algo había cambiado en su expresión? Su habitual mirada de desprecio ya no estaba allí. Pasó a mi lado y me saludó.

—Hola, Mía —dijo con una leve sonrisa.

Su voz nunca me había sonado más hermosa, pero en mi estado de asombro por su nueva actitud, no fui capaz de responder. Solo lo miré con la boca abierta, literalmente. Los demás me miraban a mí, sorprendidos. Esmeralda ni siquiera se molestó en mirarme y Julieta casi sufrió un colapso. Si no hubiese estado tan anonadada por la situación, me hubiese reído.

Ni bien Sebastián sobrepasó mi asiento, Ángela y Carla, que se sentaban frente a mí, giraron sus cuerpos en una imitación perfecta de «El exorcista» y se abalanzaron sobre mi banco. Las expresiones en su rostro eran emoción pura. Yo continuaba absorta.

El timbre que indicaba el inicio de clases sonó y la profesora de biología ingresó al aula obligándonos a todos a guardar la compostura. Por suerte, la clase versó sobre un tema que ya había estudiado en mi antiguo colegio, así que mi falta de concentración no me afectaría. Mi cabeza solo tenía lugar para pensar en Sebastián y en la forma cálida con que me había mirado. Ahora solo me restaba esperar con ansias la hora del recreo para intentar hablar con él.

Cuando el timbre sonó, salté en mi asiento. Nada se interpondría en mi objetivo, nada, solo...Julián, que había inclinado sobre mi banco para hablarme. Tuve que contener las ganas de gritare que se corriera.

—¿Querés que te compre algo en la cafetería? —se ofreció.

Negué con la cabeza. —No, gracias.

—¿Segura? —insistió.

Iba a tener que hacer algo con él. Me halagaba con su atención, sin embargo, yo no le correspondía y no quería generar alguna esperanza en él. No iba a ser fácil. La delicadeza resultaba fundamental, especialmente porque compartiríamos el mismo aula y grupo de amigos el resto del año, aunque la sutileza no era una de mis cualidades y la falta de experiencia a la hora de tratar con chicos tampoco era un factor a mi favor.

—Solo es el recreo corto. Prefiero esperar a la hora del almuerzo.

Sebastián pasó a nuestro lado con un andar demasiado tranquilo. Sonrió de lado ante mi expresión de frustración y salió del aula con aire animado. Quise patear y casi solté un gruñido, pero me contuve. Suspiré hondo y me resigné. Si había esperado una semana entera para hablar con él, podría aguantar algunas horas más, me consolé.

El primer receso era de solo quince minutos, así que nos quedamos en un banco del pasillo, cerca del aula. Busqué con la mirada a Sebastián por todas partes, pero no lo pude encontrar. Finalmente, me rendí y decidí concentrarme en la charla que estaba ocurriendo a mi alrededor.

La siguiente clase transcurrió de la misma forma. Yo sin poder concentrarme para nada en la explicación del profesor de Filosofía e Historia.

—Y bien, señorita Suarez, ¿qué opina?

La pregunta del profesor me tomó por sorpresa, haciéndome estremecer. No esperó que le respondiera, así que supuse que su pregunta había sido solo un llamado de atención.

—Lo que estaba diciendo es que la historia se puede analizar como una construcción de relatos acerca de la realidad. La historia de nuestros antepasados, de nuestro pueblo, se puede considerar como una interpretación subjetiva de los hechos. ¿Quién puede asegurar que lo que leemos en los libros de Historia ocurrió de esa forma verdaderamente? Toda interpretación expone los hechos bajo una perspectiva individual, que aunque tiene su origen en un acontecimiento real, estará influenciado por la manera de ver y pensar de quien lo describe.

—Así que la historia es una mentira —comentó alguien en el fondo.

—No. Lo que quiero decir es que de acontecimiento o de un período histórico, existen varias interpretaciones. Por ejemplo, sin ir más lejos, la historia de nuestro pueblo está llena de relatos sobre su origen, o sobre el

origen de los elementos naturales que nos rodean. Todos ellos basados en acontecimientos reales, pero cuyo acomodamiento a los hechos y cuya perspectiva los hace diferentes a aquellos que leemos en los manuales que estudiamos aquí dentro del aula.

—¿Entonces qué historia debemos creer? —preguntó otra chica.

—No seas tonta, es obvio que la de los manuales.

El profesor se sentó sobre el escritorio. —¿Por qué pensás eso? —quiso saber.

El alumno rodó los ojos. —Porque es lo más lógico. Nadie puede creer que los relatos fantásticos que cuentan los ancianos sean verdaderos —explicó el chico.

—¿Por qué no? —la voz de Sebastián resonó dentro del aula.

—Porque nadie puede creer que un hada se haya enamorado de un humano y que cuando se besaron los dos se hayan convertido en piedra —ironizó Julián, el único suficientemente valiente como para hacerle frente a Sebastián, haciendo referencia a la leyenda de una roca que se encontraba cerca de la entrada del pueblo cuya forma había dado origen al mito.

—Tal vez, es una interpretación de lo que pasó —le respondió Sebastián, encogiéndose de hombros.

—¿Y qué se supone que pudo haber pasado? —lo desafió Julián.

—¡Qué maravilloso! —interrumpió el profesor —¡Qué gran idea! Para la próxima clase, todos buscarán una leyenda local e investigarán al respecto. ¿Qué hechos influyeron en la construcción de relato? ¿Qué pudo haber pasado? —finalizó, al mismo tiempo que sonaba el timbre que indicaba la hora del almuerzo.

Todos emitieron un sonoro descontento y miraron a Julián con reproche. Sebastián solo se acomodó en su asiento, disfrutando de lo acontecido. Nadie se atrevió a mirarlo de mal modo si bien también había formado parte de la discusión.

La cafetería de la escuela estaba inundada por el delicioso olor a pizza recién hecha, pero por alguna extraña razón, no tenía hambre. Nos ubicamos en nuestro típico lugar, la misma mesa de siempre. Por instinto, busqué a Sebastián. No era difícil saber dónde estaba. El rastro de su aroma era demasiado perceptible para mí. Lo ubiqué sentado juntos con sus hermanos, pero con la mirada perdida en algún punto del patio y

no pude evitar preguntarme qué lo preocupaba.

—¡Eh! Mía —me llamó, Ángela interponiéndose en mi radio visual. La miré confundida —. ¿De qué querés tu pizza? —preguntó

Sacudí la cabeza para reincorporarme —Eh... solo con queso —murmuré, sacando un billete arrollado del bolsillo de mi pollera.

Ángela lo tomó y se alejó con sus típicos movimientos gráciles mientras los demás aguardamos. Carla se sentó a mi lado para retomar su explicación sobre el campamento de este año mientras Julián la interrumpía para contarme alguna que otra anécdota graciosa de años anteriores. Intenté lucir interesada, pero por mucho que me esforzaba no lograba desconectar mi mente de la presencia de Sebastián.

Ángela regresó con nuestros pedidos a los cinco minutos. Le agradecí y me moví para hacerle un lugar en el banco.

La mayor parte del tiempo, jugué con la porción de pizza en las manos esforzándome por ignorar esa extraña fuerza interna que me jalaba hacia la mesa del fondo. Inspiré hondo. Era embriagador, casi adictivo.

Incliné levemente la cabeza. Me sorprendí al ver al profesor de Filosofía conversando animadamente con ellos. Seguramente, había quedado muy entusiasmado con la tarea que nos había asignado. La expresión en el rostro de Sebastián se veía relajada y lucía endemoniadamente sexi.

—Deja de babear sobre tu pizza —me susurró Ángela, lanzando una risita por su propia broma.

—No estaba babeando —me defendí.

Me guiñó un ojo y se encogió de hombros. —Eres pésima disimulando —se rió.

Llené mi boca con otro bocado e intenté fingir que me interesaba en la conversación.

—Ahora él te está mirando —Ángela me dio un codazo en el costado.

Inmediatamente, los ojos de Julián salieron disparado en su dirección. Se veía molesto y mantuvo la vista fija durante unos segundos.

Eché un vistazo rápido y nuestras miradas se cruzaron. —¡No lo puedo creer! —exclamó Carla, emocionada —Creo que le gustás —finalizó.

La miré incrédula.

—Creéme soy muy buena en estas cosas. Esa mirada no era una mirada común —añadió, argumentando su punto.

Torcí un gesto.

—Es un tipo raro —comentó con cierto recelo en la voz Julián.

—¿Celoso? —le respondió burlona y Julián se puso colorado como un tomate.

Ángela rió con ganas y me dio una patadita por debajo de la mesa. Por suerte, Matías interfirió, cambiando de tema.

—Así que, ¿cuándo vamos a comprar las provisiones para el campamento? —preguntó.

Ángela se sobresaltó. —¡Es verdad! Aun no hemos comprado nada.

—¿Qué les parece esta tarde después de clase? —sugirió Carla.

Los tres asintieron de inmediato y se mostraron muy entusiasmados al respecto, pero por mi parte, permanecí en silencio. —¡Excelente!
—respondió mi compañera y luego se giró hacia mí —¿Podés verdad?

—Eh, yo... no pensaba ir al campamento —dije, casi en un susurro.

Todos me miraron sorprendidos. —¡Cómo que no iras! —Ángela exclamó, casi en un grito.

—Yo...le prometí a mi tía que la ayudaría con unas cosas de la casa —mentí.

—¡Pero es la tradición!

—Estoy segura que la pasarán mejor sin mí. Creéme, odio el frío y seguramente me la pasaría protestando.

Ángela frunció los labios y torció un gesto. —No será lo mismo sin vos —se quejó.

—Seguramente habrá otros campamentos —minimicé.

—¡Pero éste es el importante!

—¡Ángela, deja tranquila a la pobre chica! —la retó Matías y me miró con expresión suave —. Es su primer año acá, además es obvio que le está

costando adaptarse al clima —me defendió.

Entonces, la mirada de los demás se tornó en preocupación. —Es verdad —exclamó Carla —¡Te ves tan pálida! ¿Te estás sintiendo bien?

—Tiene razón, no te ves muy saludable —añadió Ángela.

—De verdad, estoy bien —respondí —.Es solo la falta de sol. Ya me acostumbraré.

Por suerte, parecieron conformarse con mi explicación. La verdad era que no estaba durmiendo bien de noche y por eso me estaba sintiendo un poco más cansada de lo habitual, pero no lo comentaría con el grupo.

Mientras volvíamos al aula, Julián permaneció callado y procuraba caminar a mi lado. Incluso, me acompañó hasta que me senté en mi pupitre. El aspecto nervioso de su rostro era una mala señal. Tragué saliva y aguardé.

Era consciente de que Sebastián tenía los ojos en nosotros. No sabía cómo, pero podía sentir sus ojos en mi espalda.

—¿No existe alguna posibilidad de que cambies de parecer con respecto al campamento? De verdad, me gustaría que vayas.

Me tomé un momento de respiro. —No, lo siento —respondí con cautela.

Me miró decepcionado y se dio la vuelta para volver a su asiento. Cerré los ojos y me froté las sienes con los dedos. No quería ser grosera con él porque era agradable, pero tampoco quería alentar sus intenciones.

Miré a través de las ventanas. La copa de los árboles se inclinaban levemente y el cielo gris entristecía todo el paisaje montañoso. No entendía como los adolescentes de la zona podían encontrar motivos para hacer planes de reuniones en días así y mucho menos para acampar en el medio del bosque!

El profesor de Geografía entró y todos nos paramos a saludarlo.

—Buenos días —dijo, mostrándose contento —.Hoy vamos a trabajar con material de la biblioteca así que voy a necesitar que dos de ustedes vayan a buscar estos libros —finalizó, agitando una hoja en su mano.

Repasó el aula con la vista hasta que su mirada se posó en mí. Un nudo se formó en mi estómago. —Alguien que acompañe a Mía así la ayudan —dijo al tiempo que se acercaba para dejar la hoja sobre mi pupitre.

Por el raballo del ojo vi como Julián comenzaba a levantarse de su asiento, sin embargo, algo lo detuvo.

—Yo la acompañaré —La voz de Sebastián puso todo mi cuerpo en alerta.

—Muy bien —dijo el profesor—. Intenten no demorar más de la cuenta. Voy a estar contando los minutos —amenazó y ambos asentimos.

Sintiendo todo el peso de la gravedad sobre mi cuerpo, me levanté de mi asiento y comencé a caminar hacia la salida. Una familiar mezcla de adrenalina y ansiedad comenzó a propagarse por mis venas.

Sebastián caminó frente a mí y abrió la puerta permitiéndome el paso. Torcí una mueca ante su gesto caballeresco.

Ni bien ingresamos al pasillo, dirigí mi mirada hacia él y lo observé con el ceño fruncido —Tranquila, vengo en son de paz —dijo, con un tono de voz suave al que no estaba acostumbrada.

Lo miré desconfiada. —Así que ahora decidiste ser amable conmigo y hablarme —murmuré.

—Sí, puede ser —dijo, sin borrar la sonrisa soberbia de su rostro.

—¿Durante cuánto tiempo? —Mi voz sonaba a reproche.

Rió. —Lo siento. Sé que estuve mal la última vez.

Sonaba sincero. —¿Por qué te ofreciste a acompañarme? —indagué.

—No me agrada el profesor —respondió, encogiéndose de hombros—. Así que pensé que sería una buena posibilidad para escaparme un rato de su clase.

Sentí un pinchazo de dolor. —¿Así que preferís pasar tiempo conmigo antes que estar en su clase?

Se rió de forma suave y encantadora. —En cierta forma.

Lo miré ofendida. No me agradaba que ese fuera el único motivo detrás de su ofrecimiento. —Al menos podrías fingir que lo hiciste por cortesía —dije, sonando evidentemente molesta.

—También lo hice para evitar que tu enamorado te acompañara —dijo y me detuve en seco.

—Julián no es mi enamorado —me apresuré a responder.

No sabía por qué necesitaba aclararle eso. Podría haberle mentado, pero algo en mí quería que supiese que no estaba interesada en él.

—Mejor así —Fue su respuesta.

Continué caminando, así que tuve que apresurarme por alcanzarlo.

—¿Por qué me estuviste evitando todo este tiempo? —le pregunté una vez que estuve a su lado.

—Simplemente, consideré que era lo mejor —El tono de su voz era casual.

—Y ahora ya no pensás lo mismo —No era una pregunta.

Dudó por un instante. —Algo así.

—¿Y a qué se debe tu cambio de parecer?

Se encogió de hombros. —No pienso marcharme a ninguna otra parte por algún tiempo, así que, inevitablemente, seguiremos cruzándonos.

Esperé a que dijera algo más, pero los segundos transcurrieron sin que volviese a hablar. Finalmente, le indiqué:

—Creo que es una buena deducción.

—Bueno —hizo una pausa y las siguientes palabras salieron de forma precipitada—, no creo que sea «buena», pero sí es ineludible. Me harté de pelear conmigo mismo... luchar contra las cosas que no puedes evitar resulta ser demasiado agobiante.

Sus palabras no tenían mucho sentido para mí, así que lo observé confusa. En respuesta, sonrió pícaro.

—En resumen, he decidido dejar de luchar contra la corriente.

Hice una mueca y ladeé la cabeza para mirarlo de reojo. Inmediatamente, recordé la expresión de Esmeralda mientras nos observaba salir del aula. Su mirada no parecía tan dura ni hostil, pero aun así me observaba con desconfianza.

—Tu hermana no está de acuerdo, ¿o sí? —consulté, sin poder evitarlo.

—Es solo que... no se fía de vos — Se encogió de hombros.

—Ni que fuese a matarla —Intenté hacer un chiste, pero algo en su rostro destelló, como si lo que hubiese dicho no fuera tan alocado como pensaba.

Esperé en silencio, aguardando su contestación, pero nunca llegó. Enojada ante su repentino cambio de humor, desvié la mirada. Gracias a Dios, llegamos a la biblioteca. Levanté la hoja que tenía en mis manos y comencé a buscar los libros que se enlistaban.

Sebastián simplemente quedó parado en su lugar, observándome. Lo miré con violencia. —Al menos me podrías ayudar, ¿no? Se supone que a eso viniste.

—Podría —dijo —, pero no me has mostrado la lista —El tono de su voz era burlón y mientras hablaba, se cruzó de brazos.

Me sentí una tonta. Solté un suspiro avergonzada y me acerqué hasta su lugar para extenderle la hoja. Sebastián la tomó con una de sus manos y leyó en silencio.

—Por acá —Indicó y caminó hasta una enorme estantería a la izquierda.

Cuando estuvimos frente a la enorme pila de libros, comenzó a retirar los que estaban anotados en la lista y los apoyó sobre una pequeña mesa a un costado. Luego, los tomó entre sus brazos para regresar al aula.

—También puedo llevar algunos —me ofrecí.

—Tranquila, puedo con esto—me respondió risueño.

Caminamos en silencio por algunos segundos, así que solo podía mirar a Sebastián y respirar su aroma embriagador mientras me esforzaba por no recostarme más cerca de su cuerpo.

—¿Por qué no iras al campamento? —preguntó, rompiendo el desagradable silencio.

Su inesperada pregunta me dejó muda por un segundo. —La idea de pasar la noche afuera en el frío no me agrada demasiado—comenté sin importancia.

—¿Pero no es lo que hacen todos los adolescentes aquí?—dijo mirándome divertido y curioso.

—Como te habrás dado cuenta, no soy como el resto —dije, soltando un

suspiro. Era verdad. Cada vez estaba más segura de esa afirmación.

—No, no lo sos —dijo, entre serio y risueño, una combinación que nunca antes hubiese creído posible.

Me mordí el labio inferior. —¿Vos irás? —consulté, esforzándome por seguir conversando con él.

Soltó una risa airosa. —No creo que vayan a invitarme. No suelo... socializar con el resto de las personas —dijo.

—Y entonces, ¿para qué venís a la escuela? —le consulté, desafiante. Me devolvió la mirada intrigado. —No creo que sea muy difícil para «ustedes» —señalé haciendo comillas con los dedos —saltearse las obligaciones humanas.

—¿Por qué lo dices?

Lo miré con expresión obvia. —Pueden andar sin ser vistos. Nadie notaría si vienen o no a la escuela.

Por algún motivo que no pude alcanzar a comprender, la expresión en su rostro pareció encontrar mi deducción fascinante. —No es tan sencillo. ¿Sabes la cantidad de energía que se requiere para hacerlo?

—Evidentemente no lo sé.

—Muchas. Es realmente agotador —explicó, encogiéndose de hombros. Hizo una pequeña pausa antes de continuar.

—Aún así.

—En realidad, había un propósito detrás de todo eso —explicó y sus ojos me observaron profundos—, aunque supongo que ahora eso ya no tiene importancia.

Algo dentro de mi se estremeció. —¿Qué querés decir? ¿Ya no vendrán más?

Se encogió de hombros. —Es una posibilidad.

—¿Es por mí? —mi voz tembló.

—Todo es por tí —dijo sincero.

Quería seguir hablando con él, pero ya habíamos llagado al aula y nuestra conversación se vio interrumpida por el Sr. López, que nos daba la bienvenida de regreso y nos pedía que dejemos los libros sobre su

escritorio.

De mala gana, regresé a mi lugar deseando haber tenido más tiempo. Mi mente, ahora estaba formulando mil preguntas por minuto. ¿Qué eran? ¿Qué asuntos tenían para resolver? ¿Por qué mi presencia había arruinado sus planes?

El resto de la clase siguió sin grandes emociones. Tuvimos que responder un cuestionario buscando información en los libros que habíamos traído y cuando el timbre finalmente sonó, comenzamos a guardar las carpetas. Lentamente, el aula se comenzó a vaciar.

Mientras tomaba mi mochila, noté que Damián y Esmeralda estaban mirando en mi dirección. Por un momento, me sentí cohibida y tuve que bajar la mirada al piso. Entonces, Sebastián se sumó a ellos y los tres comenzaron a caminar hasta la salida.

Los seguí con la mirada. Antes de cruzar la puerta, Sebastián se volteó y me saludó con una inclinación de cabeza. Le sonreí en respuesta mientras intentaba reponerme a tiempo de las emociones que revoloteaban en mi estómago y lo observé perderse en el pasillo.

— ¡Guau! —exclamó Ángela con la expresión llena de emoción en su rostro—. ¡No puedo creer que Sebastián se haya ofrecido para acompañarte!

Intenté no mostrarme igual de emocionada. —Creo que solo quería escaparse de la clase.

Ángela no estuvo de acuerdo. —Mmm, no lo sé. Yo creo que le gustás —concluyó.

Me mordí el labio y terminé de guardar mis cosas. Las tres nos dirigimos a los casilleros por nuestros abrigos.

Los chicos se nos alcanzaron a mitad de camino. Matías deslizó la mano detrás de los hombros de Carla y gentilmente la apretó contra él.

—¿Nos acompañarás a comprar las cosas para el campamento? —me invitó —Iremos en mi auto.

—No, lo siento, ya hice un compromiso con mi tía para esta tarde —Volví a mentir.

—¡Qué lástima! —expresó Ángela.

Me mordí el labio. —Aun tenemos cosas para arreglar en la casa y me

sentiría mal dejándola sola con todo —justifiqué mi decisión.

Me sentí fatal. Habían sido muy amables conmigo. Me habían integrado a su grupo desde el primer día. No quería que se ofendieran, pero en cierta forma, no estaba mintiendo. Aun nos quedaba organizar el sótano y las cajas del garage.

—¿Tenés en qué irte? —Julián murmuró, con cierta cautela.

Observé el cielo a travez de los ventanales. Estaba gris, pero no llovía.

—Iré camimando, no te preocupes. —traté de sonar amable.

Julián no emitió ningún comentario, pero me miraba como si fuese un cachorrito lastimado.

—Bien, nos vemos el lunes entonces —Se despidió, dándonos la espalda y comenzando a caminar hacia la salida. Sonaba molesto y herido.

Ángela se me acercó y me habló despacio. —No te preocupes, ya se le va a pasar —dijo, para tranquilizarme. —Tarde o temprano tendrá que aceptar que no estás interesada. Además, ya se estaba poniendo un poco denso —finalizó, guiñándome un ojo.

Luego, me abrazó para despedirse. —Por esta vez, te dejo pasar que no quieras acompañarnos. Para la próxima, piensa una excusa mejor.

Le sonreí. Era una buena amiga.

Abrí mi casillero y saqué la campera y la bufanda que había guardado. Luego, guardé los libros que no necesitaba llevar a casa para aliviar el peso en la mochila. Finalmente, estaba lista para irme, pero me sobresalté al notar la presencia de Julieta a mi lado. Estaba parada a escasos centímetros de mí, con los brazos cruzados sobre su pecho en posición defensiva.

—Dios, ¡me asustaste! —le dije, mientras tomaba mi mochila y la colgaba por encima del hombro. Esperé un segundo a que dijera algo. Cualquier cosa, pero no lo hizo, solo se dedicó a observarme con cierto aire de superioridad. —¿Necesitás algo? —Volví a decir, sin molestarme por sonar amable esta vez.

Me miró de pies a cabeza y luego arrugó la frente —Te voy a dar un consejo —Fruncí el ceño —. Mantenéte alejada de Sebastián y no te hagás ilusiones. Sos solo la chica nueva, por eso mostró interés.

Mi primer reacción fue fruncir la frente, sorprendida, pero después caí en

cuenta del tono amenazante en su voz y me molesté.

—Y ¿qué te hizo pensar que estabas en la obligación de advertirme? — pregunté irritada.

Me miró despectivamente —Solo hago mi buena acción del día.

—Bueno, agradezco tu preocupación, pero no la necesito. Soy muy capaz de formar mis propias opiniones sobre las personas —respondí de forma tajante.

La expresión de la rubia se contrajo de furia ante mi contestación. Abrió la boca, pero sus pocas neuronas no le debieron permitir formular ningún insulto lo suficientemente bueno como para herirme, así que se giró sobre sus talones y se fue caminando con pasos acelerados hasta la salida.

—No le hagás caso —La voz a mi espalda me tomó por sorpresa, sin embargo, la reconocí de inmediato.

—¡No vuelvas a hacer eso! —casi grité, frustrada.

—¿Hacer qué? —me preguntó, fingiendo inocencia en su rostro.

—Aparecer de la nada y asustarme —gruñí, pero él pareció encontrar mi enojo divertido.

No me molestaba que me hablase, muchos menos que se acercara. De hecho, estaba feliz de que lo hiciera, pero las palabras de Julieta picaban dentro de mi cerebro y no pude evitar que un sentimiento muy parecido a los celos emergiera dentro de mí.

—Perdón, intentaré no volver a hacerlo —se disculpó.

Asentí y me apresuré a cerrarme la campera. El cierre falló y tuve que soltar un bufido. Nada me estaba saliendo bien.

Sebastián sonrió. Lavanté la vista y noté que me miraba extraño. —¿Por qué me ves de esa forma?

—Lo siento, ¿te incomodé? Es que me gusta la expresión de tu rostro cuando te frustras. Te ves...linda.

Todo mi cuerpo se tensó. Con la esperanza de que no se diera cuenta de la reacción en mi cuerpo, tomé una respiración profunda e intenté no mostrarme afectada.

—No deberías decirme que soy linda. Es un insulto viniendo de vos.

Frunció el ceño y me estudió divertido. —¿Cómo podés tomar un alago por un insulto? —El tono de su voz era tranquilo.

Estuve a punto de decirle que había visto la clase de chicas con las que salía. Rubias, altas, curvilíneas. Yo no era así, pero la mueca en sus labios me hizo darme cuenta de que se estaba divirtiendo con todo esto. No iba a permitirle divertirse a costillas mías.

—¡Agh! Olvidalo —escupí y caminé hasta la salida rezando que mis pies no me fallaran.

Al llegar a la puerta, el cielo estaba cubierto y algunas finas gotas de llovizna salpicaban el suelo. No era fuerte como para mojarme, pero era muy molesta. Suspiré desilusionada. Ahora el ofrecimiento de Julián me hubiese venido muy bien.

Resignada, me cubrí la cabeza con la capucha y me aventuré sobre el camino resbaloso. Sin embargo, no había hecho ni dos pasos cuando alguien me agarró de la tela del abrigo y me hizo retroceder.

— ¿A dónde vas? —preguntó.

Pestañé dos veces. Sebastián estaba del otro lado del brazo mirándome serio. La expresión juguetona de su rostro ahora había vuelto a desaparecer. —Me voy a casa —exclamé en tono firme.

— Vamos, te llevo —Se ofreció.

— No gracias, puedo caminar —Le respondí. Hubiese querido ir, en el fondo deseaba hacerlo, pero mi tonto orgullo no me lo permitía —No quiero ocasionarte problemas con tu novia.

—No es mi novia —exclamó, y no pude evitar sentirme aliviada.

—Sonaba como si lo fuese —insistí, parándome firme.

Estaba haciendo un escándalo sin motivos, pero no me podía contener. Me analizó durante unos segundos. —Cuando te lo proponés, le haces justicia a los de tu tipo —comentó en tono molesto y ofendido. Lo miré con el ceño fruncido. No tenía idea a qué se había referido con las de mi tipo. ¿Humanas? ¿Chicas sin poderes sobrenaturales como él? Soltó un suspiro y, finalmente, negó con la cabeza. —Bien, andáte caminando. De todos modos, es mejor así.

Se giró y comenzó a caminar en dirección al estacionamiento. Sus últimas palabras dieron vueltas en mi cabeza. ¿A qué se refería con que era mejor

así? ¿Acaso volvería a mostrarse distante?

Sentí un retortijón en el estómago y lo observé alejarse. Sus hermanos aguardaban dentro del otro vehículo. Se detuvo al lado de la puerta del conductor e intercambió unas palabras con ellos. Desde mi punto de vista, no parecían ser palabras del todo agradables. Damián me dirigió una gélida mirada antes de encender el motor y poner reversa.

Intenté mantener la mirada fija en el piso cuando pasaron frente a mí, pero estaba segura que de haber podido, me hubiesen atropellado.

Finalmente, decidí que, si quería respuestas, tenía que comenzar a buscarlas y no estaba dispuesta a dejar que Sebastián volviese a ignorarme como antes.

Caminé con pasos acelerados hasta su flamante auto y golpeé la ventanilla del copiloto con el revés de mi mano. Bajó el cristal y se inclinó sobre el volante para observarme con expresión burlona.

—¿Cambiaste de opinión? —Me preguntó burlón.

Me crucé de brazos. —Así parece —dije, encogiéndome de hombros.

La boca de Sebastián se curvó en una sonrisa. — Subí, está abierto.

—Lamento haberte hablado mal—me disculpé. Había querido que fuese él quien comenzara la charla, pero mi ansiedad me superó.

—Disculpas aceptadas —respondió, sonriendo.

Tuve que soltar un suspiro. —Es que Julieta me abordó desprevenida. Mi humor no es el mejor cuando me toman por sorpresa —aclaré encogiéndome de hombros.

—En serio, no le hagas caso. Solo se siente un poco celosa de ti —expresó mirándome de reojo.

—No veo en qué. Nunca podría competir con una chica como ella —No pude evitar que mi voz sonara débil e insegura.

—Creo que te estás subestimando.

El tono aterciopelado de su voz hizo que toda mi piel se erizara. Quería decir algo inteligente, pero estaba segura de que tartamudearía si abría la boca, así que simplemente rodeé los ojos y busqué algo con qué concentrarme.

Entonces, observé el velocímetro y me sorprendí al darme cuenta de lo rápido que íbamos. —¡Guau! ¡No vayas tan rápido! ¿O acaso ese era tu plan? ¿Querías matarme?—dije, sosteniéndome del asiento.

Soltó una carcajada. —Si hubiese querido hacerlo, habría encontrado formas más placenteras. Lo siento —se disculpó al notar mi expresión horrorizada—. No suelo manejar seguido. Me incomoda depender de un medio de transporte para trasladarme, así que intento hacerlo lo más deprisa posible —admitió.

—Me imagino que preferís ir saltando por las ramas de los árboles —dije con sarcasmo.

—En realidad, sí —dijo, con toda sinceridad.

Mientras hablaba, siguió mirando al frente a través de la lluvia que ahora se había vuelto más densa distorcionando el paisaje. Me acomodé en el asiento y giré mi cuerpo en su dirección apoyando el codo sobre el respaldar.

—Entonces, ¿cómo lo hacés? —le pregunté curiosa y él enarcó una ceja.

—¿Qué cosa? —dijo, pretendiendo hacerse el desentendido.

Fruncí los labios —Eso... saltar en los árboles, aparecer de la nada, volverte invisible para el resto del mundo cuando querés.

—Para el resto...menos para vos— dijo arrastrando las palabras. Su humor cambió de repente y sus ojos se hicieron más inquietantes, pero intenté no sentirme intimidada.

Asentí. —Sí, eso. ¿Cómo lo hacés? —Insistí.

—No creo que deba revelarte todos mis secretos — se rió entre dientes.

Me sentí fascinada porque al parecer su humor había vuelto a cambiar.
—¿Podés mostrarme?

Mi pregunta lo tomó por sorpresa porque no pudo disimular su expresión atónita cuando dirigió su mirada hacia mí, pero inmediatamente recuperó el control—No—dijo, tajante.

Solté un bufido y me crucé de brazos en el asiento. A mi lado, Sebastián soltó una maldición.

—En serio, Mía —dijo, despacio. —Deberías olvidarlo. Estoy rompiendo muchas reglas al estar acá... con vos... ¿podrías al menos no hacerlo tan

difícil?

Había un dejo de súplica en sus palabras y por algún motivo que no llegué a comprender, algo dentro de mí se removió. Quería seguir haciéndole preguntas. ¿Qué era? ¿Qué hacía en un lugar como éste?, pero en su lugar solté un pequeño suspiro y le pregunté:

—¿Qué opinas del clima del lugar? —Sebastián casi soltó una sonora carcajada, pero la contuvo en su garganta. No era una pregunta muy ingeniosa, pero a juzgar por la insistencia de mis compañeros de clase a mencionar el tema, deduje que a los lugareños les encantaba hablar del tiempo.

—El frío está bien. Me agrada —dijo y tuve que fruncir los labios. Sonrió —.A vos no te gusta —Era una afirmación.

Negué con la cabeza mientras miraba a través de la ventanilla. —Prefiero el calor —le respondí.

—No debe ser muy fácil vivir aquí. La mayor parte del tiempo llueve y hay pocos días de sol.

—Sí, eso es lo que más extraño de Buenos Aires. No me gusta tener que andar siempre con algún abrigo encima... o con paraguas —murmuré con desgano.

—Entonces, ¿por qué te mudaste? —preguntó mostrando curiosidad.

Su pregunta me tomó desprevenida. —Larga historia —espeté soltando un suspiro.

—Tenemos tiempo —insistió y redujo considerablemente la velocidad.

Hice una larga pausa y tomé una honda bocanada de aire. Sus ojos pretendían mirar el camino, pero toda su atención estaba centrada en mi respuesta.

—Mi abuelo murió —exclamé removiéndome incómoda.

—Lo siento —dijo, sincero. Asentí.

—Está bien. Casi ni lo conocía, en realidad —Mi voz sonaba triste, pero mi tristeza no era a causa de su muerte, sino de que me había perdido la posibilidad de conocerlo mejor y saber algunas cosas más sobre mi mamá. — La cuestión es que nos dejó su cabaña y mi tía pensó que era una buena oportunidad para establecernos. Costear un alquiler en la ciudad no

es fácil.

Sebastián asintió. —Así que decidí traerte acá —conjeturó con tono atento. Solté un suspiro —.¿No te consultó tu opinión?

No entendía su repentino interés, pero el tono curioso de su voz parecía inferir que la historia de mi vida era le resultaba interesante. —Sí lo hizo. Le dije que estaba de acuerdo —expliqué.

Frunció el ceño al asimilar mi respuesta. —No parece que estés muy feliz con la decisión.

—Sí lo estoy —me apresuré a decir.

—No te ves muy feliz —señaló y me miró —. Te ves...miserable.

Eso dolió. No quería que la impresión que él tuviera de mí fuese de una chica miserable, aunque el único culpable de mi estado de ánimo durante este último tiempo había sido él.

Me encogí de hombros. —No soy buena adaptándome a nuevos entornos —respondí, sintiéndome un poco avergonzada.

Sonrió de lado. —De hecho, creo que lo vas haciendo muy bien. Ya hasta tenés un enamorado —exhibió sus dientes perfectos y blancos al sonreír.

—Ya te dije que Julián no es mi enamorado. Y en cuanto al resto, sí, se podría decir que son agradables—dije, no muy entusiasmada refiriéndome a Ángela, Carla y Carlos.

—No te ves muy contenta.

Fruncí la boca. —Ya te dije, no soy buena con eso de la socialización. Supongo que en eso nos parecemos —dije.

A mi lado, el rostro de Sebastián se contrajo. Repasé mis palabras. No había dicho nada para ofenderlo, así que no entendía sus cambios de humor. El carácter de Sebastián era de verdad irritante en cierto aspecto.

Dos minutos después, tomó la última curva que rodeaba la ladera para llegar a mi casa. A través de la ventanilla, el cielo continuaba encapotado, pero las gotas de agua comenzaron a hacerse cada vez más escasas.

Estacionó el auto frente al pequeño camino que conducía a la cabaña, pero no se aventuró a entrar los cincuenta metros que separaba mi casa del camino principal. Miré en dirección a mi casa. Las cortinas de la ventana de la sala estaban abiertas y el auto de mi tía estaba en su sitio.

Todo parecía absolutamente normal.

—¿Te puedo ver mañana de nuevo? —me aventuré a preguntar.

—No lo sé. Lo más prudente sería que intentaras mantenerte alejada, Mía
—Sus ojos poseían intensidad deliciosa cuando pronunció mi nombre. Me olvidé hasta de respirar.

—Volvemos a lo mismo —exclamé rodando los ojos — .Si querés que me aleje de vos, deberías darme al menos un motivo coherente.

—Sabés que no soy humano —pronunció. El tono de su voz se endureció.

Asentí.

—¿No es motivo suficiente?

—No, no lo es.

Soltó un suspiro. —Algún día podrías arrepentirte —deslizó.

—Puedo correr el riesgo —exclamé, encogiéndome de hombros.

Sonrió. —Solo creo que debo prevenirte. Vos y yo... no se supone que seamos amigos —me explicó. El aviso oculto detrás de sus palabras era real.

—¿Quién lo dice? —pregunté, un poco enfadada.

—Hacés demasiadas preguntas.

—No respondés ninguna —critiqué.

—Es porque considero que lo mejor es que no sepas muchas cosas —se justificó.

—Repetís eso un montón—recalqué.

—Sí, porque parece que no me escuchás.

—No lo haré hasta tener respuestas concretas —asegué con firmeza.

—Será bajo tu propio riesgo —me previno.

—Ya. Aclarado ese punto, ¿podemos ser amigos?

Su arrebatadora sonrisa se amplió y asintió. —Podríamos intentarlo

—sugirió.

Sonreí, complacida. Contemplé el paisaje a nuestro alrededor. Había una serenidad extraña. —¿Quieres bajar? —Lo invité. Quería pasar más tiempo con él.

Lo pensó por un momento, pero luego su rostro se tensó. Dejó de sonreír. —Ya he roto muchas reglas el día de hoy y mis hermanos van a estar enfadados.

—No les digas que estuviste aquí —rogué, y mi voz se quebró de forma ridícula.

—Lo sabrán de todas formas —comentó, más para sí mismo que para mí. Luego, se volteó y me miró —. Agradezco tu invitación, pero no creo que sea conveniente —dijo, mirando hacia la casa. —. Además, tienen visita —Se apresuró a aclarar.

En ese momento, noté que en sector derecho de la casa había una vieja camioneta de una sola cabina estacionada bajo uno de los árboles. Fruncí el ceño. ¿Quién podría ser? Decidí que no importaba.

—Ya no me vas a seguir evitando, ¿o sí? —Quise asegurarme.

Esbozó una amplia sonrisa y negó con la cabeza. —Debería, pero como te dije...me cansé de hacerlo —Por alguna extraña razón, su voz sonaba dolida.

—Bien, me alegro que sea así — dije, sincera sin molestarme por ocultar mi emoción al respecto.

—Realmente, no sabés lo que dices —respondió, negando con la cabeza. Sin embargo, no se mostraba molesto, ni frustrado como antes.

—Ya —Corté la conversación. No quería volver a lo mismo de antes. Sonreí con cierto pesar al despedirme —Bueno, nos vemos el lunes, entonces.

Tomé la manija de la puerta con mi mano derecha y vacilé por un instante, deseando no tener que dejarlo.

—¿Mía? —me llamó y me estremecí ante el tono diferente, serio y dubitativo en su voz. Parecía que quería decirme algo, pero se arrepintió de inmediato. —Nada, sólo espero que tengas un buen fin de semana.

Parpadeé, confundida. —Gracias —le dije y me incliné en el asiento para dejar un beso en su mejilla —Vos también —finalicé y no pude contener

una risa ante la expresión de asombro en su rostro.

Salí del auto y caminé con pasos acelerados por el sendero húmedo. Aguardó hasta que llegué a la puerta y entonces escuché el sonido del motor alejándose por el camino a mi espalda.

Cuando lo sentí lejos, tomé una respiración profunda y entré.

—¡Ya llegué! —anuncié.

Clara se sobresaltó. —Eh, él es Juan —dijo, intentando sonar calmada—. Un viejo amigo de tu abuelo. Supo que estábamos en la zona y quiso pasar a saludar.

La voz de mi tía sonaba temblorosa y si bien intentaba disimularlo, la tensión en su rostro indicaba que habían estado discutiendo.

Miré hacia el hombre sentado en una de las sillas del comedor. Era un señor bastante mayor, de unos sesenta y pico de años, pero era corpulento y fornido para su edad.—Un gusto —le dije, sin disimular mi desconcierto.

El tipo asintió, mientras me miraba fijamente, escrutando mi cara.

—Bueno, estaré en la zona por un tiempo, por si cambiás de idea.

—Juan, no —lo interrumpió. —Ya te dije. Estamos bien y no necesitamos nada.

La expresión en el rostro del hombre se endureció, pero luego soltó una sonora y ronca carcajada. —Bien, solo vine a ofrecer mis servicios —dijo y se paró.

Caminó con pasos pesados hasta la salida y tomó su sombrero cazador del perchero. Luego, hizo una reverencia con la mano y se marchó.

—Mierda —dijo mi tía mientras prendía un cigarrillo.

Me acerqué a ella con cautela —¿Quién era ese hombre? —consulté.

—Solo un antiguo conocido —murmuró.

Levanté las cejas. No me lo creía. —No se comportó solo como un antiguo conocido.

—Ya —intentó cortar el tema.

—¿Y qué servicios ofrecía? —le dije, mientras me sacaba la campera y la

colgaba en su lugar.

Mi tía me miró confundida —¿Eh?

—El hombre —expliqué—. Dijo que vino a ofrecer sus servicios.

—Ah sí, eh, plomero. Es plomero.

Fruncí los labios, pero decidí dejar el tema. Conocía a mi tía y la expresión en su rostro me decía que no debía insistir. Tomé una manzana de la bandeja que estaba en el centro de la mesa del comedor y subí lentamente las escaleras después de decirle que no tenía apetito. Clara pareció aliviada y asintió. Tal vez, temía que le hiciera más preguntas.

Una vez arriba, me encerré en el baño. No me había dado cuenta de lo tensa que había estado sino hasta que estuve desnuda bajo el chorro de la ducha y mis músculos comenzaron a relajarse.

Dejé que el agua caliente despejara mi mente aturdida. Decidí utilizar el jabón de baño líquido con aroma a lavanda que una de mis amigas de Buenos Aires me había regalado para relajarme. Me pareció una buena ocasión para estrenarlo.

Después de quince minutos, corrí la cortina y me envolví con una toalla para dirigirme nuevamente a mi habitación.

Antes de sentarme en la cama, volví a mirar a través de la ventana. La cabeza me seguía dando vueltas, pero el nudo de frustración que había sentido durante la semana ya no estaba allí y por primera vez en mucho tiempo pude dormir bien.

Capítulo 6

Revelación

A la mañana siguiente, un resplandor enceguecedor se colaba por mi ventana. Abrí los ojos sorprendida, ya que, por lo general, no solía haber tanta luz en la habitación. Me levanté de prisa y abrí la ventana para descubrir que la neblina que solía tapar el suelo y los bordes del bosque había desaparecido. En cambio, algunos manchones de nieve cubrían parte del césped y las copas de algunos los árboles.

Fruncí el ceño y contemplé la posibilidad de volver a la cama, pero todo mi cuerpo punzaba de ansiedad. Los efectos de mi nueva relación amistosa con Sebastián seguían parpadeando dentro de mí y me sentía ansiosa por tener que esperar hasta el lunes para volver a verlo.

Bajé las escaleras intentando no hacer mucho ruido porque no sabía si mi tía aún se encontraba en la casa o si ya se había ido a la tienda. Corrí la cortina de la ventana de la sala y noté que su auto no estaba.

Aun con el pijama puesto, me senté en una de las sillas del comedor con una taza de café en una mano y el celular en la otra. Tomé un sorbo de la bebida caliente y repasé mis redes sociales. Fue rápido, porque como ocurría en la vida real, tampoco tenía muchos amigos en Facebook y pronto me encontré sin nada más por hacer.

Repasé la sala. Ya hacía más de un mes que nos habíamos mudado, pero muchas cosas aun continuaban guardadas dentro de cajas que se agrupaban a un costado. Abrí un paquete de galletitas para engañar a mi estómago y arrastré los pies hasta la pila de cajas sin abrir. Leí las escrituras de fibrón hasta que encontré el que decía «libros y cds». La abrí y comencé a sacar el contenido del interior y a apilarlo en el suelo.

Un libro en particular llamó mi atención. Crepúsculo. Lo tomé entre mis manos y lo hojeé con rapidez. Lo sostuve durante varios segundos. ¿Podría ser posible? Muchas cosas encajaban. El clima del lugar, las habilidades extraordinarias de Sebastián... aunque no entendía muy bien cual era mi papel en la historia, porque la protagonista de esa historia no podía ver fantasmas como yo. Mordí mi labio inferior y negué con la cabeza ante lo disparatado de mis pensamientos.

Dejé el libro en el piso mientras sentía como una aplastante turbación me recorría las venas de cuerpo. ¡Todo aquello era tan estúpido! Estaba sentada en el suelo de la sala imaginándome una tonta historia sobre vampiros. Me sentí estúpida y ridícula.

Decidida a no continuar haciendo especulaciones, me dije que la respuesta a la mayoría de mis interrogantes no estaba dentro de estos libros. Debería encontrar la forma de persuadir a Sebastián para que comenzara a revelarme algunas verdades.

Me lavanté y sacudí las migas del pantalón. La casa estaba silenciosa, pero afuera se escuchaba el trinar de algunas aves. Sonaba como una invitación. Decidí que era una linda mañana para recorrer el bosque húmedo que me rodeaba y comenzar a amigarme con el clima patagónico.

Subí a mi habitación, me vestí con ropa cómoda y me calcé las botas. Luego, tomé el abrigo y salí por la puerta del fondo pisando fuerte.

Estaba soleado y los rayos de claridad picaron mis ojos cuando crucé la puerta. Tomé una respiración honda y comencé a caminar hacia el sur, cruzando el patio trasero de la cabaña en dirección al bosque.

Si tenía suerte, tal vez incluso lo encontraría. Sebastián era amante del bosque, lo sabía, así que mis probabilidades eran buenas, me alenté a mi misma.

No había dado muchos pasos antes de que me hubiera adentrado lo suficiente para que la casa desapareciera de mi campo de visión y la vegetación fuese tan frondosa que luz solar apenas lograba colarse por entre las copas de los árboles. A mi alrededor, el único sonido que llegaba a mis odios era el de los trozos de madera húmedos crujiendo bajo mis pies y los repentinos silbidos de los fiofíos.

Zigzagueé entre las lengas y los coihúes y me abrí paso entre las enredaderas y las epífitas apartando las barbas de viejo que se metían en mi camino. Lograba reconocer otras especies de árboles a mi alrededor, como los arrayanes y los cipreses, pero muchos otros, cuyas cortezas estaban tapadas por hongos y líquenes, aun eran un misterio para mí.

Cada tanto, inspiraba hondo, pero el aroma de Sebastián no era perceptible. Decidida a no darme por vencida tan fácilmente, continué mi camino pisando los húmedos helechos y los mosaicos de musgo hasta que me detuve en el centro de un pequeño círculo. Giré sobre mi propio eje. El bosque se extendía a mí alrededor en un interminable laberinto de árboles, raíces y arbustos.

Cerré los ojos e intenté concentrarme, aspirando el olor a humedad y tierra mojada. Todos mis sentidos se vieron invadidos por el olor y por los sonidos de la vegetación. Pude sentir el ruido del agua golpeando contra las rocas no muy lejos de mí, probablemente del río que cruzaba por el medio de aquella montaña boscosa y el aleteo de algunos pájaros en las

copas de los árboles.

De pronto, una idea un poco disparatada se formó en mi mente. Mordí mi labio inferior e intenté concentrarme aún más. No sabía si funcionaría, pero tenía que intentarlo. Focalicé toda mi energía e inspiré hondo varias veces hasta que estuve segura de que había identificado el aroma de Sebastián por encima de los demás olores que me rodeaban. Giré hacia la derecha y, aún con los ojos cerrados, pude visualizar una suave y apenas visible bruma de color marrón claro extendiéndose de manera irregular mientras formaba un sendero a través de los árboles. Era su rastro. Si lo seguía, lo encontraría.

Una exaltante sensación de felicidad me invadió el cuerpo. Abrí los ojos y me dispuse a seguir el camino que había visualizado en mi mente, pero ni bien mi pie pisó la tierra mojada, un frío intenso me caló los huesos. Fue como un rayo golpeándome de golpe y puso en alerta a cada uno de mis sentidos. Había algo, en algún lugar del bosque, acechándome. Permanecí quieta y afiné mi intuición. El aroma agrio que llegó a mí casi logró descomponerme y no pude evitar el impulso de llevar mi mano a la boca. Era un olor nauseabundo y pestilente que logró erizar los bellos de mi piel; sin embargo, cuando me disponía a localizarlo, desapareció.

—También lo sentiste, ¿no cierto? —La voz de Sebastián me sorprendió desde la altura.

Levanté la mirada y lo enfrenté, sin poder hacer nada por evitar que mi estómago comenzara a revolverse ante la emoción de tenerlo frente a mí.

Asentí y él levantó la cabeza. Miró a través del abundante follaje de los árboles. Después, se volvió a mí. —Ya se fue —musitó, frunciendo la boca.

—¿Qué era? —le pregunté.

—¿Acaso no te dije no anduvieses sola por el bosque? —me retó.

Me crucé de brazos. — No respondiste mi pregunta.

Sus ojos se clavaron en los míos y me mantuvo la mirada por varios segundos. Soltó un suspiro. —¿Querés dar un paseo conmigo? —sugirió, evadiendo el tema.

Medité su invitación durante unos instantes y, como si no supiera hacer otra cosa, asentí. Sebastián me miró de nuevo y sonrió con picardía. De un salto, estuvo a mi lado. Inmediatamente, mi cuerpo reaccionó a su cercanía, como si hubiese estado en abstinencia. Cada músculo recobró vida y mi sangre comenzó a palpar literalmente en mis venas. Nunca

pensé que eso fuese posible.

Ambos empezamos a caminar por un delgado sendero de tierra formado por el paso de las personas.

Avanzamos en silencio durante un buen rato por lo que mi cabeza no dejaba de taladrarme con cientos de preguntas que no lograba vocalizar. No podía decidir qué era lo que tanto me atraía de él. Además de su aroma embriagador, todo mi pulso palpitaba anhelante. Algo había en él que despertaba este instinto casi enfermizo.

Desconcertado por mi expresión torturada, me miró fijamente. —¿Qué estás pensando?

—Solo estoy tratando de decidir si mi teoría sobre vos es acertada —dije, en tono casual.

Me miró divertido. —¿Y qué teoría ideó tu loca cabecita? — preguntó, ladeando la cabeza con una sonrisa terriblemente tentadora.

—Es evidente que no sos un fantasma —musité.

—No, no lo soy.

—No sos un vampiro, ¿verdad? —arriesgué, llevando mi mano hasta mi cuello para protegerme.

Hizo una mueca y pareció ofendido ante mi suposición —¿Qué sigue? ¿Me vas a preguntar si también aullo en luna llena?

El evidente enojo en su voz me hizo estremecer. —Lo siento —me disculpé—.Creo que leí demasiadas novelas ridículas.

—Está bien —El tono en su voz se suavizó—. Es solo que me tomaste desprevenido. No, tampoco soy un vampiro.

Avanzamos unos cuantos metros más por la pequeña senda. El camino era empinado en algunas partes y debía sujetarme de algunos troncos para evitar caerme. En dos ocasiones, Sebastián me extendió la mano para ayudarme.

El toque de su mano envió descargas eléctricas a mi sistema y tuve que esforzarme por mantenerme de pie.

—¿A dónde conduce este sendero? —Quise saber.

—Al final, llegaremos al lago—explicó, señalando con la mano.

Suspiré hondo y continuamos la marcha por quince minutos más. Finalmente, llegamos al borde del bosque y tuve que llevar mi mano a la frente para protegerme de los rayos solares que caían sin barreras sobre agua de color esmeralda.

Era un paisaje salido de un cuento. Las montañas verdes se reflejaban en el lago como en un espejo formando una hermosa imagen alpina. Sin lugar a dudas, era el lugar más maravilloso que había visto en mi vida. Aun con la respiración agitada a causa de la larga caminata, seguí a Sebastián rodeado algunas rocas que se encontraban cerca de la costa.

—Es hermoso —dije, con fascinación.

Simplemente asintió, pero su mirada no estaba dirigida al paisaje casi irreal que teníamos frente a nosotros, sino a mí. Aunque gran parte de mí estaba segura de que bromeaba conmigo, no pude evitar que el rubor tiñera mis mejillas. —Ven, vamos a sentarnos —me invitó y accedí de inmediato.

—Entonces —le dije mientras nos sentábamos —, no sos vampiro y ni hombre lobo —Negó con la cabeza, sonriendo de lado.

—Esas criaturas no existen, Mía. Son solo un invento de las personas en su esfuerzo por darle una vuelta retorcida a las cosas que no pueden comprender.

Su explicación me mareó. Fruncí el ceño y continué analizándolo.

—Tampoco sos un espíritu errante...

—¡Claro que no! —Se apresuró a decir. Apretaba los labios para no reírse.

—Ya, dejá de divertirme a mis costillas —pedí, sonando casi ofendida.

—Lo siento, pero tus teorías son muy poco imaginativas.

Me mordí el labio. —Es que nunca antes intenté ponerle un nombre a las cosas que veo —dije, sincera.

Su rostro pareció preocupado. —¿Ocurre muy seguido?

—¿Qué cosa? —Estaba confundida.

—Ver... vernos —se explicó, con cierta pesadez.

Me encogí de hombros. —Intento no prestarle atención —exclamé y perdí

mi mirada en el paisaje.

—¿En qué pensás? —indagó, con interés.

Solté un suspiro. —Es que acabo de darme cuenta que nunca me había realmente interesado por descubrir qué eran las cosas que veía. Asumí que eran espíritus atrapados en este plano y simplemente me dediqué a ignorarlos —Hice una pausa — Y funcionaba —Volví mi mirada hacia él —...hasta que te conocí.

Asintió levemente, pero parecía como si mis palabras le hubiesen molestado. —¿Por qué te molesta tanto que quiera saber sobre vos? —le pregunté, al notar su expresión.

—No me molesta que quieras saber sobre mí, Mía —remarcó la palabra "molesta" —. Solo me parece que sería mejor que no lo hicieras.

—Entonces, aclarado ese punto, ¿tengo que seguir revoleando ideas tontas para tu diversión o me dirás que demonios sos?

En ese momento, una suave, pero fresca brisa comenzó a soplar incrementando el vaivén de las olas. Giró su rostro y se inclinó más cerca de mí. —Justamente, lo acabas de decir— Su voz reflejó una nota severa y burlona.

Mentalmente, repasé mis últimas palabras. Qué. Demonio. Sos.

—Demonio —repetí entre dientes.

Volvió a mirar al frente y su expresión era, ahora, oscura y gélida. Pestañé dos o tres veces seguidas, aún sumida en la incredulidad. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Salir corriendo?

Me incliné hacia adelante y busqué su mirada —Bueno, pero no te ves como un demonio —reflexioné. Sus penetrantes ojos entonces me miraron intensos y confundidos. Esbocé una sonrisa y él frunció el ceño —. Ya sabés, ¿dónde está tu cola, o los cuernos? ¿O los ojos rojos?

La sorpresa y la incredulidad bañaron su rostro. —¿Acabas de descubrir que soy un demonio y lo único que te preocupa es saber dónde están mis cuernos? — preguntó con una curiosidad real en el tono de su suave voz.

—Bueno, no solo eso —dije, sincera —. De verdad, tengo muchas, muchísimas preguntas.

De repente, su rostro me mostró una expresión de resignación. Soltó el aire de sus pulmones emitiendo un pequeño sonido al exhalar —¿No lo vas

a dejar pasar no? —consultó, con tono suplicante.

—Claro que no —respondí, muy segura.

—Bien, pregunta —Dirigió su mirada al lago cristalino.

Sonreí, complacida de que al fin iba a ser completamente sincero conmigo. —Tus hermanos, ¿también son como vos?

Asintió. —Es increíble —admití, observándolo maravillada.

Me devolvió la mirada, sintiéndose un poco incómodo. —¿Qué te resulta tan fascinante?

—Tu aspecto —dije, sin vacilar y me sonrojé —... y el de tus hermanos. Cuando pienso en demonios, «hermosos» es lo último que viene a mi mente.

Me sonrió ampliamente y me miró juguetón. —Así que somos «hermosos» —se burló.

—No te burles —me defendí —. Sabés de sobra que es así.

— Es que no podemos evitarlo —dijo y su voz parecía querer justificarse —. Los de mi tipo tenemos cierta esencia que nos hace «encantadores y bellos» para el resto de los humanos. Incluso si me faltaran unos cuantos dientes, seguiría siendo «hermoso».

No pude evitar reírme ante su comentario. Estaba segura de que aunque Sebastián fuese pelado y sin dientes, seguiría siendo atractivo.

—¿A qué te referís con los de «tu tipo»? —pregunté, retomando el hilo de la conversación. Mi voz reflejaba verdadera curiosidad y me incliné hacia adelante para observar su rostro mientras hablaba.

—En el mundo de los demonios, también existe lo que se llama diferencia de raza, por explicarlo de alguna forma—exlicó, muy tranquilo, con la vista perdida en algún punto a lo lejos —. Nosotros, mis hermanos y yo, somos descendientes de los ángeles caídos.

Parpadeé, todavía confusa —Pensé que las historias de la Biblia eran un mito —dije, más para mí que para él.

—Bueno, la versión de la Biblia cuenta la historia de una forma ingeniosa y un poco novelesca desde mi criterio —dijo, tomando un puñado de arena para después arrojarla y verla sumergirse en el agua.

—Así que sos como un pariente de los ángeles —Hablé en voz alta y tuve que fruncir el ceño ante lo ridículo de mi comentario. Sin embargo, a él no le pareció tan descabellado.

Sonrió de lado, pero su sonrisa fue casi imperceptible. —Algo así —musitó.

Sonreí, nerviosa. —¿Te puedo confesar algo? —me animé a decir.

Asintió, mirándome expectante. —La primera vez que los ví, a ti y a tus hermanos, no pude evitar compararlos con los ángeles. Es decir, sus aspectos eran tan... encandilante.

Sonrió, pero el sonido que profirió de su garganta se escuchó herido. —¡Vaya comparación! —exclamó y luego contempló con ojos ausentes el lago frente a nosotros.

Transcurrió unos minutos hasta que me volvió a hablar. — ¿Y bien? ¿No me vas a preguntar sobre ellos? — Intentaba sonar amable, pero había cierto rencor en su voz.

—¿Sobre quienes? —pregunté, consternada y Sebastián hizo un gesto hacia el cielo con los ojos —Ah... te referís a los ángeles —Asintió, y negué con la cabeza —. En realidad, estoy más interesada en saber de vos.

Me miró sorprendido, pero su expresión cambió rápidamente. —No creo que sea una buena idea que te intereses tanto por mí —susurró y pude notar el matiz de pesar en su voz.

—Tampoco lo creo —dije, sincera —, pero supongo que ya es tarde y no podría evitarlo aunque quisiera.

Murmuró algo en voz baja, pero pronunció las palabras tan deprisa que no le comprendí. Luego, se sumió en el silencio y me miró intensamente por unos instantes. —¿No sabés que la curiosidad mató al gato? —preguntó, intentando bromear, pero su voz era más áspera de lo habitual.

—¿Es que acaso estás buscando asustarme? —consulté, sonando molesta —Porque si es así, tendrás que esforzarte más —lo desafié.

Torció un gesto mientras se esforzaba por comprender la expresión de mis facciones. Después de unos segundos, su boca se curvó en una amplia sonrisa y sus dientes refulgieron al sol. —Lo siento, no pretendía sonar de esa forma —se disculpó —ies que a veces no sé como reaccionar!

Asentí. —Disculpas aceptadas —repliqué con gracia.

—Bien, podés seguir con tu cuestionario —me alentó y sonreí complacida.

En ese momento, mi mente era un torbellino de preguntas, sin embargo opté por una que me estaba haciendo cosquillas en la panza desde que me había confezado lo que era. —¿Sos malo?

Miró hacia los arboles del bosque mientras pensaba la respuesta. —Se podría decir que sí —musitó con la mirada perdida.

—No te ves muy malo que se diga —le dije, examinándolo detalladamente.

Alzó la vista para encontrarse con mi mirada. Tenía una expresión melancólica. —No es lo que hago lo que me hace malo, sino lo que soy.

No supe porqué, pero un nudo de angustia se formó en mi garganta. El sentido común me decía que debería alejarme de él... ¡era un demonio! Sin embargo, todo de mí quería aferrarse a él, incluso ahora, cuando había confesado su naturaleza.

—Según yo creo, si no has hecho nada malo, entonces no podés ser malo —analicé, pero fue un comentario errado.

—¿Cómo sabés que nunca he hecho algo malo?

De pronto, su rostro se volvió adusto, como si algún recuerdo destellara en su mente. Tuve que torcer un gesto ante las imágenes de las posibles maldades que pudo haber hecho.

—¿Has... matado? —tartamudeé cuando hablé.

Su mirada se ensombreció y tomé eso como un sí. Todo mi cuerpo tembló.

—¿Te tranquilizaría saber que fue porque no tuve elección?

Me encogí de hombros. ¿Qué sentido tendría disimular?

—¿Vas a matarme? —Tuve que preguntar, intentando alterar la voz lo menos posible.

—¿Debería hacerlo? —Su pregunta no era broma.

—¿Querés hacerlo? —Repliqué con total serenidad.

Se mantuvo pensativo. —Sería una solución —exclamó sincero.

Asentí, sorprendida de la calma con la que podía tomar mi inminente muerte. Una leve sonrisa se curvó en una de las esquinas de sus labios. —...aunque no la más conveniente —finalizó.

Cada músculo de mi cuerpo se relajó. Debería haber dejado el tema de lado. Si él creía que matarme no era conveniente, no debería arriesgarme a convencerlo de lo contrario. — ¿Por qué no?

—Me traería muchos problemas en este momento —Hablaba con naturalidad.

—¿Y en otro momento?

Sonrió y su rostro se vio más humano que nunca. —¿Acaso estás tratando de convencerme? —Me miraba intrigado, sin borrar la sonrisa de su expresión —No imaginaba que estuvieses deseosa de morir.

Negué rápidamente. —No, no lo estoy. Es solo que considero que si he de hacerlo, al menos me gustaría estar preparada —expliqué mi razonamiento.

Frunció el ceño y me miró con total fascinación. —¿Por qué me miras de ese modo? —consulté un poco inhibida por su mirada curiosa.

—Me resultás... no sé como describirte.

—Rara es una palabra que utilizan mucho —Lo ayudé.

Rio. —Yo diría que intrigante te queda mejor.

Torcí un gesto y ambos quedamos en silencio por un momento.

—Jamás podría lastimarte, no debés preocuparte por eso—dijo de repente rompiendo el silencio. Su confesión me tomó por sorpresa tanto como el tono angustioso de su voz.

Giré mi rostro y lo observé detenidamente. Su perfil era perfecto. Parecía tallado por los dioses, aunque ahora que sabía lo que era esa descripción no parecía tan lejana de la realidad.

Me miró de reojo. —¿Qué es lo que tanto te intriga?

¡Había tantas cosas que me intrigaban en ese momento! Parpadeé seguidamente intentando ordenarlas. —Es solo que me cuesta verte como... eso que sos —exclamé. Mi voz tembló por alguna razón.

—Demonio, Mía, podés decirlo sin miedo —verbalizó por mí.

Asentí. —Es que en mi cabeza la palabra demonio remite a cosas desagradables —expliqué.

Río. —¿Así que no soy desagradable? —se burló.

Negué. —Para nada. Y tampoco sos malo —exclamé muy segura.

—Lo decís muy segura.

—Es lo que siento —sentencié.

Suspiró. —Nada es completamente bueno y nada es completamente malo —meditó.

Asentí. —¿Incluso los demonios?

—Incluso los demonios —afirmó.

Una repentina briza sopló desde el lago, erizandome la piel. Junté mis piernas y las envolví con mis brazos. —Así que ustedes pueden decidir de qué lado estar —reflexioné, manteniendo el tono de mi voz suave.

—Podemos decidir cómo actuar. En ese sentido, humanos y demonios no somos tan diferentes.

—¿A qué te referís?

—He visto a humanos cometer actos incluso más atroces que cualquier demonio que he conocido, lo que es más perverso, teniendo en cuenta que su naturaleza no proviene del mal.

—Tenés razón —admití —, aunque sigo sin comprender.

Me observó aguardando mi pregunta. —Si la naturaleza de los demonios es el mal, ¿por qué intentás hacer el bien?

Rió. —Que nuestra naturaleza sea maligna no quiere decir que solo hagamos cosas malas. No es que nos levantamos a la mañana y decimos "¿qué cosa mala haré el día de hoy?" —se burló.

Parpadeé confundida y notó que no me había causado gracia su comentario. —A ver —suspiró pensativo —, como logro explicarte. —Meditó por un momento —. Nuestra forma de vida nos libera de la dictonomía que los humanos tienen sobre el bien y el mal, es decir, para un demonio el mal... no es malo, es más bien su forma de vida, ¿se

entiende?

—Es decir, que no lo hace a propósito —consulté dudosa.

Asintió. —Sin embargo, los humanos, aun siendo conscientes del mal y el bien, eligen el mal. Un demonio actuaría de manera cruel porque está en su instinto, esa sería su primera reacción, pero un humano lo hará por elección.

Asentí, aunque todavía no estaba muy segura de comprenderlo completamente. Lo observé detenidamente intentando desifrarlo, pero él parecía no tener ganas de continuar hablando.

—¿Puedo preguntarte algo? —rogué.

Me miró rápidamente. —¿Qué cosa?

—Dijste que no querías lastimarme...

—Dije que no podría hacerlo... no que no quisiera —me corrigió.

Tragué saliva y algo dentro de mi se estremeció. No era miedo, sino decepción. Estaba decepcionada de que él no sintiera lo mismo que yo.

—Tampoco quiero —dijo después de unos segundos. Lo miré confundida
—Lastimarte, tampoco quiero hacerlo.

Pronunció esas palabras mirándome directo a los ojos, con sus pupilas cargadas de electricidad. Mi corazón comenzó a latir tan deprisa que pensé que podría salirse de mi pecho y estaba segura de que me había sonrojado. Por suerte, no hizo ningún comentario al respecto y volvió su mirada al frente.

Varios minutos pasaron sin que ninguno de los dos volviese a hablar. Miré el cielo. El sol se movía lentamente indicando el paso del tiempo. Suspiré. La hora de la merienda se acercaba y mi tía regresaría a casa.

—Creo que debemos regresar —sugirió.

Muy a mi pesar, asentí.

Sebastián se levantó para tenderme la mano y ayudarme a reincorporarme. Lo miré divertida. —¡Que caballero! —me burlé —¿La amabilidad también forma parte de su naturaleza maligna?

Soltó una carcajada y decidí que podría embrigarme de ese sonido.

Tomó mi mano y jaló de ella con fuerza, levantándome en el aire y arrojándome contra su pecho. El aroma de su piel de repente me llenó los pulmones. Levanté la vista y me encontré con sus abrazadores ojos a solo escasos centímetros de mí. Su mirada era tan intensa que podía sentir como me atravesaba los poros de la piel y mi corazón comenzó a golpear con fuerza contra mis costillas.

Esta debía ser la verdadera mirada de un demonio, pensé.

—¿Qué hacías en el bosque sola? —dijo y su voz aterciopelada me erizó los bellos de piel.

Tragué saliva. —Te estaba buscando —dije sincera, sintiendo como me sonrojaba al decirlo en voz alta.

Su mirada se oscureció y, por un momento, un frío helado me recorrió las venas. Por primera vez, sentí terror puro corriendo por mi cuerpo. Pero no de él, sino de su respuesta.

—No lo vuelvas a hacer —dijo y rogué que no notara lo mucho que sus palabras me habían lastimando. —¿No lo ves? Hay un motivo por el cuál nadie te contó sobre nosotros, nunca. Este mundo, no es seguro, Mía. Mantente alejada, por favor. Es peligroso, yo soy peligroso.

—No —dije, apartándome de él, pero manteniendo la expresión firme —. No pienso hacerlo. De verdad no logro entenderte, ¿es que acaso sufrís de trastorno de la personalidad?

—Hablo en serio —gruñó, con exasperación.

—También yo —repliqué en el mismo tono.

—Por favor, entiende. Esto...nosotros acá juntos es un error —dijo, con tono arrepentido en su voz.

Me mordí el labio y no le respondí porque no encontré un insulto lo suficientemente bueno como para herirlo. ¿Cómo se podría insultar a un demonio? Solté un bufido de desesperación y comencé a caminar hacia el interior del bosque a pasos acelerados.

Si me quería lejos, estaba bien. No le rogaría.

Seguí el sendero que habíamos recorrido impulsada por mi enfado, pero una vez que éste empezó a desaparecer, aflojé el paso y miré a mi alrededor solo para darme cuenta de que estaba perdida. En algún momento, debía haber tomado un giro equivocado.

Localicé la raíz de un árbol a mi derecha que se extendía sobre la tierra formando una especie de banco. Suspiré aliviada y caminé hasta él saltando algunos helechos y algunas ramas caídas y me senté sobre la húmeda corteza fría. Mi cabeza era un torbellino de sensaciones en donde se enfrentaban mis ganas de golpear a Sebastián por ser tan cambiante y mi deseo por estar cerca de él.

—Lo siento. Créeme si te digo que solo quiero protegerte —dijo en voz baja. De mala gana, lo miré.

—Sos un demonio, no creo que protegerme entre en tu "naturaleza"
—exclamé levantando las manos.

—En eso te equivocas —dijo con un tono de voz áspero—. En lo que a vos respecta, protegerte está en la cima de mis prioridades.

Mi boca se secó y mi corazón volvió a acelerarse. Vivirme loca también estaba en su naturaleza, pensé.

—Vamos, te voy a mostrar la salida. —Estaba parado a mi lado, recostando su espalda baja contra la raíz del árbol.

—Puedo encontrarla sola —mentí, intentando sonar segura.

Inclinó la cabeza hacia un costado y me dedicó una sonrisa maliciosa.
—¿En serio?

Asentí. —Solo necesito recuperar mi serenidad y mi sentido de la ubicación.

—Si te dejas acá, posiblemente vas a morir de hipotermia cuando caiga la noche y aun no consigas salir.

Dicho esto, se me sujetó por la cintura y me presionó con fuerza contra su costado. Aturdida, tragué saliva atemorizada de que mi corazón pudiese explotar contra las paredes de mi pecho. No quería pensar en cómo la cercanía de su piel hacía que cada célula de mi cuerpo comenzara a arder de anhelo. Su mano, entonces, tomó mi brazo y me obligó a rodearle el cuello.

—Sujétate con fuerza. Te voy a mostrar por qué no me gusta viajar en auto —me dirigió una sonrisa y entonces saltó hacia una rama elevada de un árbol.

Cualquier otra persona hubiese cerrado los ojos ante el vértigo y la adrenalina del momento, pero yo no quería perderme ningún detalle de la experiencia. Era como ir prendida del primer asiento de la montaña rusa, subiendo y bajando de golpe, mientras aterrizábamos en una rama para

volver a tomar impulso y saltar a la próxima.

No pasaron ni dos minutos y ya estaba de nuevo a tres metros del patio trasero de mi casa. —¿Qué te pareció? —preguntó, reflejando evidente entusiasmo en su voz.

—Yo... creo que voy a vomitar —dije, mientras apoyaba una mano en uno de los troncos a mi costado e internaba contener las náuseas. Inspiré y espiré lentamente varias veces hasta que sentí que la sensación de mareo hubo desaparecido y me sentía lo suficientemente recompuesta como para caminar a través del patio sin caerme.

Sebastián me siguió de cerca. Llegamos hasta la cabaña y nos sentamos en los escalones que daban a la puerta trasera bajo un pequeño alero que ofrecía reparo del sol, aunque ahora el cielo, que había estado despejado la mayor parte de la mañana, había comenzado a poblarse por algunas nubes grises.

Suspiré hondo y envolví mis piernas entre mis brazos recostando mi mentón sobre las rodillas. —¿Vas a ignorarme hasta que decida irme?

—Eso depende —dije, encogiéndome de hombros.

—¿De qué?

Giré mi cabeza y lo miré directo a los ojos. —De si querés irte.

Sus ojos se volvieron de un azul más intenso y reflejaban la lucha de sus emociones internas. — Cuando te dije que debía mantenerme alejado de algunas tentaciones, a ésto me refería.

Lo miré confundida. —¿A qué exactamente?

—A que no quiero irme de tu lado —dijo, finalmente.

Solté un suspiro de alivio y sonreí. —Genial, porque tampoco quiero que lo hagas —admití y recosté mi cabeza sobre su hombro.

Ninguno de los dos volvió a hablar. Tenía miles de preguntas que quería hacerle, pero no quería estropear el momento. Todo era demasiado intenso y perfecto.

—Tu tía está por llegar —dijo, rompiendo el embrujo en el que me sentía inmersa.

—Maldición —exclamé y sus ojos me miraron dudosos —.Se suponía que

aún tenía algunas preguntas más por hacerte.

—No voy a lograr convencerte de que te olvides de todo, ¿no?—rogó.

—Ni en tus sueños —le advertí.

—Mía, nosotros no soñamos —dijo, burlón.

Solté un suspiro y tomé el picaporte de la puerta. —Entonces, ni en tus pesadillas.

Su boca se torció en una sonrisa. —Bien, nos vemos más tarde. ¿Te gustaría que hagamos algo? —Consultó y asentí, sonriendo como una boba.

—Creo que sabés de sobra mi respuesta.

Sonrió. —Solo quería estar seguro —dijo y salió disparado entre los árboles.

Aún aturdida, me saqué las botas sucias y entré a la calidez de la cabaña al momento exacto en que mi tía hizo girar la llave de la puerta.

— ¿Mía? —me llamó mientras colgaba su abrigo en el perchero.

—Aquí —le dije, pasando por el arco que dividía la sala de la cocina.

—Pon la mesa. Pasé por el supermercado y compré comida hecha —dijo a la vez que se quitaba las botas y se colocaba el par de pantuflas que siempre dejaba junto a la base de la escalera a un costado.

Asentí. Clara calentó dos porciones de lasaña en el microondas mientras yo servía nuestros vasos con jugo y dos minutos después nos sentamos a comer.

—Se ve delicioso —dije, observando el plato de comida, pero la verdad era que mi estómago estaba aún revuelto.

Clara me sonrió y llevó un bocado a su boca. —Y, ¿qué tal tu mañana? —me consultó.

—Bien —dije mientras me obligaba a masticar la comida.

Ella dirigió la mirada alrededor de la sala y notó la caja abierta.

—¿Estuviste leyendo?

—Algo así —respondí, encogiéndome de hombros. Me miró confundida,

pero no insistió.

Continuamos la comida en silencio; sin embargo, por más que intentaba mantener un comportamiento normal, mi mente no se dejaba de cuestionar hasta donde mi tía estaba enterada de la existencia de demonios allá afuera. ¿Ella también los veía? Acaso, ¿también éramos demonios? Hasta donde había descubierto, podía verlos y sentirlos. También, podía olfatearlos.

—¿Tengo monos en la cara? —me consultó y tuve que fruncir el ceño —. Me has estado mirando fijo durante más de un minuto, ¿ocurre algo?

Podría ser una buena oportunidad para preguntarle, pero si la alertaba de la presencia de Sebastián y sus hermanos, seguramente saldría disparada a armar las valijas nuevamente.

—No... es solo que, hoy me invitaron a salir —No era una mentira, así que mi voz sonó segura.

—¿Ah sí? ¿Quién? —inquirió, con mucha curiosidad.

—Un chico del instituto —me arriesgué —. Se llama Sebastián y me invitó a recorrer el lugar.

Una sonrisa pícaro se dibujó en sus labios. —Y este Sebastián, ¿es guapo? —preguntó mi tía con tono burlón.

Guapo era quedarse corto. Sebastián era...maravilloso e irresistible. ¡Dios! Tendría que rever mi idea de los demonios, no eran para nada como aparecían dibujados en los libros.

La risa de mi tía me trajo de vuelta a la realidad. —Tu cara ya me contestó —dijo, guiñándome le ojo —.Bien, disfruta de tu día. Yo voy a aprovechar para descansar.

Después de dejar la cocina organizada, Clara se marchó a su cuarto deseándome buena suerte en mi paseo y se despidió con una sonrisa mientras subía la escalera. Aguardé hasta que escuché que la puerta de su dormitorio se hubo cerrado y subí corriendo las escaleras en dirección a mi ropero.

No sabía que ropa utilizar porque nunca antes había salido con un chico. Muchos menos con un chico demonio. ¡Dios! Toda la situación era ridícula, pero aunque una parte de mí me decía que lo más probable era que me estuviese volviendo loca, la otra no dejaba de palpar por nuestro inminente encuentro.

Y aunque salir con Sebastián significaba estar perdiendo la cabeza, el infierno ya no me parecía un lugar tan desagradable si lo tenía a mi lado.

Capítulo 7

Rendición

Media hora más tarde, bajé las escaleras y tomé mi abrigo del perchero. No estaba tan frío como de costumbre, pero ya me había acostumbrado al clima cambiante de la zona y no me quería arriesgar. Después, salí de casa y tomé el sendero en dirección a la carretera principal. Caminé varios metros sintiéndome un poco frustrada y enojada. Se suponía que Sebastián me estaría esperando en algún lugar, pero no lograba verlo. Tampoco podía sentir su aroma.

Miré hacia mis costados. Tal vez, debería entrar al bosque. ¿Los demonios vivían ahí? En ese momento, me di cuenta de que no sabía nada de él... aparte de que había sido condenado por Dios y de que podía hacerse invisible para el resto de las personas.

Al costado del camino, un gran matorral de helechos y arbustos espinosos crecían en los bordes del bosque. Tuve que fruncir el ceño y dudé por varios segundos. Seguramente no lograría atravesar ninguno de ellos sin antes perder un brazo, así que descarté la idea.

Resignada, seguí caminando, pero el sonido de un vehículo acercándose a mis espaldas me puso el alerta y dos segundos después el Camaro de Sebastián estaba estacionado a mi izquierda.

— ¿Me estabas buscando? —preguntó, divertido por mi expresión.

Asentí. —Ya era hora. Pensé que te habías arrepentido—repliqué, abriendo la puerta del acompañante.

—Estuve a punto de hacerlo —dijo, encogiéndose de hombros. —Mi hermana casi intentó encerrarme dentro de la casa.

Lo miré sorprendida. —¿Lo hizo?

Se rió. —No, sabía que solo perdería el tiempo. ¿Acaso piensas que es sencillo encerrar a un demonio?

Lo miré entornando los ojos. —No, supongo que no debe serlo —deduje.

Pareció que mi comentario le causó gracia porque dejó escapar una gran sonrisa. Me acomodé y me coloqué el cinturón mientras el auto comenzó a

avanzar a toda velocidad tomando la curva que salía del pueblo.

—¿A dónde vamos? —consulté al desconocer el paisaje que me rodeaba. A mi derecha, la montaña rocosa continuaba cubierta por los frondosos pinos característicos de toda la región, pero a mi izquierda un cristalino lago turquesa escoltaba el camino.

—Es una sorpresa —dijo, divertido.

Bufé. —Odio las sorpresas.

—¿No me digas? —Se burló y solo pude mirarlo con fingido enojo ya que mi pecho no dejaba de palpar de alegría por estar cerca de él.

Me crucé de brazos y pretendí concentrarme en la demografía a mi alrededor. Tenía que admitir que Sebastián era un excelente conductor, a pesar de la velocidad y de su preferencia por saltar árboles. Conducía con una mano en el volante, mientras que la otra iba en su rodilla acompañando la música que salía del estéreo del auto.

—¿Te gusta Radiohead? —pregunté con evidente curiosidad en mi voz.

—Es una de mis favoritas —dijo y frunció el ceño —¿Qué ocurre?

—Es que ...pensé que los demonios escucharían otro tipo de música.

—¿Y qué pensabas que escuchaba? —preguntó, sintiéndose tentado por mi evidente ignorancia sobre la vida de los demonios.

—No sé... algo más satánico, supongo —respondí, dudosa.

Entonces, arrugó la frente, pero después soltó una sonora carcajada y negó con la cabeza. En ese momento, el asfalto se terminó y bajamos por un angosto camino de tierra hasta que estuvimos frente a un muelle de madera que se adentraba al interior de una bahía.

—Espero que no sufras de mareo —dijo mientras estacionaba el vehículo sobre el estrecho arcén. Luego, me dedicó una mirada divertida y se bajó.

Había algunas nubes en el cielo, pero el sol brillaba con bastante intensidad así que estaba más caluroso que de costumbre. Me quité el abrigo y lo dejé sobre el asiento trasero antes de seguirlo. Un pequeño bote de pesca estaba amarrado a uno de los cotados, pero al final del camino de tablas había un yate un poco más lujoso que brillaba como una perla que contrastaba con el celeste del cielo y el turquesa del agua.

Caminé a pasos apresurados hasta que estuve a su altura pisando los descoloridos tablones de madera. Lo miré de reojo, con expresión sorprendida.

—¿Qué? —me preguntó, sintiéndose un poco incómodo.

—Supongo que tendré que rever el concepto que tenía de los demonios.

—¿Y qué concepto tenías?

—Bueno —dije, encogiéndome de hombros —, para nada lo que vos sos.

— ¿Y cómo soy?—La curiosidad se reflejaba en su voz de manera evidente, pero también dejaba ver que encontraba mis preguntas y deducciones bastante divertidas.

—¿Millonario? —dije, no muy segura de mis palabras.

Soltó otra carcajada. —Bueno, supongo que tenemos ciertas «habilidades» para los negocios—dijo y se dio la vuelta para mirarme al hablar, sonriendo con mofa —.Las damas primero —extendió una de las manos invitándome a subir.

La cubierta era enorme y el cuadro de mandos estaba ubicado en el centro, un poco más elevado. Desde ese lugar, se podía apreciar todo el resto de la embarcación. En la proa, había un pequeño yacusi con dos sillones dispuestos para tomar sol y en la popa, se ubicaba una mesa blanca redonda con pequeños bancos a su alrededor y varios sillones reclinables, todo cubierto por un toldo blanco para relajarse bajo la sombra.

Mientras Sebastián tomaba el mando de los controles, me senté en uno de los asientos a su costado y disfruté del paisaje. El agua golpeaba contra el borde de la embarcación y las olas que se formaban dibujaban figuras deformes sobre el lago cristiano.

Navegamos en silencio durante un largo periodo de tiempo. De vez en cuando, Sebastián formulaba una pregunta al azar o yo bromeaba sobre cuán diferente era su estilo de vida al de los demonios que salían en las películas. Él me preguntó sobre mi cumpleaños y yo acerca de las temperaturas del infierno, que al parecer, no eran calientes, sino extremadamente frías. Después, me interrogó sobre mi infancia y yo le pregunté si podía mover objetos o poseer a otras personas. Rompió a reír al oír mi pregunta con más fuerza de lo que me tenía acostumbrada y negó con la cabeza.

—Creo que viste las películas equivocadas —dijo.

—Supongo que podrías recomendarme alguna —sugerí.

—Podría —dijo.

Ancló el barco en el medio del lago y me indicó que lo siguiese hasta la popa. La quietud que nos rodeaba hacía que el paisaje a nuestro alrededor pareciera aún más impresionante e impotente. Los rayos del sol se abrían paso entre las nubes y tuve que entornar los ojos ante el potente resplandor del lago. Con la luz solar y el cielo un poco más despejado que de costumbre, el paisaje a nuestro alrededor era enceguedor y maravilloso. Las aguas del lago resplandecían cristalinas, de un color turquesa más intenso que de costumbre; los árboles que cubrían todo el bosque ya no eran de un apagado verde oscuro, sino que tenían un chispeante tono esmeralda y el gris apagado de las rocas resplandecía como plata.

Las usuales ráfagas de viento frío que azotaban la región también parecían haberse tomado el día libre. Todo estaba muy tranquilo. Me asomé a la baranda y contemplé el agua calma bajo nosotros. Cerré los ojos y disfruté del silencio. Sólo se escuchaba el apagado rugir de las olas, que retumbaban por los cuatro lados del barco y los chirridos de algunas gaviotas en el cielo. Inspiré hondo y dejé que mis sentidos comenzaran a tomar vida. De a poco, cada célula de mi cuerpo se fue llenando de todos los elementos que me rodeaban.

—Es maravilloso —dije.

Asintió. —Hay cierta paz que no se encuentra en otra parte—dijo.

Sonreí y caminé hasta las reposeras donde él estaba sentado. Tomé asiento a su lado,

Me devolvió la sonrisa. Extendió ambas manos para tomar las mías y acarició mi piel con la yema de sus dedos. La sensación que se extendía por mi piel ante su tacto era exquisita, casi embriagadora. Contemplé el vaivén de sus dedos hipnotizada disfrutando de su roce caliente. Cuando alcé la vista, sus ojos me miraban ardientes.

—Tus ojos —advertí con asombro —cambiaron.

Mi comentario pareció tomarlo desprevenido. Rápidamente, se reincorporó y el azul de sus pupilas regresó.

—Lo siento —murmuró una disculpa —Con vos, es demasiado fácil ser yo

mismo.

—¿Cómo es ser un demonio? —pregunté, despacio.

Rio ante mi pregunta. —¿Qué te resulta tan gracioso? —fruncí el ceño, indignada.

Se puso serio y se disculpó con la mirada. —Es que tu curiosidad no deja de sorprenderme. Nunca estoy lo suficientemente preparado para tus preguntas.

—Supongo que no puedo evitarlo. Tu mundo, vos, todo acerca de vos me intriga tanto como me fascina.

—Debes ser la única persona que piensa que el mundo de los demonios es fascinante —reflexionó —, otra en tu lugar, estaría aterrorizada.

Negué con la cabeza. —Ya ves... no funciona como el resto —Me encogí de hombros—. Lo cierto es que siempre tuve más miedo de lo que la gente pensaría de mí por ser capaz de ver las cosas que veía.

Me observó reflexivo. —Es comprensible. Es lógico que nunca hayas sentido temor —hizo una pausa— y en cuánto a la preocupación por la opinión ajena, debe ser culpa de la crianza simplona que tuviste.

—¿A qué te referís con "simplona"?

—Como humana —exclamó, aún analizándome.

—No entiendo cómo más me podrían haber criado —dije confusa—. No te sigo.

Su expresión cambió. Ya no lucía tan pensativo. —Lo siento, supongo que estoy hablando de más. ¿En qué estábamos antes de imprudente reacción?

Sacudí la cabeza. Había tantas cosas que ignoraba y que Sebatián sabía, pero supuse que no podría obtener todas las respuestas al mismo tiempo. —Creo que estábamos hablando acerca de lo que se siente ser un demonio —le recordé.

—Ah sí.

—¿Y? —Instí al ver que se quedaba callado.

Estudí su expresión y comprendí que esto era nuevo para él. Estaba buscando las palabras. —Supongo que depende de la raza y del propósito

que cada uno persiga —verbalizó, reflexivo.

—¿Cómo es para vos?

Su mirada se oscureció. —Puede llegar a ser... emocionante...por compararlo con alguna sensación humana —Notó mi confusión, así que prosiguió —El mundo de los demonios es muy diferente a éste. No nos regimos por las mismas reglas.

—Cuando pienso en el infierno, me imagino una gran fosa, rodeada de llamas con Satanás torturando a las personas malas —murmuré y rompió a reír. — ¿No es así?

Negó. —El reino del Infierno es tan vasto que la tierra cabría en un grano de arena dentro de éste. Es un terreno árido y frío, con un paisaje descolorido, pero nada de fuego ni llamas ardientes —me explicó.

—¿Y que hay de la frase "arderás en el infierno"?

—Un invento religioso o una muy mala interpretación —se encogió de hombros.

—Me siento estafada —dije.

—¿Ya saciaste tu curiosidad por hoy?

Negué. —Tengo una pregunta más —me observó entrecerrando los ojos —La última, lo prometo.

—Está bien —asintió.

—¿Por qué están aquí?

—Vas a tener que ser más específica. ¿Aquí en Calelcalú o aquí... en la tierra? —consultó.

Me tomó desprevenida ya que no había contemplado la segunda opción. —Ambas.

—Ya me lo imaginaba —Se volvió y me sonrió burlón.

—¿Te afecta hablar sobre ello? —pregunté, con preocupación.

—No tanto como la forma en que reaccionás cada vez que respondo alguna de tus preguntas.

—¿Cómo reacciono? —Quise saber.

—No... reaccionas, ese es el problema —dijo, luciendo frustrado—. Te tomas todo lo que te digo como si fuese lo más natural.

—¿Preferirías que gritara y te tirase un crucifijo en la cara?

Sontó una risa. —No, supongo que no.

—Eso pensé —repliqué satisfecha.

Tomó aire antes de hablar. —Vinimos a la tierra en busca de un pergamino antiguo que contiene los hechizos más poderosos utilizados por los Arcángeles en su lucha contra los demonios —explicó, como si pudiese entender de lo que me estaba hablando.

—¿Para qué necesitan ustedes ese pergamino? —consulté, inetresada.

—Dijiste que sería una última pregunta —esquivó el tema. Me mordí el labio inferior. Sebatían suspiró hondo—. El dominio de la magia y de los hechizos es lo que le otorga poder a un demonio; por eso lo necesitamos —explicó—, ¿contesta eso tu pregunta?

—Por el momento.

Suspiró. —Bien, ¿por donde iba? Ah sí, ¿cómo llegamos aquí? Habíamos tenido que huir de nuestro antiguo hogar en busca de refugio y Calelcalú parecía ser una opción segura. Es un pueblo que casi nadie conoce y eso nos permite tener ciertas libertades.

Tuve que fruncir el ceño y lo miré desconfiada. —Discúlpame, pero me resulta difícil pensar en los demonios huyendo asustados. ¿No se supone que las demás personas les temen a ustedes y no al revés?

—Yo no estaba hablando de personas —dijo, con cierta dureza en su voz.

—¿Y de qué huían? —Me puse rígida durante un instante.

—Cazadores —respondió, con voz seca y llana.

—¿Cazadores de demonios? —pregunté, viéndome realmente sorprendida mientras lo miraba fijo —¿Curas con agua bendita y crucifijos?

Su expresión pareció horrorizada.—Mía, eso solo serviría con las almas perdidas que buscan volver a la tierra, ino con los demonios! No somos tan debiluchos como para temerle a un poco de agua.

—Bueno, perdón —Intenté calmarlo —. Todo esto es nuevo para mí.

Negó con la cabeza y soltó un suspiro, rindiéndose ante mi ignorancia. Después me miró, analizándose por unos segundos antes de comenzar a hablar de nuevo.

— Se llaman Guardianes o Caballeros de Dios. Nos habían localizado y solo teníamos dos alternativas: enfrentarlos o huir. Si nos quedábamos, podríamos matarlos o ellos a nosotros, pero en cualquier caso, el resultado no era favorable para nosotros.

—¿Por qué no? —pregunté.

—Porque eso solo alertaría a otros cazadores. Era mejor desaparecer y que nuestro rastro se perdiera —me explicó, con el tono que utilizaría un profesor para hablar con algún alumno ignorante.

Intenté pasar por alto ese detalle ya que en cierto punto, yo era una ignorante en este aspecto. — No entiendo. Si ustedes no les hicieron nada, ¿por qué querían matarlos?

Se rio, pero su risa fue sarcástica. —Es lo que hacen. Matar demonios.

—¿Solo por que sí? —Asintió.

Hice una mueca. —Eso los hace ver como los malos de la película —analicé.

Me miró y pareció titubear, dividido por algún dilema interno. Nuestras miradas se encontraron e intuí que en ese preciso instante estaba tomando la decisión de decirme algo o no. Abrió levemente los labios, pero luego los cerró herméticamente.

—¿Qué es lo que me estás ocultando?

Dejó su antigua posición y se sentó recto para luego girar su cuerpo. Apoyó los pies sobre el piso del bote y quedó frente a mí. Lo observé mientras se inclinaba hacia adelante. Extendió una mano y me jaló, haciendo que imite su posición. Entonces, muy lentamente su mano se dirigió hasta mi rostro y trazó la línea de mi mandíbula con el reverso de su dedo índice. Quedé paralizada al sentir el cálido hormigueo que su contacto despertaba en mí, como si mi piel hubiese extrañado su roce y ahora lo volví a reencontrar. Era ilógico y maravilloso a la vez.

—Tal vez no sea yo quién deba revelarlo —murmuró —.Hay una parte egoísta en mí que me dice que no debería revelarte nada más... que es

mejor que ignores todo ...para que no me odies.

—Jamás podría odiarte —me apresuré a decir.

Rio nuevamente y levantó su mano para acariciar mi mejilla. Cerré los ojos y disfruté de su caricia. —Esto se siente demasiado bien —murmuró con una pizca de dolor en su voz —. Debería haberme alejado de vos hace mucho, debería hacerlo ahora.

—No lo hagas, por favor —farfullé, mirándolo suplicante.

Sus labios estaban ahora peligrosamente cerca de mi rostro mientras que sus manos se apoderaron de mi cintura y tiraron de mí para pegarme a su cuerpo.

—Me haces querer cosas que no puedo tener. No estoy hecho para el amor, pero me haces anhelarlo —Su voz sonaba torturada, pero el nudo de deseo que se había formado en mi estómago no me permitía hacer nada más que quedarme estática, ardiendo de necesidad mientras lo escuchaba. Nada se había sentido así antes. El calor de su aliento contra mi piel era como una droga.

Levanté mi mano y tomé su mejilla manteniendo mi mirada fija en sus ojos hambrientos. Entonces, un gruñido escapó de su garganta y se apoderó de mí con un movimiento rápido. Su boca encontró la mía de inmediato y sus labios succionaron los míos con voracidad. Sus dientes mordieron mi labio inferior e, inmediatamente, su lengua acarició la mordedura.

La primera probada de él puso mi mundo de cabeza y envió descargas eléctricas a todo mi sistema, pero ya intuía que sería así. Agarré su camisa entre mis puños y jalé de él con fuerza para mantenerlo contra mi pecho.

Sus brazos se apretaron a mí alrededor y su calor envolvió cada centímetro de mi piel. Por primera vez desde que tenía uso de razón, me sentí completa. No había nada que quisiera o deseara más que esto. Sebastián arrastró varios besos por mi cuello y murmuró palabras en un idioma que no llegué a entender. Lentamente, alejó su rostro de mi piel, jadeando ruidosamente. Me estremecí al ver la necesidad y el ardor en sus ojos.

—Entendés que esto no está bien, ¿no cierto? —Su voz era un gruñido de dolor.

Entonces, se paró y caminó hasta la baranda.

Sintiéndome de repente vacía y desequilibrada, lo seguí. —A mí no me importa que seas un demonio —lo tomé por el brazo, obligándolo a mirarme.

Sus ojos estudiaron mi expresión durante un momento y luego todo su rostro se arrugó. —Debería importante —murmuró. Su voz reflejó una nota severa, pero su mirada escondía dolor.

Solté un suspiro porque ya estaba cansada sus cambios de parecer. Avanzaba dos pasos y retrocedía diez. Abría una ventana y luego cerraba todas las puertas.

Frustrada, me volví a sentar en la reposera con evidente cara de enfado. Me sentía tan humillada y...dolida.

Después de diez segundos, increíblemente largos, regresó y se volvió a colocar frente a mí, tomándome de las manos. Suspiró profundamente dos veces y luego me sonrió disculpándose.

—Solo intento hacer lo correcto.

—No pensé que los demonios se preocuparan por hacer lo correcto —argumenté.

—Hablas de mí como si no fuese peligroso para vos —me advirtió, con cierta rudeza.

Fruncí el ceño. —Lamento tener que estropear tu ilusión, pero no te ves peligroso...yo no creo que lo seas —dije, firmemente.

—Eso es porque solo conocés esta fachada. Esto que ves, no es quien en verdad soy. Soy un monstruo, un demonio. Si no te alejas ahora, cuando decidas huir, ya será tarde—exclamó con un matiz de pesar en su voz.

Me mantuve en silencio varios segundos intentando calmar mi enfado y simplemente me dediqué a observar sus ojos. Se veía atormentado.

—Me aterra más que quieras separarme de vos, que el hecho que seas un demonio cruel —admití, sincera.

—Deseo protegerte, Mía —exclamó. No había el menor rastro de falsedad en su mirada —Tal vez, debería marcharme —meditó en voz alta.

—¡No quiero que te vayas!

Rió con amargura. —Irme... no creo poder hacerlo. Los demonios somos criaturas esencialmente egoístas. Tengo demasiada necesidad de vos

como para hacer lo correcto.

—Me alegro —dije sonriendo satisfecha sin preocuparme por ocultar mi felicidad.

—¡No deberías! —Su voz era más áspera de lo habitual —Tendrías que rechazarme... odiarme.

Fruncí los labios, intentando controlar mi angustia. Resultaba difícil tratar con él. Sus continuos y repentinos cambios de humor me desconcertaban.

—Intenté hacerlo —confesé y sus ojos me destellaron —Intenté odiarte porque tenía la esperanza de que si lo hacía, tal vez tu indiferencia me dolería menos, pero no pude. Nunca podría.

—Cuando sepas la verdad, lo harás —murmuró, con amargura.

—¿Qué verdad? Ya estás hablando en códigos nuevamente. Necesito que seas sincero conmigo.

—No puedes pretender sinceridad de un demonio —replicó, burlón, pero manteniendo el pesar en su voz.

—Me parece que quien realmente está asustado acá sos vos —deduje, y lo miré con frialdad —Ponés tanto esmero en asustarme, casi me estás rogando para que salga corriendo —miré a mi alrededor —o nadando de acá —Enmudeció y supe que había dado en el blanco —¿Qué es lo que tanto te asusta? —pregunté, extendiendo mi mano para entrelazarla con la mía de nuevo.

Observó nuestras manos unidas durante un minuto y luego dirigió su mirada a mí. —No puedo entender cómo podés descifrarme tan fácilmente, cómo podés leer mis emociones con simplemente mirarme.

—Eso no responde mi pregunta.

Cuando volvió a hablar, su mirada expresaba rendición. —No es por mí por quién temo. Mis hermanos y yo vinimos con un propósito... no pretendía que me sucediera ésto. Desearlo... es un pecado que no debería permitirme.

La sinceridad de sus palabras realmente me lastimó y tuve que suprimir una mueca de dolor. —¿Por qué? ¿Por qué soy una insignificante humana con solo una estúpida habilidad para verlos? —lo miré, sin ocultar el dolor en mis pupilas.

—Mía —me dijo, tomándome de las manos. Todo su rostro estaba contraído en una expresión dura —El problema no es que seas una simple humana... el problema es que no lo sos.

Lo miré con incredulidad. —No sé de qué me estás hablando.

— ¿Sos derecha, verdad?

Confundida, asentí. Con cuidado, tomó mi mano y volteó mi palma.
—Mantenela en esta posición un momento —pidió.

Cerró su puño sobre la palma de mi mano y presionó con fuerza. Lo observé aturdida. Unas pequeñas gotas de sangre cayeron sobre mi piel.

Mi reacción instintiva fue correr la mano, pero Sebastián me lo impidió.
—Aguardá.

Entonces, algo apareció titilando en la palma de la mano. Era un símbolo de forma circular, con bordes dorados y la figura de un pentagrama en su interior y varios símbolos en su interior que lo llegué a descifrar.

—Es el Sello de Vida de los Arcángeles —me explicó —. Es un símbolo que se encuentra presente en los Guardianes en su mano derecha o izquierda. Esto le otorga poder divino a las armas que utilizan.

Contemplé su rostro, perpleja. A mi alrededor, todo comenzaba a dar vueltas. —No entiendo porqué... —intenté hablar, pero las palabras no salían.

—¿Por qué lo tenés? —finalizó por mí. Solo asentí. —Mía, sos una Guardiania. Por eso, podés verme. Tus sentidos, todos ellos, fueron diseñados para localizarme. Todo en vos está hecho para matarme.

Entonces, buscó con la mirada mi rostro asombrado mientras yo intentaba asimilar lo que acababa de decirme. Permanecí inmóvil durante lo que me pareció una eternidad. La sangre dentro de mis venas corría con fuerza y podía sentir su calor atravesando las capas de mi piel. Una revolución de emociones mezcladas que no podía definir amenazaba con provocarme un fuerte dolor de cabeza, pero la mirada atemorizada de Sebastián me mantuvo entera.

Nunca lo había visto tan vulnerable como en ese momento. Era la primera vez que lo veía como un ser frágil, necesitado...endemoniadamente hermoso. Un arrebató de duda parecía relucir en sus intensos ojos azules que me observaban expectantes a la espera de mi reacción.

—No es posible —tartamudeé.

Solo suspiró y el mundo entero se tambaleó hasta inclinarse hacia el lado equivocado de su eje.

¿Acaso era eso posible? Sostuve mi cabeza entre las manos en un intento de evitar que estallara. ¿Acaso eso explicaba por qué podía ver cosas que los demás no? ¿Significaba eso que mi vida entera había sido una mentira?

Una vocecita mordaz en el fondo de mi mente me decía que no debía estar tan sorprendida. ¿Acaso no había aceptado la idea de que Sebastián era un demonio y no había padecido ningún ataque de histeria como en este caso?

En realidad, no hubo ni un momento en que Sebastián hubiese parecido normal, así que no me sorprendió saber lo que era, porque siempre había sido evidente que era algo fuera de lo común..pero yo...

—Tenés que estar equivocado. Miráme...soy una persona absolutamente ordinaria y corriente, incluso rozo lo torpe.

—Confía en mí cuando te digo que sos lo opuesto a ordinaria y corriente.

Todo comenzó a dar vueltas y a cambiar en mi mente mientras intentaba reorganizar las cosas que nunca antes había podido comprender, pero que ahora parecían significar algo más.

—¿Por eso me enfrentaste en el baño esa vez? Nunca antes había entendido tus palabras, pero ahora... —consulté, trayendo a la memoria nuestro encuentro.

Sus ojos se clavaron en los míos y asintió, avergonzado. —Estaba confundido. Cuando sentimos su presencia, nos preocupamos. No sabíamos si habían venido por nosotros o a qué se debía su presencia aquí. Damián sugirió que lo mejor sería escondernos, hasta estar seguros de cómo actuar.

—Pero vos no estuviste de acuerdo —comenté.

Asintió. —No quería esconderme, así que contemplé la posibilidad de dar el primer paso y atacar... —se detuvo.

—Pero no lo hiciste.

Negó. —Hubo algo que me lo impidió. Algo ilógico que se apoderó de mí —sonrió, pero su sonrisa mostraba perturbación—. La estaba observando cuando llegaron. Las vi llegar, pero todo lo que pude notar fue

a vos. La forma en que mi cuerpo, mi instinto reaccionó cuando te vi fue...irracional. Nunca había sentido algo así. Ese día, solo pude quedarme oculto en las sombras, intentando controlar esa sensación absurda que palpitaba en mi interior.

«Continué vigilándolas, pero mi desconcierto fue en aumento al ver que no hacían nada fuera de lo mundano. Me sentía tan confundido. Decidí seguirte a la escuela. Pensé que confrontarte en público sería lo más seguro —Hizo una pequeña pausa—. Todo en vos me desconcertó. Tu reacción cuando me viste había sido tan genuina, como si no supieras quién era yo».

Sus ojos cobaltos destellaban penetrantes y su voz denotaba perturbación. Mantuve mi expresión firmemente controlada mientras me esforzaba mantener la calma y escucharlo atentamente.

«Mis hermanos quisieron comprobarlo por ellos mismos también, por eso accedieron a asistir a la escuela al día siguiente —Asentí, trayendo a mi mente el recuerdo de la primera vez que los vis juntos—. Después, cuando te enfrenté en el baño... bueno, debo admitir que no pude evitarlo. Me sentía tan abatido, tan vulnerable. Tanto como deseaba acabar con vos en ese preciso momento, el aroma dulce y caliente que emanaba de tu cuerpo me resultaba ensordecedor»

Sonrió, pero su expresión demsotraba que estaba avergonzado.

—Me sentía tan abatido. De entre todos, tenías que ser vos. ¡Como si necesitara otro motivo para matarte! Te busqué en el bosque esa noche y ahí estabas... esperándome. Debía tomar precauciones, debía eliminarte, pero no pude. Mi integridad se hubiese quebrado si te hacía daño, mi mente no concebía la idea de verte herida. Cuando me di cuenta de que realmente no sabías quién eras, o qué era yo, sentí alivio.

Recordé esa noche, ahora teniendo en cuenta su perspectiva y todo mi cuerpo tembló, pero no se frío.

—Me enfrenté con mis hermanos cuando sugirieron que intervendrían. Fue la peor discusión que hemos tenido nunca, pero finalmente logré convencerlos de que no representabas ningún problema.

Yo aún no podía encontrar la fuerza para hablar sin tartamudear, así que preferí el silencio.

— Intenté alejarte de mí. Si lograba que ignorases, entonces te podría mantener a salvo, pero resultaste demasiado curiosa y me vi atrapado por tus emociones conflictivas al no comprender qué éramos o quien eras vos en realidad. Hice todo lo que pude para permanecer lo más lejos de vos, pero tu aroma... esa exquisita fragancia que emana de tu piel...me

golpeaba, día tras día, cada vez con más fuerza, hasta que no pude tolerarlo más y cedí —finalizó.

Nuestras miradas se encontraron otra vez y sus ojos eran un tormentoso mar azul. —Y por todo eso, quiero que sepas que si ahora que ya conocés la verdad tu intención fuese matarme, yo no haría nada por detenerte.

Un sabor amargo se formó en mi garganta.

—¡No! ...yo nunca, ¿cómo podés pensar algo así? No soy eso que decís...

La cabeza empezó a darme vueltas. Miré mis manos y noté que estaban temblando energéticamente.

—Mía, sos lo que sos, como yo soy lo que soy y ninguno de los dos podemos cambiarlo.

Contemplé el símbolo que se evaporaba lentamente en mi mano. El sentido común me decía que nada de esto podía ser posible, pero por primera vez en mucho tiempo mi vida tuvo sentido.

—No lo entiendo. ¿Cómo es posible?

—Provenís de una familia de Guardianes.

—No es posible. Mi tía nunca me ocultaría algo así —Aunque una voz en mi interior no estaba segura.

Su mirada se oscureció. —Su esencia es la misma que la tuya.

—Tampoco lo debe saber —Me apresuré a defenderla.

—No estoy acusándola —comentó —, tal vez solo intentaba protegerte.

Me dolían los ojos del modo en que lo hacían cuando intentaba contener las lágrimas durante demasiado tiempo. Sebastián me acarició la mejilla mientras su imagen de desdibujaba.

—Yo.. solo creo que necesito un momento para procesarlo todo —murmuré.

Un gruñido se escapó de su garganta. —Maldición Mía. Lo lamento. Mi intención nunca fue angustiarte. Solo quería que comprendieses.

Mi labio inferior tembló con más fuerza. — Guardianes y demonios son enemigos de antaño y por eso no podemos estar juntos —concluí.

—Mía —pronunció mi nombre con cuidado al tiempo que me tomaba del mentón para capturar mi mirada y un estremecimiento recorrió mi cuerpo —. Como a vos no te importaba que yo fuese un demonio, a mí tampoco me afecta lo que sos. Luché contra ello durante mucho tiempo hasta que finalmente tuve que aceptar que ya no tenía escapatoria. Solo podría alejarme de vos si así lo desearas... así que depende de tí... ahora es tu decisión.

Al finalizar, aguardó. Lo observé por un momento. ¿Qué haría ahora? Frente a mí, tenía dos alternativas.

La primera era aceptar nuestra naturaleza y actuar como lo había hecho hasta antes de conocerlo. Fingir que no existía. Podría ignorarlo tanto como fuera capaz y decirle que se alejara de mí. Sin embargo, mi pecho se contrajo en una agónica desesperación ante esa posibilidad.

La siguiente alternativa era no hacer nada al respecto. Después de todo, nunca había sentido otra cosa más que atracción por él aunque fuese algo siniestro.

Había una cosa de la que estaba segura, si es que estaba segura de algo: quería estar cerca de él sin importar lo que fuese. Y supe que tenía mi respuesta aunque en realidad nunca había tenido elección.

No podía hacer nada para cambiar quién era, pero no me sentía obligada a contraer ningún tipo de responsabilidad sobre ello. Nunca había formado parte de esa secta de Guardianes, después de todo, estuviese mi familia involucrada o no.

—Nunca te querría lejos de mí —admití mientras sujetaba su mano con fuerza.

Me observó en silencio, procesando mis palabras. —Te pertenezco, Mía —murmuró y todo mi cuerpo se estremeció.

Su voz nunca había sonado tan firme ni tan sedosa al mismo tiempo. Había una promesa implícita en ella que me puso la piel de gallina. —¿Tenés frío? —consultó, al darse cuenta de la reacción de mi piel.

Negué rápidamente. —No es frío. Supongo que ha sido una reacción involuntaria de mi cuerpo. No todos los días un demonio apuesto se te declara —intenté bromear al respecto.

Sonrió. —No puedo explicarlo —murmuré —. Esto que siento por vos, es tan absurdo como ilógico y sin embargo te quiero, Sebastián.

—Araziel —me corrigió. Lo miré confundida —. Ese es mi nombre.

—Entonces, Sebastián no es tu nombre.

—Es el nombre humano que elegimos para habitar la tierra —me explicó y clavó sus hermosos y torturados ojos en los míos —. Conocer el nombre de un demonio, te da poder sobre él...nos hace vulnerables; por eso nunca lo revelamos ante nadie.

—Pero me lo acabas de revelar a mí —musité.

Sebastián o Araziel me miró y sonrió. —Te lo acabo de rebelar —repitió, asintiendo —, lo que significa que me tenés. Es mi mayor acto de rendición —pronunció esas palabras con cuidado para asegurarse de que comprendiera la complejidad de lo que intentaba exponer.

—Yo... no sé que decir —tartamudé.

Me acarició la mejilla con su mano libre. —No hace falta que digas nada —me tranquilizó.

Negué con la cabeza. —¿Qué podría darte yo... que fuese igual de importante? —medité en voz alta. Sus ojos se oscurecieron y algo detrás de su mirada destelló. Lo supe —. Mi alma —dije, sin dudarlo.

Su cuerpo se puso en alerta y su rostro pareció consumido por la ira. —Mía, jamás, le ofrescas tu alma a un demonio —amenazó.

—No se la estoy ofreciendo a «un» demonio... te la estoy dando a «vos» —remarqué las palabras.

—No tenés idea lo que estás diciendo —aseguró, aun enfadado.

—¿Por qué te molesta? —consulté.

Suspiró. —Cuando entregas tu alma a un demonio, se cierra un pacto eterno. Tu alma será condenada a estar bajo la merced del demonio a quién se la hayas otorgado... nunca podrá elevarse.

Era lo suficientemente tonta para preguntar —¿Osea que ya no podré ir al cielo?

Sonrió de lado. —Por suerte para vos, con solo decirlo no basta. Hay ciertos requisitos —explicó.

—¿Cómo cuáles? —consulté.

—¿Para que querés saberlo?

—Para poder hacerlo —dije, segura.

—No seas tonta —masculló.

—Me diste tu nombre —repliqué —, ¿por qué no podría darte algo igual de importante?

—Yo ya estoy condenado, en cambio vos... no podría tolerar la idea de saber que tu dulce alma fuese sentenciada a perecer conmigo. Tu alma es lo que la parte más oscura de mí anhela de vos, sin embargo, es lo que jamás aceptaría.

Sus palabras eran dulces, pero me dejaron un sabor amargo. Algo dentro de mí se contrajo ante lo complejo del asunto y la cabeza comenzó a darme vueltas. En materia de almas era una completa ignorante.

—¿Qué más deseas de mí, entonces? —ofrecí.

—Déjame permanecer a tu lado—rogó.

—¿Ya no vas a tratar de espantarme para que me aleje? —bromé, aunque lo decía en serio.

—No, ya no intentaré alejarte —prometió —Ya no podría. Ahora sos lo más importante para mí y te protegeré por sobre todas las cosas.

—Bien, porque te aseguro que si alguna vez tratas de alejarte de mí de nuevo, te voy a seguir hasta el mismo infierno si es necesario—sentenció.

—Tonta —murmuró, sonriendo.

Entonces, me jaló con fuerza contra él. Fue un abrazo suave y cálido, y sentí como si estar entre sus brazos fuese mi lugar favorito en el mundo. Una paradoja bastante cómica ya que los brazos de un demonio sería la alternativa menos posible para sentirme segura.

Cuando nos separamos, con la misma delicadeza, me tomó por la cintura y me sentó en la misma reposera que él. Se inclinó sobre el respaldo y me acurrucó entre sus brazos. Apoyé mi cabeza sobre su pecho y sus manos me envolvieron por la espalda para mantenerme lo más cerca posible. Sentí su aroma embriagador emanando de los poros de su piel a través de su ropa y cerré los ojos para disfrutarlo. Era delicioso y adictivo.

No supe cuánto tiempo pasamos así, recostados en la reposera, abrazándonos sin movernos. Pudieron ser horas. No importaba. No había

ningún otro lugar en el que preferiría estar.

Con una de sus manos, envolvió la mía y la levantó hacia el cielo. Nuestra piel contrastaba contra el firmamento azul. Acarició la piel de la palma de mi mano con sus dedos, despacio, como si tuviese todo el tiempo del mundo para hacerlo.

Incliné mi cabeza para observar su expresión, bañada de tranquilidad.

—Me gustaría—susurró— que pudieses comprender la complejidad y la confusión que siento.

Inclinó su rostro y nuestras miradas se conectaron.

—Yo también me siento confundida y un poco aturdida quizás —musité.

—No estoy acostumbrado a tener estas sensaciones humanas —murmuró—. Es...extraño. ¿Siempre es así?

Me sonrojé. —No sabría decirte. Para mí esto también es una novedad.

—Es tan...intenso.

—¿Nunca te habías enamorado antes? —No pude evitar preguntar.

—Los demonios no percibimos el amor de la forma en que lo hacen los humanos —explicó.

—¿Cuál es la diferencia?

—Los sentimientos humanos son inestables, volubles. Aman con la misma fragilidad con la que odian. Para nosotros es diferente... cuando amamos algo cambia dentro de nosotros para siempre. Causa un efecto que no se puede revertir.

—Lo decís como si la forma de amar de los humanos fuese mediocre.

Rió. —No sé si usaría esa palabra. Tal vez, volátil sería mejor.

—Explícate mejor —insistí.

Pensó sus palabras por un instante. —Para los humanos, el enamoramiento es la respuesta a una reacción química, un proceso hormonal o instintivo, propio de su naturaleza. Con los demonios es otra historia —Su mirada recorrió todo mi rostro, estudiando cada rasgo—. No es algo químico, ni físico, sino más bien una fuerza mágica muy poderosa, similar a ser alcanzado por un rayo. De repente, todo a tu alrededor se desvanece y ya nada más importa. No es fácil de explicar con palabras,

pues tampoco conocemos las razones que lo causan. Es al azar, involuntario, pero cuando ocurre nos conecta a nuestra pareja para siempre y siempre es mutuo —Esperó unos segundo —, o al menos eso creía.

—¿A qué te referís?

Tragó saliva. —Cuando nos ocurre, cuando nos enamoramos, no nos pasa de forma individual sino que la conexión se produce en simultáneo con quien será nuestra pareja. Es como si un lazo inquebrantable nos uniera al otro al unísono. Ese lazo es eterno. Cuando encontramos a nuestra pareja, estaremos con ella y nada más con ella.

—Es... muy romántico —tartamudeé.

—Nosotros no lo vemos así. Simplemente ocurre y ya. No intentamos romantizarlo porque es parte de nuestra naturaleza. Para algunos, incluso puede ser un error.

—¿Un error? —pregunté, con un nudo en la garganta.

Asintió. —Para un demonio, el amor es señal de debilidad...nos vuelve vulnerables, sin mencionar el hecho de que a veces ese vínculo nos une a demonios provenientes de familias enemigas. Créeme, conozco muy pocos demonios que se alegran de recibir el flechazo.

Su mirada se perdió en el cielo y me pregunté dónde estarían ahora suspensamientos.

—¿Qué ocurre? —me aventuré a preguntarle.

Cuando sus ojos se volvieron a posar en mí, una neblina de confusión bañaba sus pupilas. —Nunca pensé que fuese posible que ocurriese con alguien que no fuese de nuestra raza —analizó, observándome.

Algo dentro de mí pareció punzar. —¿Querés decir...que...

No me dejó terminar. —No lo entendía al principio. Llegué a odiar mi naturaleza por haberme hecho caer ante vos... ante una Guardian. La persona a la que se suponía debía matar, era ahora quien me dominaba por completo —Tragué saliva. Esperé a sentir el miedo que esas palabras provenientes de la boca de un demonio debían generar en mí, pero nunca llegó —, pero por mucho que quise odiarte, por mucho que intentaba ignorarte, no podía. Entonces, lo comprendí. Supe que ya no tenía escapatoria más que aceptar mi destino...aunque eso significara morir.

Liberé mi mano de la suya y acaricié su perfil, dibujando con los dedos el contorno de su rostro. —Sos tonto —murmuré —. Nunca podría hacer algo

para lastimarte. No me interesa saber quienes fueron los Guardianes, ni qué vínculo se supone me une a ellos, mucho menos si eso implica que deba alejarme de vos.

Con un gesto muy tierno, me rodeó con los brazos y hundió el rostro en mi pelo.

—¿Crees que es posible —hablé con voz aturdida — que los Guardianes también reciban el flechazo?

Apartó su rostro y me observó intensamente, con un calor abrazador emergiendo de sus pupilas. —¿Por qué me lo preguntas?

Suspiré, dándome coraje. —Porque creo que es lo que me pasó con vos. Desde que te vi, yo... no pude sacarte de mi cabeza.

—Suelo causar ese efecto —bromeó. Me reí y golpeé su hombro.

—Es en serio, tonto —dije sin dejar de sonreír.

Se puso serio. Levantó una mano y acomodó un mechón de pelo detrás de mi oreja, aprovechando la oportunidad para rozar mi mejilla con el revés de su dedo. —Por mucho que me gustaría que así sea, no creo que los Guardianes se enamoren de la misma manera —comentó observando mi rostro.

Asentí, aunque en mi interior no había duda de que a mí me había ocurrido exactamente lo que había descrito. De otra forma, no podría explicar este sentimiento hacia él. Era tan intenso y tan genuino como repentino e inexplicable. Rodeé su cintura con mis brazos y me pegué a su cuerpo. Sebatían me devolvió el abrazo con el mismo entusiasmo.

Habíamos permanecido así durante otro periodo de tiempo inmensurable cuando volvió a hablar. —Podría pasar el resto de mi condenada vida así —dijo, interrumpiendo el silencio.

Levanté mi torso para quedar frente a él, cerca de su rostro y le sonreí. —A mí no me molestaría que lo hicieras —respondí.

Sus pupilas destellaron y el deseo que había en ellas me hizo temblar. Me incliné hacia delante y esta vez, fui yo quien lo besó. Pude sentir como la sangre comenzó a hervir bajo mi piel quemándome los labios e insitándome a intensificar el beso. Mi respiración se convirtió en un violento jadeo y tuve que aferrarme de sus hombros cuando sus labios me apoderaron de mí con más vilencia.

Un gemido de dolor se escapó de mi garganta al sentir la presión de sus dedos en mi espalda. Azariel lo notó e inmediatamente se apartó. Abrí los

ojos y vi su expresión dolorosa.

—Lo siento —se disculpó—. He olvidado que sos tan frágil —dijo, acariciándome la mejilla con el revés de su dedo índice. Mantuve la vista fija en sus ojos y pude ver como la excitación que destellaba en ellos sesosegaba. Entonces, me regaló una pícara una sonrisa. —. Tendré que aprender a controlar mis movimientos para no lastimarte.

Solo fui capas de respirar, aun aturdida por las sensaciones de ese beso tan intenso.

—Tememos que volver —musitó.

No quería regresar, pero podía notar como el sol había comenzado a ocultarse detrás de las montañas. Suspiré. Se puso de pie con uno de sus movimientos ágiles y me tendió la mano. Lo acompañé hasta la cabina de mando y encendió el motor del barco para emprender el regreso.

—¿Cómo debo llamarte? —pregunté, mientras lo observaba coducir.

Sus facciones sufrieron otra transformación. Al principio, su rostro se tensó, pero luego su expresión se hizo suave y cálida.

—¿Cómo te gustaría llamarme?

Lo observé durante un instante. —Me gusta Araziel. Te sienta mejor que Sebastián. Siempre pensé que ese nombre era demasiado simple para alguien tan...imponente como vos —analicé y rompió a reir—. Sin embargo, creo que no debería llamarte de otra forma en la escuela.

Su sonrisa se hizo menos intensa, pero en ningún momento dejó de ser afectuosa. —Podés llamarme por mi nombre real cuando estemos solos —sugirió.

Asentí feliz y me acerqué a él. Pasé mi brazo por su espalda y apoyé la cabeza sobre su hombro. El sonrió y depositó un beso en la parte superior de mi cabeza mientras piloteaba el comando.

Esta versión relajada y cariñosa de Araziel no dejaba de sorprenderme y entendí que estaba loca por él y que no me importaría tener que negociar con el mismo diablo para permanecer a su lado para siempre.